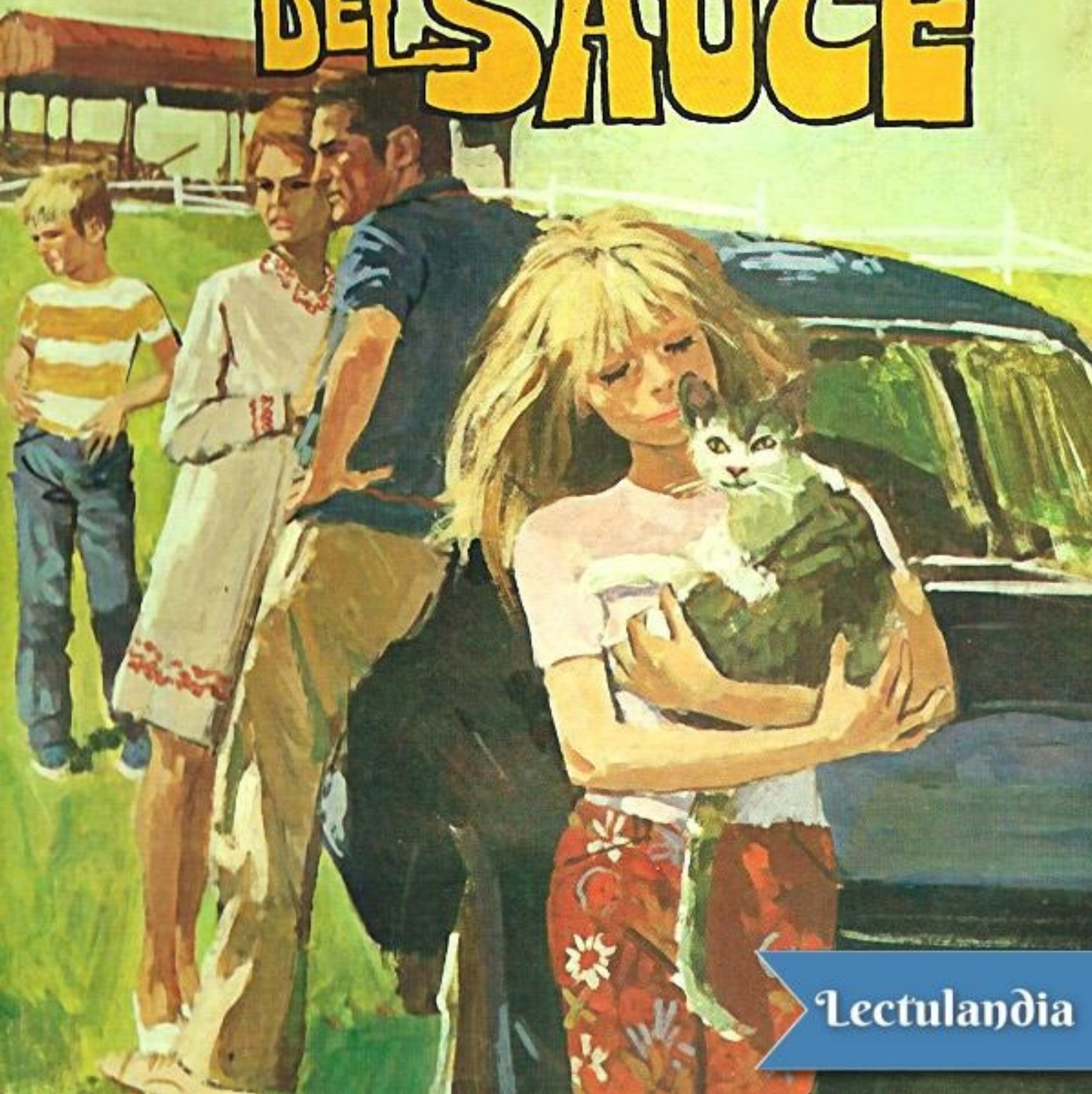


Enid Blyton
**LA GRANJA
DEL SAUCE**



Lectulandia

Ya está aquí el día prometido, ha llegado la hora de la mudanza para Rory, Penny, Sheila y Benjy. Abandonan definitivamente la ciudad de Londres para instalarse en la Granja del Sauce que acaban de comprar sus padres. Allí se reencontrarán con su amigo Sacolín «el Salvaje» y aprenderán a conocer los secretos de la vida y el trabajo en una granja.

Lectulandia

Enid Blyton

La Granja del Sauce

La Granja - 2

ePub r1.0

2067leon 19.11.14

Título original: *The children of Willow Farm*

Enid Blyton, 1942

Traducción: Miguel Giménez Sales

Ilustraciones: Harry Rountree

Diseño de cubierta: Ángel Badía Camps

Editor digital: 2067leon

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

¡ADIÓS A LONDRES!

Un día venturoso de marzo, cuatro excitados niños estaban asomados a las ventanas de un elevado edificio de Londres, contemplando tres enormes camionetas que lentamente iban apareciendo en la plaza.

—¡Ya están aquí! —gritó Rory—. ¡Por fin han llegado!

—¡Ya han empezado el traslado! —le secundó Penny, saltando y palmeteando delante de la ventana.

—¡Qué divertido será ver cómo meten todos nuestros muebles en estos camiones! —exclamó Sheila.

—¡Nunca hubiese dicho que necesitásemos «tres» camiones! —se asombró Benjy.

—Oh, y todavía tienen que venir más —le aseguró Sheila—. Oh, Dios mío... es tan agradable pensar que nos vamos a la Granja del Sauce... ¡Una granja nuestra! Una granja tan estupenda como la Granja del Cerezo.

—¡Más estupenda! —la rectificó Benjy—. ¡Mucho más! Con más riachuelos. Y está edificada sobre una colina, desde donde se domina un paisaje maravilloso. No está en una hondonada como la Granja del Cerezo.

Los cuatro niños eran completamente dichosos. El año anterior habían estado todos enfermos, y les habían enviado por unos meses a vivir a la granja de su tío. La vida en la Granja del Cerezo les había sentado muy bien, y todos se habían puesto fuertes y con las mejillas coloreadas.

Después, cuando llegó el momento de regresar a su hogar de Londres, su padre vio que su negocio le producía muy poco dinero, y tío Tim le sugirió que emplease algún capital en la Granja del Sauce, a ocho kilómetros de la suya, o sea la del Cerezo, y que se ganase la vida como granjero.

El padre de los niños se había criado en una granja, por lo que sabía cómo llevar una. Los muchachos, naturalmente, se entusiasmaron con aquella idea... ¡y por fin estaba a punto de convertirse en realidad! ¡Aquella misma semana iban a trasladarse todos a la Granja del Sauce!

Habían tardado tres meses en adquirir la granja y disponer el traslado. Rory y Benjy, los dos muchachos, fueron a la escuela y volvieron a su casa justo a tiempo de realizar el traslado, junto con las chicas, Sheila y Penny. Su madre estaba muy atareada empaquetándolo todo, y todos ayudaban en lo que podían, ¡era tan divertido...!

—Me gustará venir a Londres para ir al teatro o al circo —afirmó Rory—. Pero el campo es mucho mejor para vivir.

—Yo estoy deseando volver a ver a Sacolín —suspiró la pequeña Penny—. ¡Oh, y él estará encantado de vernos!

Sacolín era un gran amigo suyo. Era un hombre extraño, que vivía en una cueva en la ladera de una montaña durante los meses de invierno, y en una choza construida con ramas de sauces en el verano. Lo llamaban «el salvaje» porque vivía solo con sus animalitos y sus pájaros. Mucha gente le temía, pero en cambio era un gran amigo de los niños. Les había enseñado todo cuanto él sabía de los pájaros y los animalitos del campo, y ahora los pequeños conocían mejor a todos aquellos diminutos seres que los demás niños de la nación. Sí, sería maravilloso volver a ver a Sacolín.

Mamá se asomó por la puerta.

—Ya es hora de que acabéis de vestiros —les advirtió—. Papá no tardará en venir con el coche. Vamos, despedíos de todos los rincones de esta casa, que conocéis desde vuestra infancia... porque no volveréis a verlos.

La familia debía marcharse en coche, y después irían llegando los camiones de la mudanza. Y la madre quería estar ya en la granja para comenzar a disponerlo todo. Los niños se contemplaron unos a otros.

—Me gusta marcharme de aquí —afirmó Benjy—. ¡Pero hemos pasado tan buenos ratos en esta vieja casa!

Y salió corriendo de la habitación.

—Benjy ha ido a decirles adiós a los plátanos que ve desde la ventana de su dormitorio —exclamó Rory—. Siempre los ha querido mucho.

Era verdad. Benjy se asomó a la ventana de su cuarto y miró los árboles que mostraban las bolitas del año pasado colgando de sus retoños.

—¡Adiós! —se despidió—. Hace once años que os conozco, y siempre habéis sido estupendos. Y ahora también me gustáis, sin muchas hojas aún. Y me gustáis cuando estáis muy frondosos, con las verdes hojitas reluciendo al sol. Me gustáis en otoño cuando os volvéis amarillos y perdéis las hojas. Adiós, plátanos... Yo me marchó a un sitio donde no hay plátanos, sino sauces, sauces, muchos sauces, que crecen a orillas de los ríos plateados.

Los plátanos susurraron en la brisa como despidiéndose también de Benjy. El niño retiró su cabeza de la ventana y se sintió un poco triste. Nunca olvidaría los árboles de Londres... y siempre recordaría también las ardillas grises que a veces trepaban y descendían raudamente por sus ramas.

Sheila también fue a despedirse de todas las habitaciones.

—No quiero olvidarme de nada —le confió a Rory, que la acompañaba—. Deseo acordarme siempre de nuestro primer hogar, aunque sé que querré mucho más a nuestro segundo. Adiós, saloncito... eres magnífico con tus bellísimos muebles... Adiós, despachito... Nunca olvidaré las veces que he entrado aquí para coger uno de los libros de tu librería. Adiós, comedor, nunca me gustaste mucho porque eres muy oscuro...

Penny, con sus ocho añitos, estaba en el cuarto de recreo. Era la habitación que mejor conocía y que más amaba. Y ya no lo llamaba cuarto de recreo, sino cuarto de estudio, porque era allí donde las dos niñas estudiaban bajo la tutela de la profesora.

A Penny le gustaba mucho aquella habitación.

Pasó sus manitas por el empapelado de las paredes, con su dibujo de cancioncitas infantiles. La misma Penny había sido causa de que volvieran a empapelarla cuatro años antes. Y ella misma había elegido el papel. Conocía todos los dibujos de memoria, cada figurita, cada animal, cada arbolito. ¡Cuántas veces había visto a Jack y a Jill trepando por la montaña, y cuantas veces se había preguntado cómo era posible que los siete enanitos pudiesen vivir en aquella seta tan diminuta!

Abrió el armario donde habían estado sus muñecas y miró adentro. Ahora estaba vacío, ya que todas las muñecas se hallaban ya empaquetadas. Pero aún estaban los estantes que habían contenido los juguetes y las muñecas.

—Me gustaría que vinieses con nosotros, armarito —se apenó la niña—. Yo siempre te he querido. Resultabas tan excitante cada mañana cuando yo abría tus puertas y veía dentro mis muñecas... y era también tan divertido entrar aquí dentro y cerrar la puerta, como si yo fuese una muñeca más...

Penny era la más pequeña de la familia. Rory ya era un muchacho de catorce años, de cabello oscuro y ojos pardos. Sheila contaba trece años, y tenía el cabello rizado, precioso. Benjy, el soñador Benjy, que tanto amaba y comprendía a todos los animalitos, era dos años más pequeño... y después venía Penny con tres años menos que Benjy. Deseaba ser ya mayor, a fin de que los demás le contasen todos sus secretos y la aceptasen en su círculo, pero a veces esto era un poco difícil.

La niña miró a su alrededor. Estaba completamente sola. Rory y Sheila se estaban despidiendo de toda la casa. Precisamente ahora les oía desde el cuarto trastero. Sheila hablaba con Rory.

—¿Recuerdas cómo contábamos las grietas del techo cuando los dos tuvimos el sarampión? Había una grieta en aquel rincón que era igual que un oso con cuernos... ¡Oh, mira, allí está!

Penny escuchaba su charla. Luego miró al armario de las muñecas. ¿Debía meterse dentro por última vez, y fingir que era una muñequita más? Nadie la veía...

Se coló dentro. Ya no era muy fácil, ya que Penny había crecido. Cerró las puertas y se puso a atisbar por la ligera abertura... ¡y al momento le pareció que solamente tenía tres o cuatro años otra vez!

—Soy una muñequita, que está mirando a través de la puerta cómo los niños juegan en el cuarto —se dijo a sí misma—. ¡Uy, qué cosa más divertida!

Pero antes de poder volver a salir, Benjy entró en la habitación. Miró en torno.

—¿Dónde estarán los otros? —exclamó—. ¡Eh, Sheila! ¡Rory! ¿Dónde estáis? ¡Penny!

Penny no contestó. Tenía miedo de que volvieran a llamarla cría si sabían que estaba jugando al escondite en el armario. Y se quedó tan quieta como una ratita asustada.

Los otros dos llegaron corriendo. Llevaban ya los abrigos y sombreros para todos.

—Mamá dice que nos vamos ahora mismo —explicó Sheila—. Aquí tienes tus

cosas, Benjy. ¿Dónde está Penny? ¿Dónde se habrá metido ahora?

Pero Penny no se movió. Miró por la abertura. Era muy divertido observar a los otros a través de aquella rendija. Parecían... parecían diferentes.

Los tres niños se pusieron los abriguitos. Entonces apareció su madre.

—¿Estáis listos? ¿Y Penny?

Nadie sabía dónde estaba.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde se habrá metido? —se quejó la madre.

De repente, Penny tuvo miedo de que se marchasen dejándola a ella allí, por lo que empujó las puertas del armario y asomó la cabeza. Benjy dio un brinco de sorpresa.

—Aquí estoy —dijo Penny con su vocecita.

Todos se echaron a reír. Naturalmente, todos conocían aquella vieja afición de Penny a esconderse en el armario para fingirse muñeca. Y Sheila estaba ya a punto de llamarla cría, cuando observó que su hermanita tenía las mejillas muy coloradas y se calló a tiempo.

—Vamos —le dijo, asiéndola de la mano—. Papá nos está aguardando. ¡De prisa, Penny!

Penny se desasíó del apretón y se puso el abrigo en silencio. Todos los niños bajaron a la calle, haciendo resonar sus pisadas en las escaleras. La casa, de pronto, les pareció fría y desconocida. Pronto sería de otras personas.

Se apiñaron todos en el coche. Papá y mamá contemplaron el alto edificio, recordando tantas cosas... allí habían sido muy felices. Allí habían crecido sus hijos. Y era triste dejar aquella casa... ¡pero ahora serían mucho más felices en la granja, a pleno campo!

El motor del coche se puso en marcha. ¡Y arrancaron!

—¡Adiós! —gritaron los niños, despidiéndose definitivamente de la vieja casa—. Quizás alguna vez vendremos a verte... ¡adiós! ¡Ahora nos vamos a la Granja del Sauce, a la Granja del Sauce, a la Granja del Sauce!

Y el coche cruzó por varias calles de Londres, camino de una nueva vida en el corazón de la campiña.

CAPÍTULO II

LA GRANJA DEL SAUCE

No hay nada tan divertido como mudarse de casa. Todo resulta raro, emocionante, y todo va de arriba abajo. Las escaleras suenan de modo diferente. Las comidas se toman en cualquier sitio y de cualquier manera, a horas desquiciadas. Los muebles están en lugares inapropiados. Las ventanas parecen ojos sin párpados, porque les faltan los visillos.

Esto pasó en la Granja del Sauce cuando la familia se mudó a ella. Penny no hallaba palabras para expresar su emoción. Todo era divertido. Incluso fue divertido pasar por diferentes condados hasta llegar a la granja. Fue divertido pasar por la Granja del Cerezo y pararse unos minutos para charlar con tío Tim y tía Bess.

—¿No os gustaría quedaros unos días libres de los niños y dejármolos aquí? —preguntó tía Bess.

Pero por una vez, los niños no parecieron muy seducidos por la idea de vivir unos días en la Granja del Cerezo, y se miraron mohínos unos a otros. Su madre se echó a reír.

—Mira qué caras —exclamó—. No. Gracias, querida Bess. Están locos de contento, deseando verse ya en la Granja del Sauce. Ya sé qué no harán más que molestar y meterse por todas partes, pero...

—¡Oh, no, mamita! —gritó Penny. Pero entonces vio que su madre había guiñado el ojo y se estaba riendo.

—Tía Bess, nos gusta mucho la Granja del Cerezo, pero no nos perderíamos el traslado a la Granja del Sauce, nuestra granja, por nada de este mundo —exclamó Benjy.

—¿Habéis visto últimamente a Sacolín? —se interesó Rory.

—¿Al «salvaje»? —replicó tía Bess—. Sí... veamos... le vimos la semana pasada, ¿verdad? Quería saber cuándo llegabais, y aseguró que le gustaría mucho volver a veros.

—Bueno, no podemos demorarnos más —concluyó su padre—. Adiós, Tim, adiós. Bess. Ya vendremos por aquí y os contaremos qué tal marchan las cosas.

—¡Magnífico! —se entusiasmó Benjy—. Me guarda mi ardillita. Quedamos que me la guardaría mientras yo estuviese en el colegio. Tengo muchas ganas de volver a ver a mi *Pillina*.

Y de nuevo se metieron en el auto y arrancaron. Los setos empezaban a verdear, las celidonias sonreían amablemente, de cara al sol. Las primulas anidaban entre sus hojitas verdes. ¡Realmente estaba empezando la primavera!

El coche dobló una esquina y llegó a la vista de una loma redondeada con un calvero. Brillando al sol de la tarde se alzaba allí una antigua granja hecha de encantadores ladrillos rojos. Tenía los tejados de bálago, como el de la Granja del

Cerezo, brillando al sol con su color dorado profundo, ya que había sido restaurado hacía poco para los nuevos propietarios.

—¡La Granja del Sauce! ¡La Granja del Sauce! ¡Nuestra granja! —gritó Rory, poniéndose de pie en el coche.

Benjy enrojeció de placer. Sheila miraba la casa en silencio, y Penny dejó oír unos grititos de alegría, uno detrás de otro. Todos los niños contemplaban con orgullo y delicia su nuevo hogar.

Era un lugar encantador, una granja de más de trescientos años de antigüedad, alargada y grande, con altas chimeneas, y vigas pardas que sobresalían de los muros.

Las ventanas estaban emplomadas y todas tenían los postigos verdes. La puerta principal era de roble, muy pesado, y tenía arriba un curioso porche de bálago, en el que campeaba un viejo salidizo. No muy lejos del portal se veía el antiguo pozo. Ya no sacaban agua del mismo, pero en los viejos tiempos había habido allí un cubo que subía y bajaba casi constantemente.

Debajo del alero se veían unas ventanitas, pegadas al tejado. Los niños las miraron, preguntándose a qué dormitorios pertenecían. ¡Qué agradable sería asomarse a aquellas ventanas cada mañana, y ver los campos verdes, los distantes bosques y los plateados riachuelos!

Cerca de la Granja del Sauce discurrían muchos arroyuelos. Y en sus orillas crecían muchísimos sauces, que le daban a la granja su bello nombre. En primavera, los sauces se tornaban dorados, cuando los amentos se tornaban en bellas palmas doradas. También crecían allí otras clases de sauces, y las abejas susurraban por entre ellos todo el día durante la primavera.

—¡Papá! ¡De prisa! —le urgió Rory—. ¡Oh, lleguemos a la granja cuanto antes!

El coche se internó por un sendero sinuoso, bordeado de setas a cada fado... y luego empezó a ascender por la ladera de la colina, junto a un gorgoteante riachuelo. Por fin llegaron delante de una verja, cuyas portaladas de madera estaban abiertas de par en par.

¡Aquélla era la entrada de la granja! Detrás de la casa se hallaban las demás dependencias, los grandes graneros con sus viejos tejados, los cobertizos, los establos y los corrales. El patio también se hallaba en la parte posterior, donde las gallinas solían picotear todo el día.



Los niños saltaron del coche con muestras de viva excitación. Corrieron hacia la puerta... pero estaba cerrada. Fue su padre el que abrió por medio de una llave muy grande. Los niños se echaron a reír al verla.

La puerta quedó abierta y los niños divisaron un amplio pasillo, con grandes vigas en el techo, bastante bajo, y unas losetas rojizas en el suelo. Más allá se abrían varias puertas que conducían a la cocina y a otras habitaciones. ¡Qué maravilloso sería explorarlas todas mientras estaban vacías, y luego disponerlo todo!

Todos penetraron en el interior, sin cesar de lanzar exclamaciones de deleite y admiración. La casa estaba muy limpia, ya que dos mujeres del pueblo habían estado fregando y limpiando toda la semana. Las ventanas brillaban. El suelo resplandecía, y las alacenas de roble, de las paredes, relucían gracias al pulimento y la edad.

—¡Mamá! ¡Esta granja me da la sensación de ser muy, pero que muy estupenda! —exclamó Benjy, asiendo a su madre por el brazo—. Aquí las personas tienen que vivir muy felices, estoy bien seguro.

Lo mismo pensaban todos. Era muy grato estar allí y sentirse envueltos por la felicidad que irradiaba la casa. Ésta parecía contenta de albergarlos, contenta de darles la bienvenida.

—Algunas casas dan una sensación horrible —añadió Sheila—. Recuerdo que una vez fui a ver a alguien que tenía una casuca al borde del mar, mamita... y me alegré cuando pude irme. Allí no me sentía feliz. Pero otras casas son muy agradables... como ésta.

—Sí, creo que la gente ha querido mucho a la Granja del Sauce, y que aquí han trabajado mucho y han sido muy dichosos —concluyó su madre—. Espero que nosotros también trabajaremos duramente y seremos muy dichosos. Cuesta mucho y mucho tiempo hacer que una granja produzca, hijos míos, y todos debemos poner nuestro granito de arena.

—¡Claro que sí! —afirmó Rory—. ¡Yo trabajaré como nadie! El año pasado aprendí muchas cosas útiles en la granja de tío Tim, y os las enseñaré a vosotros.

—¡Vamos a recorrer la casa! —le interrumpió Penny, corriendo hacia la escalera. Todos subieron a un amplio pasillo. Arriba había siete habitaciones: una grande que sería la de los padres, otra grande también como cuarto de recreo, una más pequeña para Rory, una diminuta para Benjy y otra algo mayor para las dos niñas, una para los invitados, y un cuartito para Harriet, la cocinera que debía venir al día siguiente.

Y encima de los dormitorios se hallaba un ático, debajo mismo del tejado del bálago. Se llegaba al mismo por una escalerilla de madera que podía hacerse subir y bajar por la escotilla. Los niños palmotearon de alegría.

—¡Ooooh...! —exclamó Penny, cuando vio el oscuro ático, con algunas telarañas—. Huele mal. Y fijaros..., está en el mismo tejado. Enciende tu linterna, ¿quieres, Rory?

Rory sacó la linterna de su bolsillo y la encendió. Los niños miraron a su alrededor. Sólo podían estar de pie allí donde el tejado era un poco abovedado. Todos

tocaron el techo. Estaba hecho de heno. Y no había nada más entre ellos y el cielo, nada más que el heno..., ni yeso, ni piedras..., sólo heno.

—El bardador todavía no ha terminado de bardar la cocina —dijo Sheila—. Oí cómo lo decía papá. Así sabremos exactamente cómo lo hace. Será muy divertido vivir en una casa con el tejado de heno, ¿verdad? ¡Qué agradable y abrigadita resultaría en el invierno!

Volvieron a descender por la escalera de madera. Rory luego la dejó apoyada junto a la pared del pasillo.

—Me encantan estas vigas negras —afirmó, mirando a su alrededor—. Son magníficas. Papá dice que proceden de barcos antiguos. Cuando los barcos se aviejaban, usaban sus tablones para hacer casas..., por lo que es muy fácil que hace muchos, muchos años, toda la madera de la Granja del Sauce estuviese navegando por remotos mares.

—Me gusta pensarlo —asintió Benjy, acariciando el roble de la viga que tenía al lado—. Oh, mi querida viga, tú conociste los peces del mar, y crujías cuando las enormes olas se abatían sobre ti. Y ahora vives en una casa y escuchas a la gente que sube y baja por la escalera.

Todos se echaron a reír.

—Dices cosas muy extrañas, Benjy —se maravilló Rory—. Bueno, bajemos. Quiero ver la planta baja también.

Bajaron. El gran vestíbulo de la entrada ya lo habían visto. Había una vasta pieza que su mamá decidió que sería una sólita. Había una chimenea monumental y Rory la examinó de arriba abajo, incluso pudo ponerse de pie en el hogar y, a través de la chimenea, ver el cielo en el otro extremo. Realmente, era inmensa.

—¡Podría trepar por esa chimenea! —exclamó sorprendida.

—Los pequeños sí pueden —rió su papá—. Sí..., es posible. Te aseguro que antiguamente, cuando todas las chimeneas eran como ésta, los padres obligaban a sus hijos pequeños a que subiesen por dentro para deshollar los tubos de tiro.

—A mí me gustaría hacerlo cuando haga falta —se ofreció Rory.

—Tal vez lo encontrarías divertido —arguyó su padre—, pero estoy seguro que no querrías hacerlo cada día.

Los niños pasaron a la habitación de al lado. Era un comedor, con las paredes forradas de roble.

—¿Habrá algún paño de pared que se deslice? —preguntó Benjy al instante. Había leído muchas historias de tesoros ocultos, y en la última de sus lecturas había un panel de madera de roble que se deslizaba hacia un lado, y detrás descubrían una caja de caudales escondida.

—Aquel panel que está junto a la puerta parece justamente como tú dices —le indicó el padre. Benjy fue a examinarlo. Sí, no parecía exactamente igual que los demás. ¡Podía deslizarse! Muy excitado, lo probó.

¡Y el panel se deslizó! Silenciosamente, se deslizó detrás del panel adyacente.

Benjy lanzó un grito de triunfo.

—¡Mira, papá!

Pero todos se echaron a reír... ¡ya que detrás del panel deslizante no había más que cuatro conmutadores para la luz eléctrica! Las personas que vivían en la Granja del Sauce habían ocultado los conmutadores para no estropear el conjunto del comedor. Y el pobre Benjy no pudo descubrir ningún tesoro en absoluto.

La cocina era también muy amplia, con muchas ventanas que daban al patio posterior. Y tenía una enorme puerta que se abría crujiendo mucho, como si se quejase. El sol se filtraba esplendorosamente por el umbral.

—¡Caramba, vaya fogones! —exclamó Sheila.

—Sí, aquí pueden hacerse unas comidas excelentes —dijo su padre—. Y mirad esto: un horno para cocer pan, encajado en el muro. Harriet podrá hacer todo el pan que quiera.

—Me gusta este suelo tan irregular —dijo Penny, bailando por entre las mal colocadas piedras del suelo—. Todas estas losas coloradas son estupendas. Y también me gustan las grandes vigas del techo. ¡Y mira cuántos ganchos y clavos, mamita!

Todos contemplaron las aludidas vigas y vieron las filas de ganchos y clavos suspendidos de las mismas.

—Esto sirve para colgar los jamones y las ristras de ajos y cebollas —afirmó la mamá—. Es una lástima ver ahora estas vigas tan desnudas y vacías..., pero no importa, Harriet no tardará en tenerlas llenas, y nuestra cocina tendrá un aspecto maravilloso.

Fuera de la cocina había una gran estancia fría, con estantería de piedra; la alquería. Allí la leche podía convertirse en nata, allí se lavaban los huevos, se clasificaban y se contaban. También había una batidora para la mantequilla. Todos los niños la hicieron funcionar.

—¡Oh, mamita! Qué divertido será traer aquí los huevos y clasificarlos, y hacer mantequilla, y ver cómo la nata se forma de la leche recién ordeñada —gritó Penny en el colmo del entusiasmo. Y de nuevo volvió a bailar por entre las irregulares losas del suelo.

—Bueno, es una suerte que no lleves huevos en este momento —observó Sheila—. De lo contrario, ya no quedaría ninguno sano.

Abajo había todavía otra habitación: un diminuto cubículo excavado en el muro, forrado de madera de roble negra... y papá dijo que aquello sería su despachito y que nadie, aparte de él, entraría allí.

—Aquí llevaré las cuentas y averiguaré si la Granja del Sauce produce dinero o no.

—¡Claro que dará dinero! —afirmó Rory muy convencido por lo que decía.

—Llevar una granja no es tan fácil como parece —objetó su padre—. ¡Ya lo verás, hijo mío, ya lo verás!

CAPÍTULO III

UNA PEQUEÑA EXPLORACIÓN

En aquel momento los niños oyeron un ruido fuera y se precipitaron a la ventana.

—¡Es el primer camión de la mudanza! —anunció Rory—. ¡Está cruzando la verja! ¡Caramba, apenas tiene sitio!

—Gracias a Dios —exclamó la madre—. Esta noche sólo tiene que llegar éste. Contiene las camas y la ropa, de manera que podremos instalarnos para la noche. Los demás llegarán mañana.

El camión, inmenso, llegó traqueteando hasta la puerta. Bajaron la trampa posterior del vehículo y los niños no tardaron en ver a los cuatro hombres que iban entrando en la casa las camas, los colchones y otros enseres.

—Estáis molestando, niños —les riñó su madre cuando Penny chocó con la esquina de una cama—, id a explorar la granja, sed buenos chicos. Seguramente os gustará verla toda. Ahora ya habéis recorrido la casa de arriba abajo. Podéis hacer lo mismo con el patio, los graneros y los cobertizos si queréis.

—¡Viva! —gritó Rory—. Vamos, venid todos. Exploraremos la parte donde están los graneros.

Y todos se alejaron de la casa, mordisqueando unos pedazos de pastel que su madre les dio. El patio era estupendo. Un lugar grande y cuadrado, rodeado por cobertizos y establos. Pero no había ninguna gallina picoteando ni cloqueando. Todavía tenían que llegar. Ni tampoco había ningún cerdo en la pocilga. Ni ganado en los cobertizos, ni caballos en los corrales.

—Tío Tim prometió comprarnos todo lo que necesitemos —explicó Rory—. oh, esto será estupendo, ver las gallinas y los patos por todas partes, como en la Granja del Cerezo, ¿verdad? Echo de menos los cacareos y los graznidos... Mirad, allí está la balsa de los patos.

Los niños fueron a mirar. Al otro lado de una valla brillaba una especie de estanque redondo, con juncos en un extremo. También había varios sauces inclinados. Una gallineja de agua atravesó el estanque, balanceando la cabeza atrás y adelante como un cerrojillo.

Los niños fueron a inspeccionar el granero. Era tan inmenso que parecía una iglesia. Era oscuro y muy tranquilo. Allí se había llevado a cabo un trabajo muy duro. Hombres y mujeres se habían atareado desde el amanecer hasta el crepúsculo, fatigados y felices, y el viejo granero parecía añorar aquellos días pasados, cuando los niños penetraron en él.

En el tejado había tejas coloradas, y crecía un musgo verde y amarillo, muy espeso. Faltaban algunas tejas, y la luz del día se filtraba por diversas grietas.

—Este techo necesita una buena reparación —afirmó Rory, solemnemente—. Tío Tim siempre decía que un buen granjero cada día inspecciona los tejados, las vallas y

las puertas. ¡Afirmaba que un clavo protege a nueve, y que una teja a tiempo salva a cien!

—Bueno, será muy divertido inspeccionarlo todo cada día —asintió Benjy—. Pero, fijaros..., ¿son ovejas lo que hay en aquella colina?

Todos siguieron la dirección de su mano. Sí, había unas cincuenta ovejas esparcidas por la falda de la colina..., con muchos corderitos. En un lugar resguardado, detrás de un grupo de árboles, se alzaba la cabaña del pastor. Éste se hallaba fuera, mirando al cielo.

—¡Hasta tenemos un pastor! —exclamó Rory—. ¿Será tan buena persona como el que tiene tío Tim en su granja? Tenemos que ir a hablar con él..., pero ¿qué hacemos? ¿Vamos hoy... o exploramos el resto de las dependencias?

—Oh, exploremos todo esto —le apremió Penny—. Yo quiero ver los establos de las vacas... Su olor me gusta mucho.

Se dirigieron hacia los establos vacíos, donde todavía podía olerse el agradable olor de las vacas. Recorrieron todos los establos y sacaron varias briznas de paja que todavía quedaban en los mismos. Después penetraron en un granero más pequeño, en donde una escalera de madera permitía subir hasta las buhardillas.

Todos treparon por la escalera. En el suelo vieron algunos granos de trigo. Aquel desván lo habían usado como almacén durante muchos años. En otro desván contiguo encontraron unas cuantas manzanas podridas.

—Oh, aquí guardaban las manzanas —dijo Sheila—. Qué divertido será cogerlas en otoño, y también las peras... y guardarlas aquí.

—¡Esto huele muy mal! —se quejó Penny, husmeando por el desván—. ¡Huelo años y años y más años de manzanas!

Todos se echaron a reír.

—Ahora vayamos al huerto y veamos qué encontramos allí —repuso Sheila—. Tía Bess dijo que en la Granja del Sauce crecían muchos árboles frutales. ¡Vamos!

Volvieron a descender por la escalera de madera. Rory alargó la mano para ayudar a Penny..., pero ella no aceptó su auxilio.

—Quiero que dejéis de pensar que soy una cría —exclamó con tono de reproche—. Puedo subir y bajar por las escaleras tan bien como vosotros.

Luego se cayó sobre una rama que había en el patio y Rory se echó a reír. La ayudó a levantarse.

—No eres una cría —asintió—, pero a veces eres una ganso. ¡Una gansita! Y a propósito..., ¿no podremos tener gansos?

—¿No son muy chillones? —preguntó Penny. Se acordaba de un día en que había cruzado por entre una fila de gansos, todos los cuales se pusieron a chillar y silbar, mirándola ferozmente.

—Muy chillones y muy charlatanes —respondió Rory, seriamente—. Mira, tendrás que cogerte de mi mano cada vez que pases por entre ellos, gansita.

Penny quiso mostrarse enfurruñada, pero no pudo. Echó a correr delante de todos

hasta la cerca que les separaba del huerto. Realmente, era un sitio encantador.

Bajo los árboles frutales destellaban los narcisos en flor. Inclínaban la cabeza y bailoteaban al pálido sol de la tarde. Penny cogió un ramo para su madre.

—¿Qué árboles son éstos? —inquirió Sheila.

—Manzanos..., perales y ciruelas —le explicó Rory, que sabía distinguirlos muy bien—. Y..., mirad..., allí debe haber cerezos... Sí, en el otro campo... ¡Están floreciendo! Serán magníficos dentro de un par de semanas... ¡Caramba! ¡Qué divertido será coger toda esa fruta cuando llegue el momento!

Se pasearon por todo el huerto, donde les iban saludando centenares de narcisos. Luego llegaron a orillas de un riachuelo, cuyas orillas estaban llenas de prímulas amarillas. Una gallineja de agua les contempló desde unos juncos cercanos y después echó a correr.

—Estos animales siempre huyen —se quejó Penny—. Me gustaría ver una gallineja de cerca. Rory, ¿crees que pueden hacer sus nidos en nuestra granja? Me gustaría mucho ver una procesión de polluelos detrás de su mamita. ¿Os acordáis que Sacolín nos enseñó una vez un nido, y pudimos contemplar a todos los polluelos metiéndose en el agua para esconderse?

El nombre de Sacolín hizo que los demás niños se acordasen del «salvaje» y anhelasen verle.

—¡Tenemos que ir a ver mañana mismo a Sacolín! —propuso Rory.

—¡Y a mí me devolverá mi *Pillina*! —añadió Benjy.

Sacolín le había regalado a Benjy una ardilla, *Pillina*, el día de su cumpleaños. Entonces, *Pillina* era casi recién nacida. Ahora ya habría crecido y el niño deseaba volver a verla. Le había dejado la ardilla a Sacolín por Año Nuevo, porque no podía llevársela a la escuela... y el buen hombre le había prometido cuidarla amorosamente.

—Aquí estamos más cerca de la cueva de Sacolín que en la Granja del Cerezo —calculó Rory, complacido—. Podremos ir por el atajo de Navidad, y bajar hacia el valle donde vive Sacolín. Estupendo. Quizá podrá ayudarnos un poco en la granja. Sabe mucho de todo.

—¡El muy querido Sacolín! —exclamó Benjy—. Nos divertíamos mucho con él. Gracias a él llegamos a conocer y a hacernos amigos de todos los animales de estos campos.

En la casa resonó una campana. Los niños giraron la cabeza hacia allá.

—Es mamita —dijo Penny—. Nos llama. Bueno, el pastel era muy bueno..., pero yo ya vuelvo a tener hambre... y empieza a hacer frío. ¡Oh, qué sitio más estupendo es la Granja del Sauce! ¡Qué suerte tenemos de poder vivir aquí!

—Tienes razón —asintió Benjy—: Bueno, vamos, pasemos por aquí. Esta vereda conduce a la casa a través del jardín. Mamá dijo que plantaría muchas flores y plantas. Y fijaos..., al otro lado de este seto hay frambuesas y moras. Mamá podrá hacer mermelada y jalea.

—¡Oh! Yo la ayudaré —gritó Penny al instante, pensando con placer anticipado en las moras y las frambuesas que tanto le gustaban.

—A mí no me gustaría que me ayudases a hacer mermelada —replicó Sheila—. Sé muy bien lo que ocurriría. No quedaría fruta para la mermelada.

Penny se echó a reír, sin ofenderse. Se sentía muy feliz. Pero ya tenía las piernecitas fatigadas y apenas podía andar. Se arrastró casi detrás de los otros y de repente bostezó abiertamente.

—¡Oh, Penny, por favor, no empieces con tus bostezos! —le recriminó Benjy—. Si bostezas, nos enviarán en seguida a todos a la cama. ¡Y sólo por tu culpa!

—Lo siento —se disculpó la pequeña—. Os prometo que no bostezaré cuando estemos en casa. Es tremendo que los mayores siempre piensen que una está dormida tan pronto lanza un solo bostezo. A veces llega a dolerme la boca de tanto retener mis bostezos.

—Bueno, pues esta noche deja que te duela —replicó Rory—. La primera noche que pasamos en la granja es demasiado emocionante para que nos la echéis a perder con uno de tus bostezos.

Cruzaron el patio. La puerta de la cocina estaba abierta. Tan pronto cruzaron el umbral, llegó a oídos de los hermanos el grato ruido de la madera crepitando en el fuego.

Su madre había decidido utilizar aquella noche la cocina, encendiendo fuego en el vasto hogar. Había colocado grandes pedazos de leña seca, y el fuego crepitaba alegremente, iluminando la inmensa cocina. Las sombras danzaban y temblaban en las paredes. Era divertido contemplar el fuego. Una olla estaba puesta a hervir sobre un fogón, y la mesa, que habían adquirido junto con la casa, tenía ya encima un mantel blanco.

El padre encendió unas velas, dejándolas sobre la mesa y la repisa de la chimenea. Todavía no les habían dado la corriente eléctrica. Todos tendrían que utilizar velas hasta que pudiesen comprar linternas y lámparas. A los niños les encantaban las velas. Incluso le permitirían llevarse una a Penny, cosa que le agradó mucho porque había pensado que su madre la juzgaría demasiado pequeña para ello.

Los niños contemplaron la mesa. Había hogazas de pan blanco y moreno, mermelada y compota de confección casera, a cargo de tía Bess, un pastel enorme, una bandeja de carne en conserva y un pote lleno de cacao. ¡Una comida muy sabrosa!

—Todavía no tenemos sillas —les explicó la madre—. Coged lo que queráis y sentaos en los antepechos de las ventanas para comer.

Los niños se untaron el pan con mantequilla o mermelada, cogieron grandes pedazos de carne y fueron a comérselo al resguardo de las ventanas. Era muy agradable estar allí, mirando el oscuro cielo y los campos en penumbra, o la inmensa cocina, y ver las alegres llamas del hogar. Las velas ardían sosegadamente, pero las sombras bailaban en las paredes como si tuviesen vida propia.

—Es muy bonito —murmuró Penny con voz soñadora—. Me hace el efecto de estar dormida y soñar un sueño maravilloso. Me hace el efecto...

Rory le pegó un codazo que casi la hizo caer del antepecho de la ventana. La niña le miró muy enfadada.

—¿Porqué...?

—Si empiezas a hablar de los sueños y de estar dormida, mamita nos obligará a acostarnos —le recordó Rory en voz baja, pero firme. Después levantó la voz en tono casual—. ¿Puedo coger un poco más de pastel, por favor?

—Claro que sí —accedió su madre, cortando un gran pedazo—. ¿No estás cansado, Rory? Habéis tenido un día muy ajetreado.

—¡«Cansado»! —Rory puso un acento de extrañeza tal en su voz, como si aquella palabra le fuese desconocida—. ¡«Cansado»! ¿Por qué he de estar cansado, mamita? Estoy tan despierto que podría ahora mismo ir a ordeñar las vacas, a contar las ovejas y a coger los huevos.

—Bueno, nadie te pide que hagas todo esto, hijo mío —rió su padre—. Si alguien está cansado, ésta es vuestra madre. Ha hecho todas las camas... que ya están a punto para esta noche.

—Sí... y creo que yo iré a acostarme ya —decidió la madre inesperadamente—. Me siento como si hubiese trabajado diez días seguidos. Todo esto me gusta mucho..., pero mañana será un día muy pesado también, con la llegada de los demás camiones y la colocación de todos los muebles. Por esto prefiero descansar bien esta noche, o mañana no podría moverme.

—Oh, mamita..., ¿es que todos tenemos que irnos ya a la cama? —se desconsoló Penny—. ¡Con lo que me ha costado reprimir mis bostezos!

Todos rompieron en una carcajada y mamá fue la que bostezó. Se llevó la mano a la boca, pero no consiguió disimular el bostezo... y al momento todos bostezaron también. Estaban muy cansados... y era estupendo poder bostezar y pensar que ya podían acostarse.

—Sí, yo también tengo ganas de irme a la cama —confesó Sheila—. Tengo ganas de encontrarme en esta bonita habitación donde Penny y yo dormiremos juntas. De noche debe ser muy abrigada.

—También a mí me gusta mi cuarto, con el techo inclinado y sus ventanas salientes —añadió Benjy—. Mamita, ¿podré cerrar los postigos?

—Claro que no. Es muy sano que penetre el aire, tontuelo. No cierres los postigos ni las ventanas. Los postigos sólo deben usarse para que hagan bonito..., a menos que estalle una tremenda tormenta y haya que prevenirse contra el vendaval.

—Oh..., ojalá haga pronto una tormenta —palmoteo Penny, imaginándose ya los relámpagos y los truenos en el campo. Luego volvió a bostezar, abriendo tanto la boca que Rory se maravilló de ver que era tan grande. Y todos los niños bostezaron a la vez, por lo que la madre se puso de pie.

—Vaya, encended vuestras velas, y a la cama. Yo voy a lavar los platos y después

subiré también.

Los niños encendieron las velas. Fue muy divertido. Su madre les prometió que después, antes de acostarse, iría a darles un beso en sus camitas, y ellos besaron a su padre y empezaron a desfilar por la escalera uno a uno. Las llamitas de las velas temblaban ligeramente mientras subían. La vieja casa parecía muy amable y pacífica, y algunos peldaños crujían, como dándoles la bienvenida. ¡La Granja del Sauce! Por fin se hallaban en ella. Parecía demasiado bello para ser verdad.

Los niños fueron entrando en sus respectivos dormitorios. Las camas estaban ya a punto con el embozo hacia fuera. También tenían preparados los pijamas. Y los cepillos de dientes estaban en el cuarto de baño, por lo que uno tras otro fueron a lavarse y a cepillarse la boca.

—Sí, yo estoy muy cansado —confesó Benjy al entrar en su pequeña habitación—. ¡Apenas podía mantenerme despierto!

Todos se dieron las buenas noches. Las niñas se dirigieron a la habitación que compartían, y cada cual se metió en su cama. Rory estaba en el cuarto contiguo. Las dos hermanitas oyeron cómo crujía su cama cuando Rory se acostó.

—¡Buenas noches! —gritó el muchacho—. ¡Mañana será muy divertido despertamos en la Granja del Sauce! Supongo que en los primeros instantes no sabré dónde estoy.

—¡Buenas noches! —le respondió Benjy—. Mañana iremos a ver al viejo Sacolín. ¡El buen viejo Sacolín!

Luego se restableció el silencio... y cuando la madre subió al cabo de diez minutos para darles las buenas noches..., no pudo hacerlo porque todos sus hijos estaban ya profundamente dormidos.

CAPÍTULO IV

EL PRIMER DÍA

Benjy se despertó el primero a la mañana siguiente. El sol brillaba ya ante su ventana y cuando abrió los ojos, divisó un dibujo dorado que formaba la luz del sol en la pared. Al momento recordó dónde estaba y saltó de la cama entusiasmado.

—¡Nuestro primer día en la Granja del Sauce! —exclamó para sí—. Hoy veré a Sacolín... y a *Pillina*. ¿Se habrá despertado ya Rory?

Fue hasta el cuarto de su hermano, pero éste estaba aún completamente dormido. Entonces, Benjy se vistió y bajó. Salió por la cocina al patio. El sol matinal todavía no calentaba, pero haría buen día.

—Ojalá tuviéramos gallinas y patitos que cloqueasen y graznasen —pensó—, pero pronto los tendremos. ¡Oh, todos los pájaros están cantando!

El coro matinal resonaba muy alto en los oídos de Benjy, mientras el niño se disponía a dar una vuelta por la granja. Los pinzones gorjeaban alegremente «chip-chip-chip-chip-chip»... Benjy se puso a silbar para imitarles.

Los mirlos estaban encaramados en las ramas más elevadas de los árboles cantando lentamente, con solemnidad, y escuchando sus propios cantos. Los tordos piaban felizmente, repitiendo sus frases musicales una y otra vez.

«Chudiii..., chudii... chudii...», cantaba uno.

—¿A ti qué te importa? ¿A ti qué te importa? —piaba otro. En aquel momento, Benjy saltó sobre un charco y se salpicó de agua. Se echó a reír.

—Ya no tardarán en llegar las golondrinas —pensó—. Quizás anidarán en los graneros. Sería estupendo. Al fin y al cabo, su verdadero nombre es golondrina de granero... y nosotros tenemos varios. Tendré que atisbar en los viejos nidos, si los hay.

Pero el granero estaba demasiado oscuro para ver si quedaban restos de nidos de golondrinas en el tejado. Sin embargo, Benjy divisó viejos nidos de vencejos en los muros de la casa. ¡Y había dos o tres debajo de su propia ventana!

—Será maravilloso que vengan el mes próximo y vuelvan a anidar aquí —pensó Benjy, levantando la vista hacia las ventanas salientes, como pegadas al tejado—. Podré escuchar sus cantos y ver cómo los pequeños vencejos asoman la cabecita fuera del nido. Ojalá vengan pronto.

A lo lejos, el pastor triscaba por el campo. Le estaba haciendo algo a una oveja. Por allí no parecía haber nadie más. Ni animales ni aves, ni nada para alimentarlos.

¡Pero sí había alguien! Benjy distinguió el extremo de una escalerilla de madera en la esquina de la casa. ¿Quién estaría allí?

Un hombre apareció por la esquina, silbando suavemente. Al ver a Benjy, se detuvo.

—Buenos días, jovencito.

—Buenos días —contestó Benjy—. ¿Quién es usted?

—Soy Billy, el bardador. Estoy precisamente bardando su tejado... y cuando haya terminado, ayudaré un poco en la granja.

—Oh, me alegro mucho, Billy —afirmó Benjy, complacido porque el bardador parecía un buen hombre. Tenía el rostro tan moreno como un roble, y sus ojos eran unos pedacitos de porcelana azul en su cara. Eran unos ojos que parpadeaban continuamente.

Billy llevó la escalera hacia la cocina. En el suelo había un gran montón de heno.

—Ojalá yo pudiera bardar el tejado —exclamó Benjy—. Sí, en la escuela nos enseñan muchas cosas, Billy..., cuándo tuvo lugar la batalla de Crecy, y otras cosas por el estilo, pero nadie nos enseña a hacer cosas verdaderamente útiles y tan excitantes como bardar un tejado. Cómo me gustaría poder decirle a papá: «¡Déjame bardar el tejado, papá!». O bien «¡deja que limpie el estanque de los patos!», o también «déjame deshollar la chimenea».

Billy se echó a reír.

—Bueno, ven, y verás cómo bardo el tejado. Luego, el año próximo, cuando el viejo invernadero necesite un poco de heno, tú podrás colocarlo.

Billy tenía en la mano una enorme rama de sauce que había cortado aquella mañana de camino hacia la granja. Ahora comenzó a cortarla en pedazos, afilando ambos extremos. Benjy le contemplaba ensimismado.

—¿Para qué hace esto? —inquirió.

—Para atarugar el heno cerca del reborde, jovencito —le explicó Billy—. Fíjate en este sector que ya está terminado.

Benjy observó que Billy había dispuesto un reborde casi en el fondo del tejado.

—¡Oh, parece el dibujo de un bordado! —se maravilló el niño—. ¿Lo ha puesto así para que haga bonito?

—Oh, no... El heno quedaría flojo si no estuviese ese reborde tan entrelazado. Este dibujo ya lo empleaba mi padre, y también mi abuelo. Mira arriba del tejado..., ¿ves aquel dibujo? Ah, bardar un tejado no es tan fácil como parece... Es una tarea que pasa de padres a hijos, y que debe aprenderse de niño.

—Magnífico —aprobó Benjy, porque como todavía era niño podía aprender a bardar un tejado—. Dígame, ¿podrá esperarse a que vaya a avisar a mis hermanos? Les gustará mucho ver cómo trabaja usted.

—Ve a buscarlos, pero no corras —repuso Billy, subiéndose a la escalera con una brazada de heno a la espalda—. Y no me busques aquí, porque tan pronto estaré en un sitio como en otro. Trabajaré todo el día, por lo que podréis verme mucho rato.



En aquel momento aparecieron los otros tres. Vieron a Benjy y corrieron hacia él.

—¿Por qué no nos has despertado? Hace ya mucho tiempo que te has levantado, ¿verdad?

—Mucho —afirmó Benjy—. ¡Todo esto es tan bonito! Mirad, éste es el bardador. Se llama Billy. Fijaos en estas ramitas de sauce que ha afilado..., son para entrelazarlas y formar el reborde para que contenga al heno.

—¡Caramba, cuánto has aprendido! —rió Rory—. ¡Explícanos cómo se barda un tejado, Benjy!

—Bueno, pues... el bardador saca primero el heno viejo... y después... después...

—Me gustaría verte haciéndolo —siguió riendo Billy—. Hay que ver lo que harías... Fíjate en lo que yo hago... Saco hacia fuera unos diez o doce centímetros del heno viejo y podrido..., ¿ves?, y meto varios puñados del nuevo..., como unos veinte centímetros de espesor. De este modo no queda aplastado cuando llueve. No hace falta quitar todo el heno viejo..., sería una lástima. Cuando se barda un tejado sólo se saca hacia fuera el heno viejo y se ataruga el nuevo.

—¿Entonces quiere decir que en nuestro tejado hay heno que quizá lleva ahí años y años? —se admiró Rory, sorprendido.

—Tal vez —sonrió Billy, mientras seguía trabajando diestramente con el heno—. Ah, os asombraría saber las cosas que he descubierto entre el bálago viejo..., cajitas con monedas antiguas, joyas; bolsas con chatarra... Un tejado de bálago es un lugar estupendo para esconder toda clase de objetos.

Los niños se miraron, boquiabiertos. ¡Esto era maravilloso!

—¿Encontró algo en nuestro tejado? —inquirió Penny.

—Nada. Es ya la tercero vez que lo renuevo, y esta vez seguramente no encontraré, no habiéndolo hallado la primera. Pero me parece que os están llamando.

Era el padre de los niños, que los buscaba para el desayuno. Se separaron con gran pesar del bardador y corrieron adentro de la casa, meditando en las palabras de Billy. Penny opinaba que sería algo único encontrar de improviso un tesoro oculto en el tejado. Y decidió subir al desván situado sobre su dormitorio y hurgar entre el heno. ¡Tal vez hallase algo que a Billy le hubiese pasado por alto!

—Esta mañana no os quiero en casa —les ordenó su madre cuando terminaron de desayunarse con pan y mermelada—. Van a llegar los otros camiones y estaremos muy ocupados.

Billy lanzó una sonora carcajada. Benjy le miró, ruborizándose.

—¿No es así?

—¿No podríamos quedarnos a ayudar un poco? —Benjy estaba desencantado—. Me gustaría mucho ver subir los muebles por la escalera, mamita.

—Bueno, pero a los mozos no les gustaría tanto como a vosotros —replicó la madre—. Os prepararé un almuerzo succulento... y podréis ir a ver a Sacolín.

¡Todos vitorearon a su madre! Todos querían ver a Sacolín.

—Bien —aprobó Benjy—. Esto me gusta más que nada. Es lo más que me gusta —ésta era su frase favorita, y siempre la pronunciaba al revés de todo el mundo—. Y luego será muy entretenido volver y encontrar todas las habitaciones con los muebles en su sitio y...

—Oh, no corras tanto —le atajó su madre, riendo—. Antes de que todo esté en orden y en su sitio, pasará al menos una semana. Bien, ¿qué queréis llevaros para almorzar? ¿Unos bocadillos de carne en conserva, un pastel y unos bizcochos? También podéis llevaros una botella de leche.

Antes de marcharse a visitar a Sacolín, las niñas hicieron camas, y los niños ayudaron a su madre a lavar los platos y a preparar los bocadillos. Cuando estaban metiendo todas las cosas en dos bolsas, llegaron los otros camiones de la mudanza.

—¡Qué a tiempo! —se admiró la madre—. Cuando empiecen a descargar, vosotros ya no estaréis aquí.

Los niños cogieron sus chaquetas y sus sombreros y se apresuraron a salir de la granja. Del primer camión comenzaron a saltar los mozos. Abrieron la rampa trasera y los niños pudieron divisar los muebles que tanto conocían.

—¡Allí está la mesa del cuarto de estudio! —gritó Penny.

—Y la vieja librería —agregó Rory—. Supongo que mamá les dirá a esos hombres dónde han de ponerlo todo. Casi me siento tentado a quedarme para ayudarles.

—¡Largaos ya! —les gritó la madre—. ¡Nos os estéis aquí parados con ese frío!

Los niños se alejaron, volviéndose a mirar hacia atrás de cuando en cuando. Decidieron subir por la colina del Sauce y cruzar por los pastos de Navidad hasta la cueva de Sacolín. Tenían unos tres kilómetros de camino. Cuando llegaron a la cumbre de la colina, miraron hacia la Granja del Sauce. Estaba firmemente asentada en su altozano, y el humo se escapaba en volutas por la chimenea de la cocina. Ahora la granja ya tenía vida, con gente entrando y saliendo y la chimenea echando humo.

Luego, los cuatro niños fueron bajando hasta la cueva de Sacolín. Iban cantando por el camino, sintiéndose muy dichosos. Estaban en vacaciones y se aproximaban la primavera y el verano.

Tenían un hogar en el campo y no en Londres. Y podrían ver a Sacolín tanto como quisiera. Oh, sí, le echaban mucho de menos.

Rodearon una loma, donde crecían helechos y brezos, así como abedules que la balanceaban a impulso de la brisa. Los niños llegaron por fin a un lugar que conocían bien.

En la falda de la montaña había una cueva. En verano unos helechos muy frondosos y altos ocultaban la entrada, pero ahora sólo quedaban algunos restos de los del año pasado. Del borde superior de la cueva colgaban algunos escuálidos brezos.

Los niños comenzaron a gritar:

—¡Sacolín! ¡Sacolín!

—Entremos —propuso Rory—. Seguro que no está... o quizá duerma muy fuerte.

—No seas tonto —se burló Benjy—. Si el viejo Sacolín se despierta tan pronto, oye zumbar una mosca. Si estuviera en la cueva, nos habría oído cuando hemos bajado de la montaña.

Penetraron en la cueva. Era maravilloso volver a estar allí dentro. En el interior se ensanchaba como un embudo. El techo era muy alto, rocoso y oscuro.

—Aquí está su cama —indicó Rory, sentándose sobre un saliente de roca, sobre el cual Sacolín había colocado varias brazadas de brezos y helechos—. Y fijaos..., todavía guarda sus platos de hojalata y todas sus cosas en el mundo estante.

Los niños miraron hacia el saliente rocoso que servía de estantería encima de la cama. Allí se hallaban, ordenadamente dispuestas, todas las posesiones del bueno y viejo Sacolín.

—¡Todavía está aquí el taburete que Rory y yo le hicimos por Navidad! —se alegró Benjy—. Mirad las ardillas que tallé en la madera.

—¡Y también está aquí la colcha que Sheila y yo le hicimos! —señaló Penny, acariciando la prenda que estaba encima de la cama—. Espero que este invierno no haya pasado frío.

—¿Estará todavía al fondo de la cueva el pequeño manantial que le proporcionaba el agua a Sacolín? —preguntó Rory.

Todos fueron a verlo. El niño encendió su linterna, y los demás lanzaron una pequeña exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Rory.

—Casi nada —rió Benjy—, salvo que aquí está uno de los amigos de Sacolín.

Los demás se acercaron a ver, con mucho sigilo. Sacolín les había enseñado a moverse quedamente cuando querían ver pájaros o animales.

Tendida junto al pequeño manantial que manaba del suelo rocoso, se hallaba una liebre. Contempló a los niños con sus enormes ojos. No podía moverse.

—Tiene rotas las patitas traseras —se compadeció Sheila—. Sacolín está tratando de curarla. Le ha puesto unas tablillas. Pobre liebre..., debió caer en una trampa.

Los niños examinaron a la paciente liebre. El animalito hundió el morrito en el agua y lamió unas gotas. Benjy estuvo seguro de que padecía mucho.

Penny pretendió acariciarla, pero Benjy se lo impidió.

—A los animalitos heridos no les gusta que los toquen —le recordó—. Déjala tranquila, penny.

—¡Escuchad! —gritó de pronto Sheila—. Creo que oigo a Sacolín.

Escucharon... y al momento supieron todos que se aproximaba su amigo Sacolín. Nadie más sabía silbar tan bien, nadie más podía imitar a un mirlo o a un ruiseñor. Todos los niños se precipitaron a la entrada de la cueva.

—¡Sacolín! —gritaron todos a una—. ¡Sacolín! ¡Estamos aquí!

CAPÍTULO V

¡BUENO Y QUERIDO SACOLÍN!

Sacolín subía por la colina opuesta a la montaña por donde habían bajado los niños, con los brazos llenos de raíces y plantas. Cuando vio a los niños, las dejó caer y por su cara morena y curtida se extendió una amplia sonrisa. Sus ojillos chispearon como las aguas de un riachuelo, y los niños corrieron hacia él y lo abrazaron.

—Bien, bien, bien —exclamó Sacolín—, qué tormenta de chiquillos se abate sobre mí. ¡Oh, Rory, cómo has crecido! A ver, Sheila, déjame que te mire... Benjy..., mi querido Benjy, cuántas veces me he acordado de ti. Y mi pequeña Penny..., bueno, ya no tan pequeña... si estás muy alta.

Charlando y riendo, los cinco se sentaron sobre un ribazo alfombrado de hierba. Todos estaban encantados de volver a ver a Sacolín. El buen hombre siempre hacía lo que era justo, nunca le importunaban los chiquillos, y siempre se mostraba como su mejor amigo. Era tan natural como los animales que tanto amaba, tan alegre como los pájaros, tan prudente como las montañas. ¡Oh, sí, era estupendo volver a ver a Sacolín!

—¿Sacolín, has visto ya la Granja del Sauce? —le gritó Penny—. ¿Verdad que es preciosa?

—Sí, lo es —asintió Sacolín—. Y muy productiva. Trabajando con ganas y con un poco de suerte, podréis pasarlo muy bien. La tierra es buena. Los campos están bien resguardados y siempre ha tenido fama por su buen ganado. Todos vosotros ayudaréis a vuestros padres, supongo.

—Naturalmente —afirmó Rory—. Nosotros, los chicos, este curso iremos a dar clase con el vicario, lo mismo que las chicas. Pero dedicaremos nuestro tiempo libre a la granja, así como los sábados y domingos. ¿No es una suerte, Sacolín?

—Sí, chico. Bien, si alguna vez necesitáis que os eche una mano, avisadme. Sé trabajar como el que más, y también conozco muchas medicinas raras para curar a los animales enfermos.

—Oh, Sacolín... hemos visto a esa pobre liebre en tu cueva —se condolió Benjy—. ¿Se pondrá mejor?

—Si vive hasta esta noche la curaré —le aseguró Sacolín—. Aquí traigo unas cuantas raíces que trituraré y mezclaré con otra cosa, y si consigo que la liebre se lo tome, le aliviará el dolor y la ayudará a seguir viviendo, un animal que padece un gran dolor o ha sufrido un susto muy grande se muere con mucha facilidad. Pobrecita liebre... es muy amiga mía. Tú ya la conocías, Benjy.

—Oh... ¿es aquella misma que venía tantas veces a tu cueva el año pasado? —exclamó Benjy con tristeza—. Era tan buena... y corría con tanta ligereza... Yo la quería mucho. ¿Con qué se hizo daño, Sacolín?

—No lo sé —le contestó su amigo—. Por lo visto se pegó contra un palo, o

alguien la golpeó, aunque dudo mucho que haya nadie que pueda acercársele cuando puede correr. Ni sé cómo llegó arrastrándose hasta la cueva, pobrecita. Solamente podía saltar sobre las dos patitas de delante.

Penny estaba a punto de llorar. Mientras tanto, el «Salvaje» iba triturando las raíces con una pesada piedra. Luego mezcló el jugo obtenido con un polvo muy fino de color castaño y lo agitó todo junto. Acto seguido se dirigió a la cueva, seguido por sus amiguitos.

La liebre miró a Sacolín con ojitos muy melancólicos y doloridos. Sacolín se arrodilló y le cogió dulcemente la cabeza. Luego le abrió la boca y diestramente arrojó a su interior un sorbo de aquel extraño mejunje. Cerró fuertemente la boca del animalito y se la mantuvo apretada. La liebre forcejeó débilmente hasta que por fin se lo tragó.

Sacolín soltó la boca de la liebre y pasó sus rugosos dedos por su cabeza.

—Dentro de poco te encontrarás mejor —le dijo con voz suave.

Luego volvieron a salir todos al aire libre. Benjy entonces formuló una pregunta que ya hacía rato tenía en la punta de la lengua.

—Sacolín... ¿dónde está *Pillina*?

—Vaya, vaya... ya me extrañaba que no preguntases por tu ardilla... —rió el viejo—. *Pillina* está haciendo exactamente lo que indica su nombre. Sí, es una pilla, y se pasa la vida trepando a los árboles junto con sus otras compañeras. Cuando hace frío suele venir a acurrucarse a mi cueva...

Pero como esta semana pasada ya hizo bastante calor, el animalito se marchó a jugar con sus primitas.

—Oh —exclamó Benjy, desalentado—. ¿Entonces, ya no está domesticada?

—Claro que sí. Ya lo verás dentro de unos momentos. Le silbaré.

Y Sacolín lanzó un silbido curiosamente estridente, muy alto y musical.

—Se parece al silbido de las nutrias —afirmó Benjy, acordándose de una noche que pasó con Sacolín, escuchando cómo las nutrias se silbaban unas a otras en el río—. Supongo que *Pillina* te habrá oído, Sacolín.

—Me ha oído, me oye siempre esté donde esté —le aseguró Sacolín. El «Salvaje» tenía razón. Al cabo de medio minuto, Benjy lanzó una exclamación.

—¡Oh, mirad! ¡*Pillina* está subiendo por la ladera!

Sí, todos pudieron ver a la ardilla parda saltando graciosamente hacia ellos, con su enorme cola moviéndose aceleradamente. Iba directamente hacia el grupo, y al llegar junto al mismo soltó un bufido de alegría y se encaramó al hombro de Benjy.

—¡Oh, queridita mía, todavía te acuerdas de mí al cabo de tres meses! —se maravilló Benjy, gozosamente—. Apenas puedo creerlo. Oh, Sacolín, ¿verdad que es magnífica? Y ha crecido mucho... ¡Y tiene una cola soberbia!

La ardilla dejó escapar un ligero parloteo, y mordisqueó la oreja del niño. Luego comenzó a corretear en torno a su cuello, y arriba y abajo de su espalda, para terminar sentándose sobre su cabeza. ¡Todos se echaron a reír!

—Ciertamente, está encantada de volver a verte, Benjy —exclamó Sacolín. *Pillina* miró al que acababa de hablar, saltó sobre su hombro y luego volvió hacia Benjy. Era como si estuviese diciendo:

—Me gusta mucho ver otra vez a Benjy, pero a ti también te quiero mucho, Sacolín.

—¿Crees que querrá venir a la granja conmigo? —preguntó Benjy—. A mí me gustaría mucho.

—Oh, sí —replicó el viejo—. Pero no debes enfadarte si alguna vez te abandona, Benjy. Ya sabes que quiere mucho a sus compañeras. Yo te enseñaré un silbido especial para ella, y siempre que tú quieras volverá a tu lado.

—Estoy muriéndome de hambre —exclamó Penny de repente—. Nos hemos traído el almuerzo, Sacolín. ¿Quieres comer con nosotros?

—Claro que sí, gracias. Venid conmigo. Conozco un rincón muy caliente y abrigado, donde no nos molestará este ventarrón de marzo. La semana próxima ya estaremos en abril y el sol calentará de veras.

Los condujo a un lugar situado encima de su cueva. Era como una oquedad en la ladera de la ventana, al socaire del viento, donde el sol caía de plano. Las primulas crecían en aquel paraje a centenares, y más tarde las orejitas de oso también cabecearían por todas partes. Los niños tomaron asiento sobre unos viejos helechos, calentándose como gatitos al sol.

—¡Formidable! —ponderó Benjy—. Bueno, saca la comida, Rory.

Comieron con buen apetito, y charlaron por los codos con Sacolín, contándole cosas del colegio de Londres y de la Granja del Sauce. Y Sacolín, a su vez, también les dio todas sus noticias y novedades.

—No son tan excitantes como las vuestras —les advirtió—, porque desde que os marchasteis he vivido tranquilamente en la cueva. Oh, os estoy muy agradecido por la colcha, Sheila y Penny. Me ha ido muy bien para preservarme del frío... y en cuanto a vuestro taburete, Rory y Benjy, no sé realmente qué hubiese hecho sin él. Cada día lo he utilizado como mesa y escabel.

—¡Bravo! —aplaudieron los dos muchachos, complacidos—. Y ahora, Sacolín, ¿qué animales has tenido en tu compañía desde que nos fuimos?

—Bueno, como sabéis, muchos duermen durante el invierno. Pero han venido a visitarme muchos conejitos, que correteaban alegremente por la cueva. Pero cuando venía a verme la comadreja, desaparecían rápidamente.

—¡«Una comadreja»! —exclamó Benjy, estupefacto—. ¿Tienes una comadreja domesticada que viene a verte, Sacolín?

—Sí. Y me gusta mucho verla, porque es una buena amiga. Husmeó el olor de los conejos y así es cómo llegó hasta mi cueva. Te gustaría mucho verla, Benjy. Salta como un payaso.

—¿Qué otros animales han venido a verte? —quiso saber Penny, deseando haber vivido con Sacolín en su cueva durante aquellos tres meses.

—Muchos pájaros —continuó Sacolín—. Gallinejas de agua, zarzales, mirlos, petirrojos, pinzones... todos han venido a verme de cuando en cuando, y durante un mes entero un petirrojo durmió en la cueva.

—¿Vino también la zorra a verte, Sacolín? —le preguntó Benjy, acordándose de una zorra acosada a la que Sacolín amparó un día de invierno, en que todos los niños estaban en la cueva.

—Sí, viene a menudo. Es un ejemplar bellísimo. Siempre se dirige directamente a la fuentecita que hay al fondo de la cueva y lame dos o tres gotas de agua, como si recordase cada vez de qué manera la ayudó el agua aquella vez que estaba tan débil cuando la perseguían los cazadores.

Los niños continuaron charlando en la salida oquedad hasta la hora del té. Después se levantaron y estiraron las piernas.

—Le prometimos a mamá estar de vuelta o la hora del té —explicó Sheila—, y ya debemos irnos. Ven a vernos a la Granja del Sauce, Sacolín. No tardaremos mucho en tener mucho trabajo y nosotros no podremos venir a verte cada día, aunque nos guste mucho. Pero tú sí puedes venir a vernos siempre que quieras. A papá y mamá les gustará mucho verte... y nosotros queremos enseñarte nuestra granja.

Los niños se despidieron del «salvaje» y se marcharon. Pero antes penetraron sigilosamente en la cueva para contemplar a la liebre. Rory encendió su linterna para alumbrarla.

—Oh, está mucho mejor —exclamó con fervor—. Sus ojitos ya no tienen aquella mirada vidriosa. Creo que se curará: Pobrecita liebre... está tan triste... Bueno, no tardarás en volver a saltar por el bosque, tan ligera como el viento.

—Lo dudo —observó Sacolín—. Ya no volverá a correr con tanta rapidez. Tendré que tenerla aquí, como un animalito doméstico. Cojeará el resto de su vida. Pero si logro domesticarla será muy dichosa conmigo.

Los niños regresaron a su casa por los pastos de Navidad, cruzaron la cima de la Colina del Sauce y bajaron corriendo hasta su casa. Era estupendo volver a estar en la Granja del Sauce. Los camiones de la mudanza ya se habían marchado, y por el patio se veían briznas de paja. El humo surgía ahora por tres chimeneas y no por una sola. Billy, el bardador, estaba hablando con el padre de los niños en el patio. Y alguien estaba canturreando en la cocina.

—Sí, esto es ya un verdadero hogar —reflexionó Sheila en voz alta, corriendo hacia la cocina, pero se detuvo al ver a una persona desconocida allí dentro, una mujer gordinflona y de mejillas coloradas le estaba sonriendo.

—Pasa —la invitó—. Yo soy Harriet. ¡Llevo todo el día esperando conoceros!

Todos los niños se precipitaron dentro de la cocina. Harriet les gustó. También había una muchachito de unos quince años preparando la bandeja para el té. Lanzó una tímida ojeada a los hermanos.

—Ésta es Fanny, mi sobrina —les presentó Harriet—. Vendrá todos los días a ayudarme.

—Yo soy Sheila y ésta es mi hermana Penny —dijo la jovencita—. Y éste es Rory, el mayor, y éste, Benjy. ¿Está ya listo el té?

—Sí —le confirmó Harriet—. Vuestra madre está arriba ordenando los muebles, si queréis verla. Estaba ya inquieta por vosotros.

Los niños corrieron en busca de su madre. Pero antes se asomaron a todas las habitaciones de la planta baja. ¡Oh, qué diferente parecía todo con los viejos y queridos muebles, con todas las sillas y las mesas!

Luego subieron al primer piso. Fueron inspeccionando todos los dormitorios. No sólo tenían ya las camas, sino también las cómodas, los armarios, las sillas, las librerías... Las muñecas de Penny estaban todas en su sitio, y la cunita de jugar se hallaba al lado de su cama. El barco que había construido Rory en sus ratos de ocio se erguía orgullosamente sobre la repisa de su cuarto.

—¡Oh, todo es estupendo! —prorrumpieron los niños al unísono—. ¡Mamita! ¿Dónde estás?

—Aquí —les contestó su madre desde el cuarto de recreo. Los niños corrieron en tropel al encuentro de su mamita. El cuarto de juegos había quedado muy bien con todas las sillas y los dos pupitres. También había la mecedora, las casas de muñecas, el fuerte, y un gran montón de juguetes y animalitos pertenecientes a Penny y Benjy.

—¡Este cuarto será maravilloso para nosotros! —se entusiasmó Benjy, mirando por la ventana la montaña donde unos riachuelos relucían al sol del atardecer—. Oh, mamá, qué pronto lo has tenido todo arreglado.

—Bueno, parece que lo esté —rió su madre—, pero no es así. Mañana tendremos que colocar las alfombras, y colgar los cuadros... y tú tendrás que sacar tus libros y ponerlos en la librería, lo mismo que los demás, y Penny tendrá que guardar sus muñecas en el armario. Todavía falta mucho que hacer.

—¡Pues lo haremos todo! —afirmó Rory, pensando ya con alegría cómo dispondría todas sus cosas en su dormitorio—. ¡Todo es la mar de divertido en la Granja del Sauce!

CAPÍTULO VI

UNA SORPRESA PARA PENNY

Durante los días siguientes no dejaron de divertirse. Los niños ordenaron todas sus cosas a su gusto. Luego hicieron buena amistad con Harriet y Fanny, aunque ésta al principio se mostró tan tímida que no abría la boca para nada. Harriet era muy zalamera, y casi siempre tenía una golosina para los niños cuando éstos entraban corriendo en la cocina.

Billy, el bardador, terminó de bardar los tejados, sin encontrar ningún tesoro, con gran desencanto de Penny.

—Estoy contento de haber terminado —exclamó—. Ahora podré dedicarme a cuidar de la granja. Hoy que arar mucho... y tengo que preparar el jardín para vuestra madre. Quiere plantar en él muchas cosas.

—Si podemos ayudar en algo... —se ofreció Rory—. ¡Yo quiero «trabajar»! Ojalá tuviéramos ya las gallinas y los patos, y los cerdos y las vacas y todo... para poder cuidarnos de ellos.

Los niños fueron a preguntar a sus padres cuándo llegarían las aves y los demás animales.

—Pronto —les prometió su padre—. Tío Tim nos traerá la volatería mañana. El gallinero ya está a punto. ¿Quién de vosotros se ocupará de las gallinas?

—Yo —anunció Sheila—. Me gustan las gallinas... aunque me gustan más los patos. Deja que me cuide de las gallinas, papá...

—De acuerdo, Sheila, pero en tal caso, tienes que aprender muchas cosas respecto a las gallinas —se conformó su padre—. En la Granja del Cerezo sólo os dedicasteis a arrojarles maíz, cuando os parecía, y a recoger los huevos para llevárselos a tía Bess... pero si realmente tú quieres ocuparte de las gallinas tienes que poner un cuidado especial y aprender muchas cosas.

—Sí, papá. ¿No hay ningún libro que lo explique todo?

—Yo tengo dos o tres —repuso su papá—. Ya te los daré.

—Sheila, ¿no podría ayudarte yo a cuidar las gallinas? —inquirió Penny—. Quiero hacer algo. Los chicos dicen que ellos se cuidarán de las vacas y los cerdos cuando lleguen.

Sheila deseaba cuidar ella sola a las gallinas, pero cuando vio la afanosa y expectante carita de Penny se le ablandó el corazón.

—Bueno, me ayudarás. Y también te dejaré leer esos libros.

Penny se quedó encantada. Ahora era una personita tremendamente importante. ¡Iba a leer unos libros que hablaban de las gallinas! Tenía que decírselo a alguien... Ah, sí, se lo contaría a Sacolín cuando le viese.

Papá fue a buscar los libros. Parecían muy gordos y pesados. Pero a Sheila y a Penny no les importó. ¡Ahora sabrían todo lo que había que saber sobre las gallinas!

Sheila le entregó a Penny el que parecía más digerible, con grabados de gallinas en todas sus páginas.

—¿Papá, nos dejarás ver los cerdos cuando lleguen? —preguntó Benjy—. Y ordeñaremos las vacas. También podemos limpiar los cobertizos. Lo hice un par de veces en la Granja del Cerezo.

—Podéis intentarlo —asintió su padre—. Esta granja ya no tardará en estar en plena actividad, con las vacas en el campo, los cerdos en la pocilga, los caballos en los establos, las gallinas y los patos corriendo por todos partes, haciendo mantequilla, bañando a las ovejas... ¡Sí, estaremos muy ajetreados! Y tendremos que desayunarnos a las siete de la mañana.

—¡Caracoles! —exclamó Sheila, que era un poco perezosa y apegada a las sábanas—. Esto significa que tendremos que levantarnos a las seis y media.

—Sí, y acostarnos temprano —asintió su padre—. Los granjeros tienen que estar siempre levantados cuando amanece... y no pueden hacerlo si se van a dormir tarde.

A ninguno de los niños le gustó la idea de acostarse temprano. Pero si tenían que ser granjeros debían comportarse como los granjeros.

Sheila y Penny se dirigieron al cuarto de recreo con los libros de volatería Penny se esforzó por entender lo que leía. Sabía leer de corrido... pero, caramba, qué palabras más difíciles había en aquel libraco... y muchos capítulos hablando sólo de unas cosas llamadas incubadoras y criaderos. Se cansó pronto.

—Sheila —exclamó con voz desmayada—, no puedo entender este libro. ¿Es más fácil el tuyo?

Sheila también hallaba muy enrevesado el suyo. Parecía estar escrito para personas que criasen gallinas desde toda la vida, no para principiantes. De esta manera nunca se enteraría de qué modo tenía que alimentar debidamente a las gallinas, cómo conseguir que pusiesen huevos, ni saber cuándo estaban enfermas.

¡Pero esto no podía confesárselo a Penny! Por lo tanto, levantó la vista y sonrió con suficiencia.

—Oh, Penny, querida... ¡qué cría eres! Yo leeré esos libros, si tú no sabes, y después te explicaré lo que dicen. Y lo haré con unas palabras que puedas entenderlas.

Penny se puso muy colorada.

—De acuerdo. Luego me lo contarás todo.

La pequeña estaba avergonzada por no haber entendido su libro, por lo que se marchó del cuarto de recreo y bajó al patio. Lo mejor sería ir a charlar un rato con el viejo pastor de la montaña. Y hacia allí se fue.

Las ovejas estaban pastando en la ladera. Los borreguitos triscaban por los alrededores, y Penny se echó a reír al verles. ¡Oh, le hubiera gustado tanto tener uno! En la Granja del Cerezo le había dado a uno el biberón para criarlo... ¡y qué lindo era!

—Realmente, creo que los borreguitos son mucho más bonitos que las gallinas —

decidió para sí—. Ya sé que a Sheila le gustan mucho las gallinas... pero yo creo que son un poco sosas. Todas parecen exactamente iguales, en cambio, los borreguitos son distintos... todos son diferentes.

Se quedó viendo cómo los borregos jugaban. Y después contempló las ovejas.

—Lástima que los borreguitos se transformen en ovejas —se lamentó—. Las ovejas son como las gallinas... todas son iguales. El pastor tal vez sepa distinguir las unas de otras... pero yo no podría.

Buscó al pastor con la mirada. El buen hombre se hallaba en lo alto de la montaña donde había construido un redil de encañizada.

Penny corrió hacia allí.

—Hola —le gritó al pastor, cuando estuvo a su lado—. He venido a verte.

—Hola, chiquita —respondió el pastor, apoyándose en su cayado y mirando a la niña con sus ojos tan grises como su cabello—. ¿Cómo te llamas?

—Penny. ¿Y tú?

—Davey —contestó el pastor—. Oh, tienes un nombre muy bonito. Penny... Suena casi como «pena». Podrían llamarte Penita, ¿verdad? Aunque supongo que siempre estarás muy contenta, ¿eh?

Penny se echó a reír. Davey le gustaba. Y hasta sabía hacer chistes con los nombres.

—Bueno, mi verdadero nombre es Penélope, pero todos me llaman Penny.

—Pues yo te llamaré Penita —replicó el pastor—. ¡La única penita simpática y alegre que conozco!

Se echaron a reír los dos. De pronto apareció un perro pastor que le lamió la mano a Penny.

—Éste es mi mejor perro, *Bribón* —dijo Davey—. Es maravilloso con las ovejas.

—¿De veras? ¿Qué hace, pues?

—Oh, ven un día y verás cómo las lleva de una montaña a otra —respondió el pastor—. Entonces sabrás apreciar a *Bribón*. Mira, si yo estuviese enfermo y quisiese que las ovejas se mudasen de montaña, sólo tendría que ordenárselo a *Bribón*... y antes de dos horas todas las ovejas estarían en otra ladera.

—¡Caracoles! —se admiró Penny—. Me gustaría verlo. Davey, allí hay otro perro. ¿Cómo se llama?

—*Canallita*. Es una perra muy buena también, aunque no tan obediente como *Bribón*. Y mira, allí viene *Granuja*. No es un perro pastor, sino un cruzado, pero tan bueno como los otros.

—*Bribón*, *Canallita* y *Granuja* —repitió la niña, pensando que eran unos nombres muy bonitos—. ¿Es fácil guardar las ovejas, Davey?

—Sí, cuando sabes el oficio. Yo llevo haciéndolo toda mi vida, querida Penita, y he cometido muchas equivocaciones... pero ahora no hay nada que yo no sepa de las ovejas.

—¿Sabes? En la Granja del Cerezo una vez tuve que criar a un borreguito con el

biberón —le explicó Penny—. Y me gustó más... Me gustaría ser como la Mary de la canción infantil, que tenía un borreguito. Me gustan mucho los borreguitos.

—Bueno, pues ven a echar un vistazo a ese pobre borreguito —el pastor cogió la mano a Penny—. Si hubieras estado aquí seis semanas atrás, te habría pedido que te lo llevaras para cuidarlo, ya que en la temporada de la cría yo no puedo ocuparme de los corderitos enfermos. Sin embargo, hice por éste cuanto pude.

Condujo a Penny a un redil más pequeño donde había un solo borreguito tumbado en el suelo. Sólo tenía unas semanas, y estaba muy delgado y débil.

—Su madre tuvo tres borreguitos —le explicó el pastor—. Y quería mucho a los otros dos, pero a éste no. Entonces me lo llevé y se lo di a otra vieja cuyo borreguito había muerto. Pero antes tuve que quitarle el pellejo al borreguito muerto y ponérselo a éste.

—¡Oh, qué gracioso! —exclamó Penny—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque la oveja solamente hubiese aceptado a un borreguito que oliese como el suyo. Bueno, husmeó a éste, cubierto con la piel de borreguito muerto, se lo quedó y lo amamantó.

—Oh, qué bien...

—Ah, pero espera un poco —la interrumpió el pastor—. Lo amamantó una semana. Después le cobró aversión, sin saber por qué, y cada vez que el pobrecito se le acercaba lo rechazaba furiosamente. Como acabó por estar medio muerto de hambre, me lo traje aquí y lo he criado con biberón.

—¿Y ha llevado todas estas dos semanas el pellejo del borreguito muerto?

—Oh, no. Tan pronto como la oveja madre lo aceptó le quité la otra piel... Pero este borreguito tiene algo que no les gusta a las ovejas, por lo visto. Ninguna quiere criarlo.

—Davey... supongo —vaciló la niña— que no podría quedármelo, ¿verdad? Oh, yo podría alimentarlo con un biberón... y Harriet me daría toda la leche que hiciese falta. ¡Oh, por favor!

—Bueno, hablaré con tu padre —le prometió el pastor—. Me harás un buen favor si te cuidas de él. Yo no tengo mucho tiempo... y el borreguito se morirá si no engorda pronto.

Penny miró lastimeramente al corderito, que sólo parecía tener patas. Tenía un morrito negro, una cola muy larga, un cuerpo muy flaco, y hasta se parecía un poco al borreguito de juguete que ella tenía junto con las muñecas.

—No es muy lindo —reconoció Penny—. Más bien parece miserable. Todos los borreguitos están llenos de vida... siempre saltando y jugando... pero éste no.

—Porque está malito —replicó Davey—. Yo hablaré con tu padre, Penita... Ah, mira allí está. Ahora mismo se lo diré. Oye... creo que te están llamando.

Era la madre de Penny. La niña corrió colina abajo para ver qué quería.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó cuando su madre pudo oírla—. Davey, el pastor, dice que me regala un borreguito si puedo criarlo. ¡Oh, mamita! ¿Crees que podré? Davey

está ahora diciéndoselo a papá. Y dice que el borreguito se morirá si no se le cuida debidamente.

Sheila oyó lo que decía Penny.

—Creí que ibas a ayudarme a cuidar las gallinas —refunfuñó.

—Y te ayudaré. Pero me parece que entiendo más de borregos que de gallinas, Sheila. Además, no me costará mucho darle cada día el biberón.

La madre de Penny la llamaba para que se hiciera la cama, cosa que ella había olvidado. Los niños tenían la obligación de hacer sus camas y limpiar sus respectivas habitaciones. Penny hizo su cama y aseó su cuarto en un periquete. Luego se asomó a la ventana para ver si su padre y el pastor todavía estaban hablando. No... papá no estaba ya con Davey, y venía ya hacia la granja.

—¡Papá! —chilló muy fuerte—. ¿Puedo quedarme el corderito?

—Sí, sabes cuidarlo —asintió su padre. La pequeña lanzó un grito de alegría y se precipitó escaleras abajo, estando a punto de tropezar con Fanny—. ¡Voy a tener un borreguito! —le gritó también a la jovencita.

Subió corriendo a la colina, como si tuviera a cien perros rabiosos a sus alcances. Quería llevarse al borreguito antes de que los demás pudiesen cambiar de idea.

—¡Qué torbellino! —se maravilló el pastor, al ver a Penny corriendo hacia él—. Bueno, puedes quedarte con el corderito. Pero tráemelo a veces para ver qué tal sigue y si hace progresos.

—Oh, claro que sí —le prometió Penny—. Le compraré un biberón con el dinero de mi hucha.

—No hace falta —replicó Davey—. Puedes quedarte éste.

Le entregó un biberón a Penny. Tenía una telilla muy grande, por la que el borreguito podía chupar la leche como los bebés.

—Yo ya le he dado un poco de leche esta mañana —continuó explicándole el pastor—. Dale otra botella de leche a la hora de comer y otra a media tarde. Dale toda la que Harriet pueda conseguirte. Penny cogió la botella. Entonces, Davey desató al borreguito y se lo entregó a la nena.

—No te seguirá hasta que te conozca —le avisó el pastor—. Conducele con suavidad hacia la granja. Y pregúntale a tu mamá si puedes dejarle en el huerto hasta que te conozca. Después lo tendrás siempre a tu lado, y no te dejará ni a sol ni a sombra.

Penny estaba excitada y gozosa. Siempre había deseado tener un borreguito. Y comenzó a pensar qué nombre le pondría.

—Te llamaré *Mendruguito* —decidió de repente. Efectivamente, casi parecía un mendrugo de pan—. Pronto tendrás mucho mejor aspecto, pero es igual. Sí, te llamaré *Mendruguito*.

Asió la cuerda y trató de arrastrar al corderito hacia abajo de la montaña. Al principio, el animalito se resistió, tirando de la cuerda como negándose a andar. Pero no tardó en seguir a la chiquilla con bastante tranquilidad, y hasta llegó a adelantarla

saltando y corriendo.

Cuando llegaron a la granja, los otros tres niños miraron a Penny con gran estupor.

—¿Qué haces con este borrego? —quiso saber Benjy—. ¡Oh, qué morro tan negro tiene!

—¡Es mío! —declaró Penny con orgullo—. Y se llama *Mendruguito*.

—¿Tuyo? —se asombró Rory—. ¿Quién te lo ha regalado?

—Davey, el pastor. Es un hombre muy simpático. Y tiene tres perros, *Bribón*, *Canallita* y *Granuja*, y dice que saben trasladar a las ovejas de montaña, y nos ha invitado a ir a verlo. Él me regaló el borreguito, porque el pobrecito está malito y Davey no puede cuidarlo.

—¡Qué suerte tienes! —exclamó Benjy—. Casi me gusta tanto como *Pillina*.

Pillina estaba encaramada en su hombro. La ardilla no se había separado de Benjy desde que estaba en la granja. ¡Hasta había dormido con él aquella noche!

—Voy a enseñarle *Mendruguito* a mamá —explicó Penny, dejando a sus hermanos.

Hizo entrar al animalito en la sólita y su madre lanzó un alarido de sorpresa.

—Ah, no querida... no puedes entrar a ese borreguito en casa... Llévalo al huerto.

¡Sí, estaba muy bien que mamá dijese que el borreguito no podía entrar en la casa! *Mendruguito* estuvo dos días en el huerto, pero después Penny lo soltó para ver si la seguía, como el borreguito de Mary en la canción. ¡Y claro que la siguió!

¡La siguió por todas partes! La siguió al granero. La siguió a la cocina. ¡Hasta la siguió arriba, al cuarto de recreo! Es decir, no se separó ni un momento de Penny.

La niña lo adoraba. Y le daba el biberón tantas veces como Harriet le entregaba leche. Era muy divertido. Harriet vertía la leche en la botella y Penny se la llevaba al borreguito. Éste correteaba rápidamente hacia ella, y a veces apoyaba sus patitas en la cintura de la niña, para llegar antes a la leche. Vaciaba la botella en un santiamén, chupando ruidosamente por la tetilla.

¡En tres días engordó! Se volvió juguetón y travieso, y a Penny aún le encantó más.

Los otros niños comenzaron a cantar la canción infantil, en el cuarto de recreo cuando vieron aparecer a Penny con su borreguito.

«Penny tiene un borreguito
tan blanco como la nieve,
y va como un corderito
adonde ella lo lleve».

La madre se acostumbró a ver a *Mendruguito* entrando y saliendo de la casa... pero riñó a Penny una noche que la sorprendió con el animal en el cuarto de baño.

—¡Oh, Penny, querida, esto no! ¡A este paso, acabarás por meterlo en la bañera!

La niña se ruborizó porque, en efecto, había pensado bañar a *Mendruguito*, especialmente una noche que estaba muy sucio y lleno de barro.

—Está bien, no volveré a dejarle entrar aquí —prometió la niña.

Harriet había oído la conversación y se entrometió.

—Ni en mi despensa, ni en la alquería, ni la alacena de las escobas... —añadió, chispeándole los ojos.

—Bueno, haré que *Mendruguito* sea menos travieso —les aseguró Penny, riendo—. Será tan bueno como yo.

—¡Dios bendito! —exclamó Harriet, horrorizada—. ¡Esto no será un borreguito, será un huracán!

CAPÍTULO VII

SHEILA ENCUENTRA UNA AMIGA

El borreguito de Penny fue una gran diversión, un verdadero entretenimiento... pero demasiado a veces. Y llegaron las gallinas. Tal vez no parezca esto muy emocionante, pero para los cuatro hermanos de la Granja del Sauce sí lo fue. ¡Gallinas de ellos! Gallinas que pondrían huevos y darían dinero... Ésta era la auténtica vida granjera para los niños.

Sheila había leído los tres libros de volatería sin haber aprendido nada. No había querido confesar que eran demasiado «científicos» para ella... pero de pronto halló una ayuda donde menos la esperaba.

La ayuda procedió de Fanny, la muchacha que de día ayudaba a Harriet en la cocina. Entró a limpiar el cuarto de recreo cuando Sheila estaba sentada ante su pupitre, tratando de descifrar aquellos enigmáticos libros de volatería.

—¡Oh!, Fanny... —suspiró—. Me gustaría saber muchas cosas sobre las gallinas. Tengo que cuidarme de ellas, y debía haber aprendido muchas cosas, de lo contrario no pondrán huevos, ni se sentirán a gusto. Además, tengo que ayudar a papá y a mamá si queremos que la granja nos dé dinero.

—Bueno, señorita Sheila, ¿qué es lo que quiere saber? —inquirió Fanny, con su habitual timidez—. Mi madre tiene gallinas, y yo me ocupo de ellos desde que era pequeña. No, no necesita estar preocupada por eso, señorita, ustedes tienen un gallinero estupendo, con muchas Jaulas, y Harriet le dará todas las sobras... Además, en los graneros hay maíz...

—Oh, Fanny, dime cosas de las gallinas —le suplicó Sheila—. Desde el principio. No quiero cometer equivocaciones.

Fanny se echó a reír.

—Oh, una aprende cuando comete equivocaciones. Ante todo, ¿de qué raza son las gallinas que les traerán? Porque hay de muchas razas, como ya sabe. ¿Y las quieren para que pongan huevos o para comer?

—Oh, para que pongan huevos —repuso Sheila—. Yo quiero montones, montones y montones de huevos. Tío Tim nos traerá las gallinas mañana. Creo que son de raza Buff Orpington.

—Ah, sí, unas gallinas gordotas y de color pardo, estupendas —asintió Fanny, complacida—. Las nuestras también lo son. Ponen unos huevos muy buenos. Sí, señorita Sheila, son las mejores gallinas para el invierno, porque ponen huevos cuando las demás no lo hacen.

—Me gusta —aprobó Sheila—. ¿Pero incuban huevos también?

—Oh, sí... Al menos las nuestras sí. Oh, señorita Sheila, qué divertido es que incuben huevos y ver cómo salen los polluelos, ¿verdad?

—¡Oh, sí, mucho! —afirmó Sheila—. ¡Pero, oh, Fanny, Fanny, ni siquiera sé

cuántos huevos hay que poner a incubar!

—Oh, yo puedo decírselo. Hay que poner trece huevos frescos. Y hay que procurar que la gallina no los abandone por más de veinte minutos.

—¿Es que se enfrían? —se extrañó Sheila.

—Se hielan, y no saldrían los polluelos. Por esto se pone a la gallina clueca en una jaula, señorita. De esta forma no puede marcharse y dejar los huevos.

—¿Pero cómo come y bebe agua? —quiso saber Sheila.

Fanny volvió a reír.

—Muy fácil —repuso—. Hay que dejarla salir un ratito cada día para que pique el grano, beba un poco y estire las patas.

—¿Y qué sucedería si me olvidase de este requisito?

—Pues que la pobrecita pasaría hambre hasta que rompiese los huevos y se los zampase. Es de sentido común, señorita, nada más. ¿Sabe que una gallina va girando sus huevos de cuando en cuando para que se calienten por todas partes? Yo he visto muchas veces cómo lo hacen. No parecen tan listas, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo están incubando? —inquirió Sheila—. Muchos meses, supongo.

—Oh, no... apenas tres semanas. Oh, señorita Sheila, es muy gracioso ver cómo se rompe el cascarón y los polluelos asoman la cabecita. A mí me gusta mucho verlo.

—Sí, a mí también —asintió Sheila pensando con deleite en docenas y docenas de polluelos correteando y saltando por el patio—. Oh, Fanny, he aprendido más cosas sobre las gallinas en cinco minutos que leyendo estos terribles librotos.

—Si tengo tiempo, esta tarde iré con usted a ver el gallinero —dijo Fanny—. Ya sabe que para el suelo se necesita musgo de pantano. Es el mejor que existe y no hay que cambiarlo más que una o dos veces al año.

—¡Oh, Fanny, vamos, pues, avívate en tu trabajo, y después haremos planes para las gallinas! —la animó Sheila—. Y le diré a papá que necesitamos musgo de pantano.

A Fanny le gusta tanto como a Sheila hacer planes para las gallinas. Estaba muy acostumbrada a cuidarlas, aunque sólo en un patio minúsculo y un gallinero más reducido todavía. Ahora sí podría cuidar gallinas adecuadamente, con sitio de sobra para las incubadoras y los polluelos. ¡Qué entretenido! Aquella mañana se apresuró en su trabajo y su tía Harriet se quedó encantada.

—Te has ganado la tarde libre —la felicitó—. Esta mañana te has portado muy bien. Has fregado el suelo de la cocina y los fogones brillan como ascuas.

—Voy a ayudar a la señorita Sheila en el gallinero —le explicó Fanny—. Oh, tía Harriet, ya verás cuántos huevos y polluelos sacaremos.

—Bueno, pero no sueñes con la leche antes de ordeñar las vacas —le reprochó su tía, refiriéndose al cuento de la Lechera.

Sheila, Fanny y Penny pasaron una tarde completamente feliz. Entre las tres limpiaron el gallinero. No estaba sucio, e incluso lo habían ya encalado por dentro.

Fanny trajo musgo de los pantanos en un saquito. Era una hierba estupenda, de color pardo oscuro y aterciopelada. Las tres muchachas la dejaron deslizar por entre sus dedos gozosamente.

—Me gustaría pisar por encima y picotear en el suelo, como si fuese una gallinita —declaró Penny—. ¿No vamos a esparcir el musgo por tierra?

—Sí, de este modo —repuso Fanny. Y muy pronto todo el suelo del gallinero estuvo alfombrado con el musgo de los pantanos, produciendo un efecto muy bonito.

—¿Hemos de poner también en las incubadoras? —se interesó Penny, contemplando embelesada la hilera de jaulitas vacías.

—No. En las incubadoras pondremos paja —decidió Fanny, muy contenta. Aquello le gustaba mucho. Era una verdadera campesina, a la que le gustaba mucho la vida de una granja. Las tres amiguitas encontraron un poco de paja en un cobertizo y la repartieron por las incubadoras. La colocaron bien aplastada, a fin de que las gallinas estuviesen bien cómodas.

—Me gustaría ser muy pequeñita y sentarme en una de estas incubadoras —expresó Penny.

Las otras se echaron a reír.

—Eres muy graciosa, Penny —exclamó Sheila—. No quieres que se te trate como a una cría... y, sin embargo, ahora quisieras ser muy chiquitita para sentarte en una incubadora o meterte en el armario de las muñecas.

El gallinero tenía un pequeño patinillo, alambrado todo alrededor. Allí crecía mucha hierba.

—No importa —aseguró Fanny—. Pronto la arrancarán las gallinas con el pico. Además, usted las dejará sueltas por el patio, ¿verdad, señorita Sheila?

—Oh, sí —afirmó la interesada—. Pero espero que no irán poniendo los huevos por cualquier sitio... bajo un seto, o algo por el estilo. Sería una lástima.

—Tendremos que vigilarlas —repuso Fanny—. ¿Y la comida? Bueno... en los graneros hay maíz. Cada día les echaremos un poco. El maíz es muy bueno para las gallinas ponedoras, y si comen en abundancia ponen unos huevos muy grandes y hermosos.

—¿Qué más les daremos? —quiso saber Penny.

—Tía Harriet nos dará las sobras —continuó Fanny—. Pielas de patatas, pedacitos de pastel, mendrugos de pan... todo lo que sobre. Con todo esto haremos como una mezcla y les daremos una buena ración de esta pitanza por las mañanas y después del té. Y el maíz a mediodía. Esto les gusta.

—Parece estupendo —proclamó Penny—. ¿Y el agua? Necesitan mucha, ¿verdad?

—Sí... un plato lleno —asintió Fanny—. Bueno, allí hay un abrevadero. Lo llenaremos cada día. Necesitan agua fresca. Y haré que mi tía nos dé los tallos de los repollos y cosas por el estilo. Les gusta picotearlos.

—Y limpiaremos el gallinero todos los días —ordenó Sheila—. Barreré bien el

suelo con este azadón. Oh, espero que mis gallinas sean muy aseadas.

—Lo serán —replicó Fanny—. Lo importante es no perder la cabeza, sino que tengan un gallinero limpio, buena comida, agua fresca y mucho sitio para corretear. Bueno, todo esto lo tendrán. ¡Oh, me olvidaba de algo muy importante!

—¿Qué? —preguntaron las dos hermanas.

—Tenemos que ponerles arenisca para ayudarles a digerir la comida, y cal o conchas de ostra rotas.

—¿Conchas rotas? —se asombró Penny—. ¿Para qué? ¿Es que a las gallinas les gustan las conchas?

Fanny rió de buena gana.

—No les gustan como alimento, pero las necesitan para ayudarles a hacer la cáscara de sus huevos. Si no, los huevos salen demasiado blandos y no sirven.

—Vi un poco de arenisca y cal en un cazo en el mismo sitio donde vimos el maíz —dijo Sheila—. Seguramente también habrán conchas rotas. Vamos a verlo. Lo pondremos todo en este cajón que hay dentro del gallinero. Así la lluvia no lo estropeará.

A la hora del té todo estaba a punto para recibir a las gallinas. Llegaron los muchachos y las niñas se lo enseñaron todo, muy orgullosas. *Pillina* saltó al suelo desde el hombro de Benjy para inspeccionar por su cuenta el gallinero. Luego se metió a olisquear una de las incubadoras.

—¿Quieres poner un huevo de ardilla, *Pillina*? —le preguntó Benjy, riendo—. ¡Qué graciosa eres!

—Tío Tim nos traerá las gallinas mañana por la tarde —explicó Sheila—. Oh, Rory... qué divertido será tener unos cuantos polluelos. Me gustan tanto...

—Bien, tal vez una o dos de tus gallinas se pondrán cluecas en seguida —observó Benjy—. Entonces podrás ponerle unos cuantos huevos y los incubará.

—Oh, las gallinas cluecas las pondremos en las incubadoras, no temas —afirmó Sheila—. ¿Sabes, Benjy? Fanny me ha ayudado mucho. Yo no entendía nada de aquellos libros... pero ella me lo ha contado todo.

—Fantástico —aprobó Benjy—. Eh, Penny, ¿dónde estás? Es hora de tomar el té.

Penny se marchaba al huerto, trepando por la cerca.

—¡Voy a buscar a *Mendruguito*! —gritó—. También tiene que tomar su té. Fanny, pregúntale a Harriet si puede darme otra botella de leche. Parece hambriento, pobrecito mío...

Mendruguito compareció siguiendo a Penny, la cual lo condujo hasta el patio. Benjy ya estaba allí con *Pillina*. Ésta saltó de improviso y se instaló sobre el borreguito.

—¡Quiere ir a caballo! —rió Benjy.

—¡Oh, cómo me gustaría sacarles una foto! —expresó Penny.

—¿Eh, no venís vosotros? —les llamó Sheila—. Hay tortas calientes y miel para el té... ¡y no os dejaremos nada si no venís «en seguida»!

CAPÍTULO VIII

LA LLEGADA DE LAS GALLINAS

Las gallinas llegaron al día siguiente. Tío Tim las trajo en un cajón enorme. Tía Bess le acompañaba. Era la primera vez que visitaban la Granja del Sauce desde que la familia se había instalado en ella. Saltaron de la camioneta y todos corrieron a recibirles.

—¡Tío Tim! ¡Tía Bess! ¡Mirad mi borreguito! —les gritó Penny.

—¡Tío Tim... ya vuelvo a tener a *Pillina*! —les informó Benjy.

—¡Hola, tío Tim! ¡Hola, tía Bess! —gritaron a su vez los padres de los niños—. ¡Bien venidos a la Granja del Sauce! ¡Por fin empiezan a marchar las cosas! Entrad y comeréis y beberéis algo.

Todos pasaron adentro, charlando y riendo. Poco después, Sheila y Penny se deslizaron afuera. Se dirigieron a la cocina donde estaba Harriet limpiando los cubiertos, con la ayuda de Fanny.

—Harriet, ¿podrías darle permiso a Fanny unos minutos? —le suplicó Sheila—. ¡Acaban de traer las gallinas! Y sería muy divertido que las lleváramos nosotras mismas al gallinero. Quiero ver qué les parece.

Harriet rió de buena gana.

—Sí, llevaos a Fanny. Anda, vete, Fanny... pero cuando vuelvas terminarás de limpiar esos cubiertos.

—Oh, sí, tía —le prometió la joven, echando a correr hacia la camioneta detrás de las dos niñas. Las gallinas estaban dentro del gran cajón, amarrado a la trasera del vehículo. Todas cloqueaban fuertemente.

—¡Oh, también hay un gallo! —gritó Sheila, complacida—. Fijaos qué plumas más estupendas le salen fuera del cajón. Fanny, ¿cómo llevaremos las gallinas al gallinero?

—Ahora le enseñaré cómo.

Las tres chicas desataron el cajón y Fanny forzó la tapa. Metió un brazo dentro y sacó una gallina. Ésta comenzó a cloquear y aletear furiosamente para desasirse.

Pero Fanny sabía cómo calmarla. Les enseñó a las otras cómo debían cogerlas fuertemente por las patas, y al mismo tiempo contenerles las alas.

—Hay que ponerse las gallinas bajo el brazo, así —les explicó—. Exacto. Ahora, coger con la otra mano las patas. Llevaremos una a cada viaje.

Las tres disfrutaron de lo lindo llevando las gallinas al gallinero. Era muy divertido. Una a una, todas ingresaron en el gallinero. Había veinte Buff Orpington, y un gallo magnífico.

—¿Verdad que son lindas? —ponderó Sheila, gozosa—. Tan pardas, tan relucientes y tan gordotas. Me gustan. Mirad cómo enderezan sus crestas.

—Son unas gallinas jóvenes —decidió Fanny, contenta—. Pondrán muy bien. Sí,

veinte es un número muy justo para el gallinero y el patio. Si hay demasiadas, viven apretujadas y no se crían bien. Palabra, su tío ha escogido los mejores. Son formidables. Siempre es bueno empezar con gallinas de raza.

Las gallinas estaban cloqueando por el gallinero, y pronto hallaron la abertura que conducía al patinillo alambrado. Todas pasaron por allí, con las cabecitas bamboleantes.

—¡Cluc-cluc! —decían al salir al patinillo—. ¡Cluc-cluc, qué suerte!

—¿Habéis oído? —gritó Penny—. ¡Están contentas de haber venido!

—¡Cluc-cluc, qué suerte! —continuaron diciendo las gallinas, y empezaron a picotear los tallos de col que Fanny había traído de la cocina.

—Les echaremos un poco de maíz —decidió aquella, y las tres niñas fueron a buscar unos cuantos puñados al granero, y luego lo esparcieron por el patinillo. Las gallinas empezaron a alborotarse, picoteando ávidamente el grano.

Sheila las contó.

—Un gallo y sólo diecinueve gallinas. ¿Dónde está la otra?

Estaba ya en una incubadora poniendo un huevo. Penny lanzó un grito de deleite.

—¡Ya se encuentra en su casa! ¡Oh, Sheila... vamos a ver si ha puesto algún huevo en el cajón!

Fueron a mirar... y no uno sino dos hermosos huevos se hallaban en el fondo del cajón. ¡Qué contentas se pusieron las niñas!

—Yo llevaré un cuaderno con la cuenta de los huevos —declaró Sheila—. Y anotaré todos los que pongan. De este modo averiguaré cuánto dinero ganan mis gallinas, porque me enteraré del precio a que van en el mercado cada semana. Oh, será estupendo. ¡Esto sí que será un verdadero trabajo!

En aquel momento todos salieron de la casa. Tío Tim iba a sacar las gallinas del cajón... y cuando fue a mirar lo encontró vacío.

—¡Oh, o se han escapado todas, o las niñas ya las han llevado al gallinero! —exclamó Rory, riendo—. Ahora comprendo por qué se marcharon tan sigilosamente. Oh, mirad las gallinas en el patinillo. ¡Oh, tío, qué magníficas son!

Todos fueron a admirar las hermosas gallinas pardas. Parecían completamente sosegadas ya, picoteando el maíz.

—Una ha puesto dos huevos —informó Sheila con orgullo—. Y yo lo anotaré en mi cuaderno.

—Sheila es la que se cuidará de las gallinas —le explicó el padre a tío Tim—. Veremos qué tal lo hace.

—¿Ya sabe todo lo que tiene que hacer? —preguntó tía Bess—. En casa, los chicos les daban de comer algunas veces a nuestras gallinas, y también cogían los huevos... pero no creo que entiendan mucho de estas cosas.

—¿Ya les habéis puesto arenilla y conchas de ostras? —inquirió tío Tim—. ¿Y agua fresca? ¿Y maíz? ¿Y las sobras? ¡Ah, sí... ya veo que has estudiado los libros, Sheila!

—Bueno... —repuso Sheila, confusa—. Intenté descifrar los libros que me dio papá... pero en realidad fue Fanny la que me enseñó todo. Oh, tío, Tim, mis gallinas estarán mejor cuidadas que las tuyas. Ya lo verás.

—Así lo espero —asintió tío Tim—. Más adelante ya vendré a que me des unas cuantas lecciones de volatería, Sheila.

Sí, sería muy entretenido ocuparse de las gallinas. Sheila afirmó que al cabo de unos días las conocería ya a todas, una por una, aunque los demás no pudiesen distinguirlas, pero todos pensaron secretamente que esto era imposible.

Era estupendo ir a atisbar en las incubadoras y las ponedoras, en busca de huevos. Un día, Sheila obtuvo veinte huevos. Tan contenta estaba que apenas podía anotarlos en su libreta. Ella y Penny solían ir a las ponedoras cada mañana y cada tarde y sacar los huevos que encontraban. Las niñas limpiaban los que tenían que ser vendidos, y los clasificaban por tamaños.

—Me gusta comerme los huevos que ponen mis gallinas —decía Sheila cada mañana—. Y os aseguro que estos huevos rojizos son mucho mejores que los blancos, aunque ignoro por qué.

Las gallinas no tardaron en estar sueltas en el patio. Y allí parecían muy dichosas. Escarbaban por todas partes, y por doquier podían oírse sus cloqueos de satisfacción. El gallo también era soberbio. Estiraba el cuello y cantaba sonoramente, y su plumaje realmente era magnífico. Tenía plumas púrpura, verdes y azules.



—Es todo un caballero, Penny —decía Sheila—. Nunca come el primero, sino que espera a que lo hayan hecho las gallinas. Y cuando encuentra un grano de maíz, no se lo traga. Fíjate... ahora ha visto uno, y está llamando a su gallina favorita para dárselo. Realmente, es muy cortés.

Las dos niñas no tardaron en estar muy atareadas con las gallinas. Tenían que limpiar cada día el gallinero. Poner agua fresca en el abrevadero, y en los platos del gallinero. Mantener llena la caja de las conchas. Harriet les servía cada día las sobras y se las daba a Sheila antes del desayuno y entonces las dos niñas se las llevaban a las hambrientas gallinas. A mediodía les echaban el maíz, y más sobras por la tarde.

Por la noche, o Sheila o Penny encerraban a las gallinas en el gallinero. Les gustaba verlas encaramadas con tanta solemnidad. Siempre las contaban para asegurarse de que todas las gallinas quedaban recogidas.

Sus padres se hallaban muy complacidos de la manera cómo las dos niñas se ocupaban de la volatería.

—Más adelante tendremos patos —les dijeron—, y quizá también dejaremos que los cuidéis.

Los niños también querían trabajar. Y se alegraron mucho cuando se enteraron de que las vacas estaban ya llegando, y que su padre había comprado una marrana y diez lechoncitos.

—¡Ahora sí que esto será una auténtica granja! —exclamó Rory—. ¿Cuándo llegarán las vacas, papá? ¿Vienen en tren?

—No, vienen andando —replicó su padre—. El mercado donde las compré no está muy lejos, y ahora están viniendo por los caminos y senderos de estos andurriales.

A los niños les encantó pensar que las vacas llegarían andando hasta la Granja del Sauce.

—¡Qué contentas se pondrán cuando lleguen aquí y vean su nueva casa! —aplaudió Penny—. ¡Seguro que se entusiasmarán tanto como nosotros!

Las vacas tendrían los cuernos muy cortos. Tío Tim había dicho que eran las mejores lecheras y que tenían buenas terneras.

—¿De qué color son? —interrogó Rory.

—Oh, casi todas blancas y coloradas —repuso su madre—. Será delicioso verlas desde la ventana en los pastos. ¡Siempre me ha gustado ver vacas en el campo!

—Ya tengo ganas de ordeñarlas —dijo Benjy—. ¡Es tan fácil!

—Supongo que se alimentan de hierba, ¿verdad? —intervino Penny—. ¡Así no nos costarán nada!

—Oh, la hierba no es suficiente para ellas —observó su padre—. Hay que darles nabos y remolachas. Los chicos podrán llevar unos cuantos cada día en la carretilla al campo y esparcirlos por la hierba.

—Oh, qué bien... —exclamó Benjy.

Los establos para las vacas ya estaban a punto, bien aseados. Allí mismo las

ordeñarían y los cubos estaban relucientes, y todo estaba listo.

—Cuando las vacas nos den leche, tendremos nuestra propia leche, haremos nata y mantequillas —observó la madre.

—¿Cuándo llegarán las vacas? —quiso saber Benjy—. Yo estaré acechando su llegada.

—Supongo que mañana por la tarde —le indicó su padre—. Es excelente que en nuestra granja haya tantos riachuelos. Así no tendremos que transportar el agua con la carretilla de mano, y las vacas podrán abrevar con agua corriente.

—¡Ojalá vengan mañana! —suspiró Penny—. Quiero ver ya aquí a las vacas. ¿Crees que ya tendrán un nombre, Rory? ¿O les pondremos uno nosotros? Me gustaría hacerlo yo. Sé nombres de vacas muy bonitos.

—¿Cuáles? —le preguntó Rory, sonriendo.

—Pues, *Capullo, Margarita, Trébol...*

—Pero éstos son los nombres de las vacas de la Granja del Cerezo —le atajó su hermano—. Tienes que buscar otros nuevos.

Penny comenzó a meditar diversos nombres.

—*Miel, Rododendro, Helecho, Berzal...* Todos soltaron la carcajada.

—¿Te imaginas a Fanny en la cerca del prado, gritando: «¡Eh, *Rododendro!* ¡*Rododendro!*»? —se burló Sheila—. Todo el mundo pensaría que se había vuelto loca.

—Pues yo les pondré los nombres a las vacas —se obstinó Penny—. ¡Lo haré y lo haré! Ya verás mañana qué nombres más bonitos habré pensado.

CAPÍTULO IX

DIECISÉIS VACAS PARA LA GRANJA DEL SAUCE

Las vacas llegaron al día siguiente antes de la hora del té. Rory fue quien las vio primero. Estaba saltando la valla, esperando poder darles la bienvenida el primero. Los demás estaban contemplando a *Mendruguito* que correteaba entre las gallinas por el patio. El borreguito estaba mucho más gordo, y era tan travieso y retozón como los demás de la granja.

Todo el mundo lo adoraba, ya que era un animalito muy tierno y afectuoso. ¡Incluso una mañana entró en el despachito del padre de Penny, restregando su negro morrito contra el codo del buen señor!

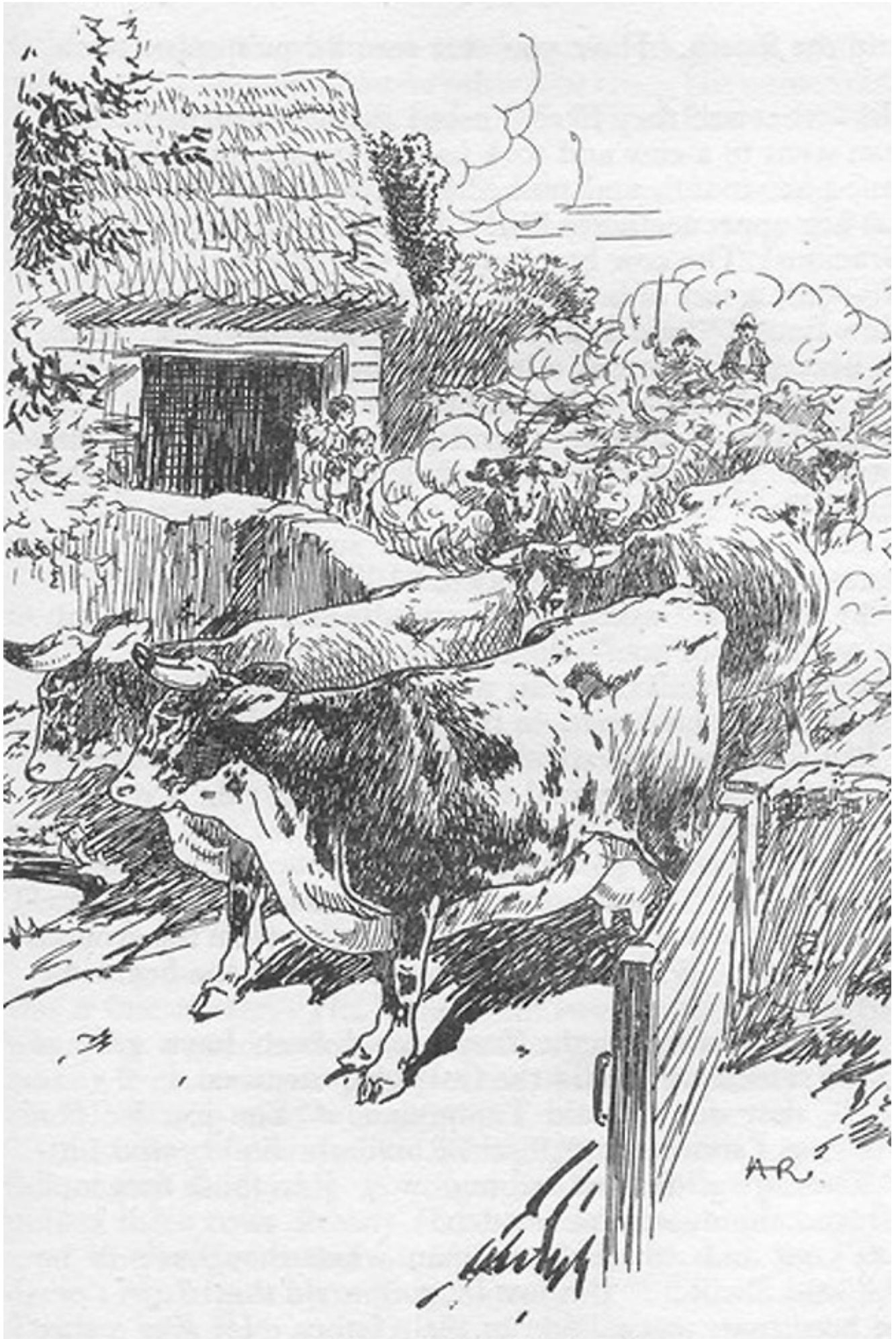
—¡Eh! ¡Ya vienen las vacas, ya vienen las vacas! —gritó Rory muy excitado, cayéndose casi de la valla—. ¡De prisa, venid, ya vienen las vacas! ¡Son «maravillosas»!

Sheila, Benjy y Penny se abalanzaron a la cerca. Las vacas estaban doblando la última curva del camino. Caminaban lentamente, balanceándose un poco de lado a lado.

—¡Son coloradas..., coloradas y blancas! —se entusiasmó Rory—. Tal como me gustan. ¿Verdad que son gordas y bonitas?

—¡Oh, sí, lo más que me gusta! —asintió la incorregible Penny.

Ciertamente, eran unas hermosas vacas. Miraban a los niños y meneaban la cola, mientras se dirigían a la cerca. Y olían muy bien.



Estaban contentas de encontrarse en el prado y poder mordisquear la hierba.

—¡Enroscaron la hierba con la lengua para arrancarla! —exclamó Penny—. Oh, fijaos, Sacolín va con el vaquero.

Sí, era Sacolín, que venía a ver qué tal prosperaba la granja. Les sonrió a los niños.

—¡Así que ya tenéis vacas! —les dijo—. Y gallinas también, ¿eh? ¿Y este borreguito es tuyo, Penny? ¡Parece quererte mucho!

—Sí, *Mendruguito* es mío —asintió la niña, abrazando primero a Sacolín y después a *Mendruguito*—. ¿Verdad que son estupendas las vacas, Sacolín?

—Sí, parecen muy hermosas —concedió Sacolín—. ¿Ya tienes nombres para ellas, Penny?

—¡No se lo preguntes! —intervino Rory, riendo—. ¡Se pasa el día rumiando nombres! ¿Verdad que será divertido ordeñar las vacas cada día, Sacolín?

—Ya lo creo... Miradlas, qué contentas están de poder pastar tranquilamente después de un viaje tan largo. Ahora podrán llenarse cumplidamente sus cuatro estómagos.

—¡«Cuatro estómagos»! ¿Qué quieres decir, Sacolín? —le preguntó Sheila, estupefacta—. ¿Cómo puede tener una vaca cuatro estómagos?

—Bueno, tal vez sea más exacto decir que tienen cuatro compartimientos en su estómago —rectificó el viejo Sacolín con una sonrisa—. Fíjate en la forma cómo come una vaca, Sheila. Sólo arranca la hierba y se la traga, no la mastica. Fíjate, fíjate.

Todos los niños contemplaron a las vacas. Y, efectivamente, vieron que con la lengua en torno a las hierbas, las arrancaban, se las llevaban a la boca y después se las tragaban enteras.

—¡Sin embargo, yo he visto cómo las vacas rumian, rumian y rumian! —exclamó Benjy, desconcertado—. Y cuando rumian, es que mastican las hierbas, ¿verdad?

—Si —asintió Sacolín—. Lo que ocurre es cuando tragan enteras las hierbas, éstas pasan al primer compartimiento de su estómago. Luego, cuando se hallan en el establo, o descansando, tumbadas en el campo, la hierba que han tragado les vuelve a la boca, convertida en unas bolas, que se dedican a masticar, a rumiar. Y esto les gusta. Ya lo veréis vosotros mismos cómo mastican con ojos cerrados, pensando en el alegre sol y los prados que tanto aman.

—¿Y las hierbas masticadas vuelven de nuevo al primer compartimiento de su estómago? —preguntó Penny, deseando poder tener también cuatro estómagos como las vacas—. A mí me gustaría tragarme un caramelo y después poder estar chupándolo horas y horas.

Sacolín rió ante aquella salida.

—¡Ya lo supongo! No. Cuando la vaca ha terminado de rumiar, el alimento pasa al segundo compartimiento de su estómago, y luego al tercero y al cuarto. ¿Nunca has visto los dientes superiores de una vaca, Penny?

—No, ¿cómo son? —inquirió Penny, sorprendida.

Entonces, el «salvaje» se acercó a una vaca y le cogió suavemente el morro con la mano. Le abrió la boca y empujó hacia atrás el labio superior.

—¡Dime cómo son sus dientes superiores! —le ordenó a la niña, sonriendo.

—¡Caracoles! ¡Si no tiene ninguno!

—No —confirmó Rory—, sólo la encía desnuda.

—¡Qué raro, porque un caballo sí tiene dientes superiores! —observó Penny—. Lo sé, porque una vez vi a uno con el labio de arriba hacia atrás y tenía unos dientes muy grandotes arriba y abajo.

—Sí, un caballo es diferente —asintió Sacolín—. Sólo tiene un estómago. Y sus pezuñas también son diferentes. Fijaos en las de las vacas.

A la asombrada vaca le levantó de pronto una pata. Los niños vieron que su pezuña estaba partida en dos.

—¿Por qué? —se extrañó Rory—. Un caballo tiene las pezuñas enteras y redondas...

—Esto es porque las vacas caminan siempre por terreno húmedo y blando. Y las pezuñas partidas —le explicó Sacolín— las ayudan a andar sin pegarse al suelo.

—Lo más que me gusta —volvió a equivocarse Penny— es la briosa manera como mueven la cola. Antes por poco si una me da un buen azote con la suya. Ojalá yo tuviera una cola como ellas.

—Y supongo que irías por ahí azotando a la gente, ¿eh, picaruela? —rió Sacolín—. Ahora, Penny, voy a plantearte un pequeño problema. Me gustaría saber si una vaca y un caballo se levantan del suelo de la misma manera. Por favor, fíjate bien y la próxima vez que nos veamos me lo dirás, ¿quieres?

—¡Yo pensaba que se levantaban del mismo modo! —exclamó la niña, sorprendida.

—Pues no es así —replicó Sacolín—. ¡Fíjate y verás!

—Tenemos dieciséis vacas —dijo entonces Rory, contándolas—. Y todas están gordas, son coloradotas y muy hermosas. Parecen talladas en madera, vistas desde lejos.

—Vamos a preguntarle al vaquero cuándo podremos ordeñarlas —propuso Sheila—. ¡Tengo tantas ganas...!

El vaquero estaba conversando con el padre. Era un individuo delgado, pero con un pecho muy robusto y brazos muy largos. Y aunque era más bien bajo era tremendamente fuerte. El padre de los niños iba a emplearle en la granja, ya que era muy entendido en vacas y en otras tareas. Se llamaba Jim.

—¿Podremos ayudarle a ordeñar las vacas? —le preguntó Benjy—. ¿A qué hora toca?

—Oh, hasta después de la hora del té —respondió el vaquero, sonriendo—. ¿Ya sabes cómo se hace? Ordeñar no es tan sencillo como parece.

—¡Claro que lo sé! —se ofendió Benjy—. ¡Y sé conseguir una buena espuma en

lo alto del cubo!

—Magnífico —alabó Jim—. Un buen vaquero siempre obtiene espuma. Bien, si quieres puedes ayudarme. Tal vez te convertirás en un excelente vaquero. ¿Estás dispuesto a levantarte a las cinco de la madrugada para ayudarme, jovencito?

Benjy se puso pálido. ¡Las cinco de la madrugada!

—Bueno... en tal caso tendrá que acostarme muy temprano, ¿verdad? —le preguntó a su madre.

—Temo que sí, Benjy. Al menos una hora antes.

—¡Oh...! Entonces, lo siento, Jim, pero solamente te ayudaré por las tardes —repuso Benjy, que no podía soportar la idea de levantarse una hora antes que todo el mundo.

—De acuerdo —asintió Jim—. Seguro que algún otro querrá ayudarme por la mañana.

Cuando llegó la hora de ordeñar a las vacas, todos los niños disfrutaron de lo lindo. Llevaron a los rumiantes al establo, y cogieron los relucientes cubos y los taburetes.

Penny no había ordeñado nunca, los demás sí. Benjy sabía ordeñar muy bien, ya que tenía unas manos fuertes pero suaves. Sheila no le iba muy a la zaga, pero en cambio Rory era poco hábil. No conseguía obtener espuma en lo alto del cubo como los otros dos, lo cual era muy, pero muy fastidioso.

—Sólo consigo leche líquida —se quejó—. ¡Y mi cubo no se llena tan de prisa tampoco! Fijaos en Jim... en el tiempo que yo he ordenado a una vaca, él ha ordeñado a tres.

—Es que has elegido una vaca difícil, amiguito —le consoló el vaquero—. A ésta no le gusta que la ordeñe un desconocido. Yo terminaré por ti. La última leche de una vaca siempre es la más rica, ¿entiendes? Por esto no hay que perderla. Prueba con esta otra, con *Hiedra*, que así se llama. Es mucho más fácil.

—Me gusta esta leche tan calentita —exclamó Penny, colocando sus manos en torno al cubo—. Jim, ¿puedo ordeñar una vaca fácil?

—Ven y verás cómo yo lo hago —consintió Jim—. Después podrás probar tú.

Penny se acercó a Jim y no tardó en estar segura de poder imitarle... pero sus deditos no tenían bastante fuerza y al final tuvo que resignarse a dejarlo.

—¿No podría darle un poco de esta leche a *Mendruguito*? —preguntó entonces—. Ya es hora de que cene.

—No, es mejor que cojas leche de la cocina —le aconsejó Jim—. Y por favor, haz que se esté quieto. ¡No tiene por qué meter el morrito en aquel cubo! ¡Dios mío, si los vaciará todos con más rapidez que los vamos llenando!

Penny se marchó, un poco ofendida, a la cocina con *Mendruguito*.

—¿Sabes, *Mendruguito*, querido mío? —le iba diciendo—. ¡Los borreguitos me gustan mucho más que las vacas! Pero procura no crecer tan de prisa, ¿eh? ¡Seguro que no serás tan lindo cuando seas todo un señor cordero!

CAPÍTULO X

DIVERSIÓN EN LA LECHERÍA

Había ya mucho trabajo en la Granja del Sauce. Siempre había algo que hacer. Alimentar y cuidar a las gallinas coger los huevos y contarlos, ordeñar las vacas y llevar nabos y remolachas a los prados. Y la leche tenía que ser llevada a la dependencia que llamaban la lechería para hacer nata y mantequilla.

La lechería era una construcción bastante grande, ventilada y fría. El suelo de piedra, las paredes y el techo estaban encalados y todos los estantes también eran de piedra. Cuando soplaba el viento del este o el norte allí hacía mucho frío. Y en verano era un sitio muy agradable, indudablemente el más fresco de la casa.

A la madre de los niños le gustaba mucho la lechería. Y estuvo muy contenta cuando llevaron las vacas porque de este modo podría fabricar su propia mantequilla. Los niños sentían mucha curiosidad por esto. Deseaban saber exactamente cómo se hacía la mantequilla.

—¿Qué haremos con toda la leche que obtenemos de las vacas? —quiso saber Rory—. ¡Cada día sacamos varios galones!

—Bueno, venderemos parte, en grandes tinajas —le contestó su padre—. Otra parte la guardaremos para nuestro consumo. Cierta cantidad la espumaremos para hacer nata y ésta la venderemos también. La leche espumada se la daremos a los cerdos o a los terneros cuando los tengamos... y el resto la convertiremos en mantequilla.

—Es estupendo —admitió Sheila—. ¿Tenemos que vaciar la leche caliente directamente en las tinajas, papá?

—¡De ningún modo! —se horrorizó su padre—. No podemos vender la leche caliente. Pronto se pondría agria. Primero tiene que enfriarse.

—¿Y cómo? —quiso saber Benjy—. Hay muchas cosas extrañas en la lechería, papá... ¿hay alguna que sirva para enfriar la leche?

—Ya lo veréis cuando llevemos leche allí —replicó su padre. Y así, todos los niños se atropellaron aquella noche para entrar en la lechería.

—¿Veis aquello que parece un cajón en la pared? —les indicó la madre—. Es una especie de refrigerador... una máquina para enfriar los líquidos. Fijaos en aquel tubo que entra en el aparato. Lleva el agua fría al refrigerador, el cual tiene muchas cañerías para el recorrido del agua helada.

La madre vertió un poco de leche en un recipiente muy grande situado en lo alto de la máquina. Entonces, la leche fue corriendo por las tuberías de enfriamiento hasta caer en un cubo debajo del aparato. ¡Ya estaba fría!

—Oh, es muy útil —se admiró Rory—. Ahora supongo que la leche fría del cubo ya está a punto para ser vendida, ¿verdad, mamá?

—Exacto. Y la que nos beberemos nosotros ya la tiene Harriet en la cocina.

—¿Qué haremos con estos grandes cubos llenos de leche cremosa? —preguntó Penny, metiendo un dedo en la superficie de uno y chupándoselo luego.

—¡No hagas esto, Penny no seas mala! —le riñó su madre—. Esta leche es para hacer mantequilla. Pero ¡ay! Todavía no han traído el separador, de modo que tendremos que separar la leche y la nata al estilo antiguo, mientras tanto, y cuando tengamos ya el separador lo haremos con mucha más rapidez.

La madre repartió la leche cremosa en unos cazos grandes y bastante planos, que se hallaban en los estantes de piedra.

—¿Qué le pasará ahora a la leche? —inquirió el infatigable Benjy—. Supongo que la nata subirá arriba, como en las botellas.

—Claro —asintió la madre—. Ya que sabes que los líquidos menos densos siempre suben por encima de los más densos, y como la nata es más ligera que la leche, subirá a la superficie, si le damos tiempo suficiente.

—¿Cuánto tiempo tardará la nata en subir? —se interesó Penny—. ¿Diez minutos? ¡Yo quiero poder comer ya un poco de mantequilla!

Todos se echaron a reír. Penny siempre se mostraba muy impaciente y quería que todo se hiciera al instante.

—¡Oh, Penny, no seas tonta! —la increpó su madre—. ¡Tardará veinticuatro horas!

—¡Caracoles! ¡No podré estar mirándolo todo ese tiempo! —se apenó la niña—. ¿Entonces hoy no tendremos mantequilla?

—Oh, no, Penny —le explicó Rory—. Todavía no tenemos bastante nata, tontita. No se recoge mucha nata de una sola vez, ¿verdad, mamá? Tendremos que reservar un poco y esperar a que haya bastante para convertirla en mantequilla.

Por tanto, Penny tuvo que tener paciencia y aguardar hasta el día siguiente a que la nata volviese a ser espumada y guardada para hacer la mantequilla. A los niños les entusiasmaba ver aquella riquísima nata amarillenta que flotaba encima de los cazos. Penny metió el dedo en uno y rebañó un poco de nata... Estaba tan espesa como la jalea.

—¡No, Penny! —volvió a reñirle su madre—. ¡No metas los dedos aquí dentro!

La madre espumó aquella nata con sumo cuidado. Luego la metió en una olla enorme. Parecía muy buena. Después metió un poco de nata en una jarrita.

—¿Para qué es ésta? —inquirió Penny.

—Para tus gachas de mañana por la mañana —contestóle su madre—. Se la llevarás a Harriet cuando nos vayamos de aquí.

—¿Y qué harás con esta leche de color azulado que queda? —quiso saber Sheila.

—Será para: los cerdos que llegarán mañana. A los terneros también les gusta... pero todavía no tenemos ninguno. Se le llama leche espumada, porque ya se le ha quitado la nata.

En aquel momento se produjo una gran conmoción fuera, y apareció Jim llevando algo que parecía sumamente pesado a la espalda. Estaba muy bien envuelto.

—¡Vaya, el separador! —exclamó la madre, muy contenta—. ¡Vais a ayudarme a desempaquetarlo!

—Ahora ya no tendremos que esperar para separar la nata de la leche —se alegró Rory—. Podemos separarla en unos cuantos minutos.

Todos deseaban ver cómo operaba el separador. Cuando estuvo desempaquetado les pareció un aparato muy raro. El cuerpo principal estaba pintado de un color rojo claro. Arriba había un cazo redondo y a un lado se veía una manivela con un manubrio. Del centro salían dos tubos. En realidad, parecía un aparato muy sólido.

Jim hizo correr un poco de agua; por dentro de la máquina para limpiarla.

—Creo que ya está a punto —observó—. Es nuevo y está en buenas condiciones.

—Por un poco de leche fresca en el cazo de arriba, Rory —le ordenó su madre. Y Rory obedeció, llenando el recipiente.

Entonces, la madre le permitió a Sheila que fuese dándole vueltas a la manivela.

—Me hace el efecto de estar tocando un organillo —se rió—. No me sorprendería que este separador pudiese hacer música.

—Ni a mí —rió también la madre—. Continúa dando vueltas, Sheila. Ahora, niños, mirad estas dos tuberías del centro.

Todos miraron y poco después vieron cómo iba saliendo una nata amarillenta y espesa, del tubo superior, mientras que del inferior salía la leche separada, sin nata.

—Caramba, qué rápido —se maravilló Rory—. Ahora comprendo porqué a este aparato lo llaman separador. Porque separa; por completo la nata de la leche. Y supongo que como la nata es la más ligera, siempre sale del tubo de arriba, mientras que la leche sale del de abajo porque es más pesada, ¿no es cierto, mamá?

—Sí —afirmó su madre—. Esta máquina hace en unos minutos lo que a mano se tarda mucho en hacer.

Rory abrió el aparato cuando ya toda la leche estuvo separada. En el interior reinaba una gran limpieza. A los niños les encantaba ver cómo funcionaban las cosas, por lo que trataron de intuir lo sucedido. No era muy difícil.

—Bien —les dijo la madre—, ahora ya tenemos mucha más nata. Bueno, Rory, pon más leche en el separador. Y tú, Penny, ya puedes empezar a girar la manivela.

Era estupendo ver cómo la nata y la leche iban saliendo por los dos caños. Todos los niños quisieron darle vueltas a la manivela, por turnos, y su madre les dijo que cada día lo haría uno.

—Esto forma parte del trabajo de la granja —añadió—. Por tanto, a vosotros también os toca. Pero después no vengáis a decirme que ya os habéis cansado del separador, porque no os haré el menor caso.

Los niños no podían imaginarse siquiera que alguien pudiera cansarse de hacer funcionar aquel aparato. Deseaban poder usar también la batidora de mantequilla, para ver cómo se hacía.

Harriet era la que la haría, con la ayuda de la madre. La buena mujer había estado empleada en una granja y era muy experta con una batidora.

—Hay personas que fabrican muy bien la mantequilla y otras a las que no se les da tan bien —les explicó a los niños con toda solemnidad—. Yo haré mantequilla todos los martes y sábados, si alguien quiere ayudarme.

—¡Todos te ayudaremos! —se ofrecieron los niños a la vez—. ¡No queremos perdernos ninguna diversión de nuestra Granja del Sauce!

CAPÍTULO XI

MANTEQUILLA... Y CERDOS

El sábado siguiente, Harriet se dirigió a la lechería. El sol se filtraba en el interior, ya que era ya a mediados de abril, y la primavera se hallaba en todo su esplendor. Pero la lechería seguía tan fría como siempre.

En el gran refrigerador había mucha nata que Harriet iba a convertir en mantequilla. Penny entró en la lechería, seguida de *Mendruguito*.

—¿Ya vas a empezar, Harriet? —le preguntó—. ¿Aviso a los otros?

—Sí —repuso Harriet, arremangándose—. Pero saca fuera el borreguito, por favor, niña. ¡Nunca he visto un animal que le guste tanto meter el morro en todas las cosas!, capaz sería de estropearme la mantequilla. Sácalo de la lechería. ¿Ya sabes que la otra mañana se metió en la despensa y me estropeó todo el queso?

Penny rió. *Mendruguito* era un borreguito maravilloso, que siempre hacía las cosas más inesperadas. La niña fue a buscar a los demás, los cuales llegaron en tropel a la lechería.

La batidora estaba en el centro. Era un aparato muy bonito.

—Oh, no es más que un barril muy resistente montado en un soporte de madera —dijo Rory—. Y hay una manivela para que el barril dé vueltas.

—Todas las batidoras son iguales —explicó Harriet—. Ésta es de haya. La última que yo tuve era de roble, pero la mantequilla se hace antes con una batidora de haya.

Harriet vertió la rica y espesa nata dentro de la batidora, aseguró firmemente la tapadera y después empuñó la manivela, que comenzó a girar fuerte y acompasadamente. El barril comenzó a girar sobre sí mismo una y otra vez, con suma facilidad.

—¡Qué ruidito hace la nata dentro, golpeando contra las paredes! —exclamó Sheila. Todos prestaron atención. En efecto, se oía cómo la nata iba dando vueltas dentro de la batidora.

—¿Por qué hay que girar tanto este aparato? —preguntó Benjy—. ¿Es así como se convierte la nata en mantequilla? Una vez ayudé a nuestra cocinera a batir un poco de nata para poner encima de la gelatina, y cuando la hube batido con el tenedor estaba casi sólida.

—Sí, la nata se solidifica cuando se la bate —asintió Harriet, sin dejar de girar la manivela. Tenía ya la cara colorada por el esfuerzo.

—Déjame hacerlo a mí —le suplicó Sheila—. Puedo hacer lo mismo que tú, Harriet.

Todos los niños tuvieron su turno, aunque la manivela era demasiado pesada para las frágiles manitas de Penny. Harriet volvió a ocupar su puesto y no tardó en decir:

—La mantequilla ya casi está hecha. Puedo sentirlo. La batidora cuesta más de girar.

—Ha tardado veinte minutos —afirmó Rory, consultando su reloj—. Esto va muy de prisa, Harriet... ¡Por favor, quita ya la tapadera y mira adentro! ¡Ahora hace mucho ruido!

Harriet dejó de darle vueltas a la manivela y levantó la tapadera. Todos los niños miraron dentro. Ya no se veía nata. En su lugar, había los grumos de mantequilla flotando en un líquido lechoso.

—Ésta es la leche donde flota la mantequilla —les explicó Harriet—. Unas cuantas vueltas más y ya estará.

Realmente, resultaba excitante ver cómo se formaba la mantequilla de la crema. A Penny le parecía cosa de magia. Los niños observaron atentamente cómo Harriet quitaba la leche sobrante y cómo lavaba los grumos de mantequilla para limpiarla por completo.

Después cogió dos pedazos de madera y encima colocó la mantequilla. Acto seguido, cogió el rodillo, con sus hábiles manos comenzó a presionar la mantequilla, haciéndole correr el rodillo por encima a fin de quitarle toda la humedad, hasta quedar firme y dura. Luego la fue separando en porciones de una y media libra.

—¡Ya está! —anunció, limpiándose las manos en el delantal—. ¡Una mantequilla firme, amarilla y muy sabrosa! Parte para vender y parte para comer. ¡Mañana por la mañana ya podréis probarla en el desayuno!

—Papá se hará imprimir los envoltorios para venderla —dijo Sheila—. Así, todos los paquetitos llevarán la marca: «Mantequilla de la Granja del Sauce». Oh, cómo me gustará verlo. ¿Podremos envolver los pedazos de mantequilla, Harriet, cuando tengamos los envoltorios?

—Si tenéis unas manos hábiles, sí —asintió Harriet—. Ya os enseñaré cómo se hace.

—Ahora ya sabemos cómo separar la nata de la leche y cómo hacer mantequilla de la nata —palmoteo Penny, y después acarició la batidora con sus manos.

—Creo que tenemos mucha suerte —se enorgulleció Benjy, cuando todos salían de la lechería—. Tenemos nuestros propios huevos para desayunarnos, nuestra leche para beber, nuestra nata para las gachas y nuestra mantequilla para nuestro pan.

—Y espero que pronto podremos hacer queso también —agregó Rory—. Harriet dice que sabe hacerlo. Lo hace de la leche. Le pone cuajo y así separa el suero del requesón. Después presiona éste, y se convierte en queso.

—Caramba, parece muy sencillo —se admiró Penny—. Yo la ayudaré cuando lo haga.

Los niños eran muy felices. El tiempo era bueno, el sol lucía cálidamente, y el trabajo de la granja se desarrollaba con placidez. Las gallinas ponían bien, las vacas daban una leche espléndida, y dos veces por semana hacían mantequilla en la lechería.

Los lechoncitos fueron la siguiente distracción. ¡Llegaron en un carro, gruñendo mucho! ¡Cómo gruñían! Los niños no se imaginaron de qué era aquel ruido cuando

vieron aparecer el carro, descendiendo lentamente por el camino.

—¡Oh, son los lechoncitos! —pregonó Benjy, y *Pillina* se asustó tanto con su grito que huyó a un árbol y tardó bastante en volver a bajar. Los niños, con *Mendruguito* tropezando entre ellos, corrieron al encuentro del carro.

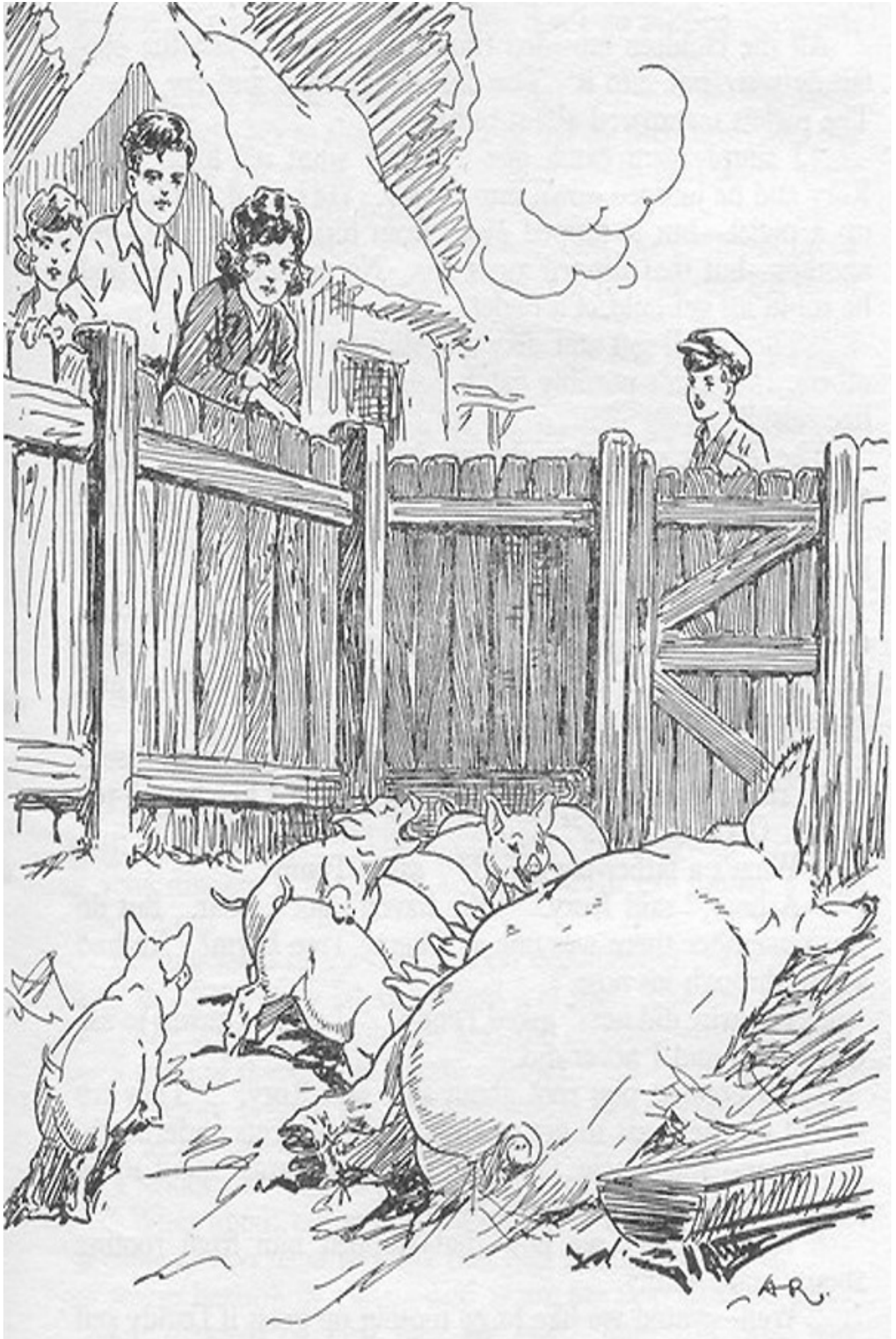
—También viene la marrana —exclamó Rory, entusiasmado—, ¡oh, qué grandota es! Y mirad los lechoncitos... ¿verdad que son lindos?

Cuando la familia tocnil estuvo en la pocilga, todos los niños se apiñaron para contemplarla. La vieja marrana gruñó y se tumbó en el suelo. Los lechones se esparcieron por su lado.

—Tengo que coger uno y ver bien cómo es —dijo Rory, saltando dentro de la pocilga. Se agachó para coger un cerdito... pero se le escurrió. Pretendió atrapar otro... y también se le escurrió. Y todas las veces que lo intentó le pasó lo mismo.

—¡Oh, son muy suaves, sedosos y escurridizos! —se quejó—. No es posible cogerlos... todos se escurren como anguilas.

Los demás penetraron también en la pocilga tratando de coger un lechoncito, pero ante su sorpresa vieron que era cierto lo que Rory decía: ¡aquellos animalitos eran muy escurridizos para poder cogerlos!



¡Y todos volvieron a salir de allí mucho más de prisa que habían entrado! A la marrana no le gustó que intentasen apoderarse de sus crías, y se incorporó muy enfadada. Se abalanzó hacia Rory, y el niño tuvo el tiempo Justo de saltar la valla.

—¡Diantre! No creía que fuese tan feroz —se quejó, frotándose una pierna—. ¿Verdad que es fea? Oh, pero me gusta de todos modos. ¡La vieja marrana!

—¿Cómo se llaman los cerdos padres? —quiso saber Penny.

—Verracos —le explicó Rory—. Pero no tenemos ninguno. ¿Pero recuerdas que había uno en la Granja del Cerezo? Con un anillo en el hocico.

—Sí, ¿por qué? —inquirió Penny—. Siempre quise preguntárselo a tío Tim, pero se me olvidó.

—Es porque los cerdos intentan arrancarlo todo —le explicó Rory nuevamente—. Siempre quieren arrancar la hierba para tragarse los gusanitos o insectos que hay debajo, y a tío Tim no le gusta que le estropeen la hierba. Por esto le puso un anillo al cerdo en el hocico.

—No entiendo por qué un anillo tiene que impedirle que arranque la hierba —comentó Penny.

—¿Podrías ir arrancando hierba si papá te pusiese un aro en la nariz? —le preguntó entonces Rory—. Cada vez que intentases arrancarla, te haría mucho daño.

—Oh, sí, ya lo veo —asintió Penny—. Sí, claro. ¿Pero y los toros? También llevan una anilla en el morro, porque yo lo he visto. Y ellos no arrancan la hierba, ¿verdad?

—No —concedió Rory—. Pero la anilla de los toros no es para esto, tonta. Es para poder ser conducidos con una cuerda, o con la mano, y no puedan tratar de escapar, porque si lo intentan el morro les duele terriblemente.

Los lechoncitos eran deliciosos. Todos los niños los amaban y suplicaron poder alimentarlos por su cuenta cada día. La marrana los amamantó unos días, pero pronto crecieron y necesitaron otra comida, aparte de la leche. Y el pilón no tardó en estar lleno de restos de comida. ¡Y cómo les gustaba!

—¡Eh, lechoncitos, aquí tenéis la leche que sobra de la mantequilla! —les decía Rory—. ¡Aquí tenéis el suero del queso! ¡Y la leche separada de la nata!

—¡Y aquí tenéis las sobras de la cocina! —añadía Sheila, poniéndolas en el pilón. Los cochinitos gruñían de contento y se atropellaban en la pocilga. Junto al pilón tenían mucho espacio, pero no se daban cuenta. Y siempre se empujaban para llegar antes a la comida, produciendo tanto ruido que los niños se reían a carcajadas.

—¡Oh, mirad... tres se han metido dentro del pilón! —gritó Penny una vez—. ¡Qué traviosos son! ¡Salid del comedor! ¡Oh, qué poco me gustaría comerme una comida pisoteada!

La comida del pilón no tardaba en desaparecer. A los lechones les gustaba mucho y no tardaron en ponerse rollizos y muy hermosos. La marrana también comía mucho. Le gustaban las patatas, y los niños solían llevárselas a menudo, o bien las pieles.

—¡Creo que esta marrana se lo comería todo! —exclamó Rory, viendo cómo tragaba vorazmente—. ¡No me extraña que se diga: «tan tragón como un cerdo»!

—También se dice «tan puerco como un cerdo» —le recordó Sheila—. La gente siempre cree que los cerdos son animales sucios. Pero nuestra marrana está muy limpia... lo mismo que los cochinitos.

—Esto depende de cómo se les cuide —terció Jim, que pasaba con las vacas—. Si las pocilgas se limpian con regularidad, los cerdos siempre están aseados. De lo contrario, se ensucian. Pero vuestra pocilga está bien conservada y limpia... y es natural que los cerdos estén limpios y saludables. Más adelante tendréis que soltarlos un poco en la hierba. Les gusta mucho.

Jim tenía razón. Los lechones y la marrana no tardaron en salir al huerto, y se mostraron muy contentos. Correteaban y gruñían, disfrutando con sus juegos. *Mendruguito* a menudo se reunía con ellos, y una vez saltó encima de la marrana cuando estaba tumbada tomando el sol.

¡Pero no volvió a hacerlo nunca más! La marrana se encolerizó furiosamente y corrió por todo el huerto persiguiendo a *Mendruguito*, el cual se puso muy asustado.

—*Mendruguito*, tienes que ser menos travieso —le amonestó Penny—. Ven conmigo, y deja en paz a la marrana. ¡Procura, por lo menos, no meterte en líos durante un par de horas!

Pero el borreguito no pudo esperar tanto. Se marchó al gallinero y comenzó a mordisquear el cajón de las conchas. ¡Cómo se rió Penny!

—¡Mira, Benjy! ¡Mira, Rory! —gritó—. *Mendruguito* tiene ganas de poner huevos, ya que se come las conchas.

Nadie lo sabía, pero a nadie le importaba porque, ¿quién podía dejar de querer a aquel borreguito del morrito negro?

CAPÍTULO XII

EN EL CAMPO

En torno a la casa de la granja se extendían los prados verdes y amplios, en la falda de la colina. La mayoría estaban rodeados por riachuelos, poblados de sauces en sus orillas. Los prados tenían varios nombres, y a Penny le encantaba recitarlos con una tonada.

—Prado Largo, Campo Alto, Prado Verde, Campo Abierto, Fondo Largo, Llano del Río, Espolón...

Todos eran prados de diferentes formas y tamaños. Los niños ya los conocían todos. Habían sido arados en otoño, y Rory tenía ganas de contemplar esta operación.

—Siempre he deseado guiar un arado —suspiró—. Cuando estuvimos en la Granja del Cerezo el otoño pasado me habría gustado conducir uno... pero tío Tim no me dejó.

—¿Por qué hay que arar los campos? —se interesó Penny—. A mí me parece una pérdida de tiempo hacer surcos en los campos y remover la tierra.

—Pregúntaselo a Sacolín. ¡Ah, ahí viene! —exclamó Rory, agitando su mano hacia el «salvaje», que estaba dirigiéndose hacia ellos a lo largo del seto. Venía a verlos con frecuencia y siempre les contaba historietas de animales y pájaros, a todos los cuales tan bien conocía.

—Sacolín, ¿cómo está la liebre? —le chilló Penny, así que lo vio.

—Mucho mejor. Ya tiene las patas curadas... pero cojea. Sin embargo, corre bastante de prisa. Creo que vivirá siempre conmigo en la cueva. Parece un poco asustada de verse sola en el campo, si no está conmigo.

—Me gustaría que una liebre viviese conmigo —anheló Penny.

—Ya tienes a *Mendruguito* —le recordó Benjy—. Y ya es bastante, seguro. ¿Sabes, Sacolín? Ayer, *Mendruguito* se comió el almuerzo de Jim. Era queso. *Mendruguito* lo encontró y se lo zampó. Jim se puso muy enfadado. Y yo tuve que darle una ración del queso que hace Harriet.

—A mí me parece que este borreguito es más bien una cabra —comentó Sacolín, riendo—. Las cabras se lo comen todo. Una vez tuve una que se comía los libros de una librería.

—Sacolín, ¿por qué hay que arar los campos? —le preguntó Rory—. Ya sé que hay que cavar los jardines... y supongo que arar es una forma de cavar más rápida.

—Exacto —le informó Sacolín—. ¡No es posible cavar los campos, con lo grandes que son! Entonces, aramos el terreno para que la lluvia, el aire, y la escarcha lo empapen bien. Venid a ver el arado que hay en aquel campo.

Todos fueron hacia allí. Sacolín les enseñó las grandes cuchillas de acero que mordían la tierra cuando el arado era arrastrado por los caballos.

—Esta hoja tan grande corta la tierra —explicó— y ésta se abre. Mirad ahora esta

hoja más pequeña al lado del arado. Se llama reja y corta los bordes de los surcos.

—El labrador empuña las varillas del arado, ¿verdad? —preguntó Penny, muy interesada, cogiéndolas y fingiendo guiar el arado—. ¡Oh, estoy segura de que yo podría arar!

—Sí, seguro —afirmó Sacolín, guiñando un ojo—. Pero no podrías llevar muy recto el arado.

—Yo he visto a los labradores —intervino Benjy—, y siempre mantienen muy recto el arado, por lo cual los surcos quedan también muy rectos, y juntos uno a otro. En la granja de tío Tim, a veces un chico guía los caballos..., los coge del cabestro y los guía, andando. Tal vez Jim me permitirá hacerlo en este próximo año, cuando se aren los campos.

—Papá dice que este otoño el arado no irá tirado por caballos —le rectificó Sheila—. Tendremos un tractor.

—¿Qué es esto? —se sorprendió Penny.

—Una especie de máquina impulsada por gasolina a gas-oil —le explicó Sheila—. Se agrega al arado en lugar de los caballos, ¿verdad, Sacolín? Papá dice que comprará un tractor con ruedas de oruga.

—¿Para qué? —insistió la curiosa Penny—. ¡Entonces será como un tanque!

—Bueno, los campos son muy blandos —le explicó Sheila, orgullosa de sus conocimientos—, y papá dice que las ruedas-oruga impiden que el tractor se hunda en el suelo. ¡Oh, será muy divertido ver trabajar a un tractor! Supongo que nos lo dejarán conducir por turnos.

—Mirad —exclamó Rory de repente—. ¿Qué está sacando Jim de aquel cobertizo?

Todos volvieron la vista al lugar indicado.

—Una rastrilladora —observó Sacolín—. Ahora veremos cómo funciona.

Jim estaba sacando un armazón de hierro montado sobre ruedas. En la parte inferior se veían unos dientes de acero muy largos y curvos. Jim no dejó que tocaran el suelo hasta llegar al campo donde iba a trabajar. *Hechicera*, la yegua de la granja arrastraba la rastrilladora, mientras Jim iba encaramado en el pescante.

Pronto estuvo trabajando. *Hechicera* iba siguiendo diestramente el campo surcado, con la cabeza gacha al remontar la colina. Jim soltó los dientes de la rastrilladora con un chasquido. Y los dientes de acero mordieron el suelo.

—¡Fijaos cómo lo rastrilla todo! —gritó Sheila, complacida—. Destruye los surcos y desmenuza la tierra. De este modo, la deja dispuesta para la siembra.

—Los campos arados tienen que ser arrastrados para que puedan recibir las semillas. ¡Sal de aquí, Penny! —advirtió Sacolín—. Si no, Jim te rastrillará a ti.

Pero Penny pretendía detener al rastrillo. Jim tiró de las riendas de *Hechicera*.

—Oh, Jim —le suplicó la niña—, déjame subir al pescante y ver qué se siente ahí arriba...

Jim sonrió. Penny le tenía ganado el corazón. Ayudó a montar a la niña en el

pescante, arreó a la yegua y la rastrilladora continuó avanzando. Penny iba saltando en el asiento, y tal vez se hubiese caído al suelo de no sujetarla Jim perfectamente.

—¡Oh, este asiento es muy duro! —se quejó Penny.

—Yo no me doy cuenta —replicó Jim.

—¿Qué plantarán en este campo? —preguntó Benjy, cuando la rastrilladora arrancaba con bastante ruido.

—¡Trébol! —le gritó Jim—. Si queréis verlo, lo sembraremos el viernes. Y trigo en el Fondo Largo.

Los niños recordaban varios grabados de labradores que iban andando por un campo, arrojando las semillas a un lado y a otro.

—Yo podré ayudar a Jim a sembrar el trébol —se ofreció Penny—. Cogeré mi cestita, me la ataré a la cintura y meterá dentro las semillas. Luego iré recorriendo el campo arrojando las semillas con las manos, primero con una y luego con la otra.

—No será así —replicó Sacolín—. Y ahora, vámonos, niños. Si queréis enseñarme los lechoncitos tiene que ser ahora, porque dispongo de muy poco tiempo.

—¿Volverás el viernes para ver como sembramos las semillas? —le suplicó Penny, deslizándose su manita en la de Sacolín—. ¡Oh, ven! Será tan divertido...

—Vendré si puedes darme la respuesta a la pregunta que te hice sobre los caballos y las vacas —replicó Sacolín, riendo—. Dime, Penny, ¿se levantan exactamente igual de la hierba un caballo y una vaca?

—Oh, no, ahora ya lo sé —repuso Penny—. Lo he visto. Oh, Sacolín, las vacas se levantan primero sobre sus patas traseras, y se arrodillan sobre las delanteras, pero los caballos lo hacen de otro modo. Primero estiran las patas delanteras y después se incorporan sobre las traseras. Por tanto, como ya he contestado a tu pregunta, tienes que venir el viernes.

—Buena chica —la acarició Sacolín—. Sí, vendré el viernes y veré si estáis sembrando o no.

—Claro que estamos sembrando —le aseguró Penny.

Pero la niña estaba equivocada. Cuando llegó el viernes, los niños se dirigieron al Prado de Arriba, esperando encontrar a Jim y que éste les entregase las semillas que había que sembrar. Pero Jim estaba conduciendo a *Hechicera* por el campo, uncida a un curioso aparato. Era como una caja muy larga montada sobre ruedas. Los niños lo miraron intrigados.

—¿Qué es esto, Jim? —quiso saber Sheila.

—Una sembradora —le comunicó el aludido—. Fijaos cómo meto dentro las semillas de trébol.

—Oh... ¿y esto va sembrando en lugar de nosotros? —se desencantó Benjy—. Casi que todos te ayudaríamos a sembrar. Oh, mirad, Sacolín se está burlando de nosotros. ¡Tú ya lo sabías, Sacolín, que hoy no podríamos ayudar a sembrar!

—Bueno, casi estaba seguro de que tendríamos que ver cómo lo hacía Jim sola —repuso el «salvaje». Por otra parte es muy interesante de ver. Fijaos bien.

Jim vació medio saco en semilla de trébol dentro del estrecho y largo cajón. Luego cerró la tapadera. Y acto seguido, comenzó a recorrer el campo, mientras los niños lo contemplaban con suma atención.

—Oh, mirad, las semillas van cayendo por unos agujeros que hay en el fondo del cajón —les advirtió Sheila.

Era verdad. Las semillas iban cayendo regularmente sobre el terreno, de manera mucho más rápida que lo habrían hecho los niños a mano.

—¿También sembrarás el trigo con este chisme? —quiso saber Rory, cuando Jim volvió a estar a su lado.

—No, esta tarde sembraré el trigo con el surco. Os gustará verlo. Es mucho mejor que la sembradora porque es un aparato que hace los surcos, siembra las semillas y después las cubre con tierra.

Sacolín aquel día se quedó a comer. Les contó a; los niños que había un petirrojo que había construido su nido dentro de un zapato viejo al fondo de la cueva.

—Cuando haga cría tendré mucha compañía —añadió—. Es muy fácil amaestrar a los petirrojos cuando son pequeñitos. No sé qué tal se llevarán con la liebre, pero estoy seguro de que al final se harán buenos amigos.

Aquella tarde fueron todos a ver cómo funcionaba el surco en el campo donde iban a plantar trigo. Era mucho mayor que la sembradora. La semilla iba dentro de una especie de depósito, y luego pasaba a unos tubos. Éstos se introducían en el suelo, por debajo de la superficie y dejaban caer las semillas.

—Es una buena idea —concedió Rory, viendo cómo Jim iba sembrando todo el campo Fondo Largo—. Deja las semillas bajo tierra, y todas a la misma profundidad. Después las cubre para que los pájaros no puedan picotearlas.

Jim fue hasta la mitad del campo con el surco y se paró. Manióbró en el aparato y volvió a reanudar la marcha.

—¿Qué pasaba, Jim? —le preguntó Penny, cuando Jim hubo dado la vuelta.

—El surco sembraba con demasiada rapidez —le explicó el mozo de la granja—, y lo he reajustado para que las semillas no cayesen tan de prisa. Ahora va bien.

Penny corrió a su lado, mientras los demás niños se marchaban con Sacolín.

—Los campos ya han sido arados, surcados y sembrados —jadeó Penny—. ¿Qué más hay que hacer ahora, Jim? ¡Por lo que veo, es mucho más difícil cuidar los campos que las gallinas!

—Oh, claro que si —asintió Jim, haciendo girar el surco—. Pero ahora descansaremos una temporadita, Penny. Los campos irán haciendo su labor sin nosotros..., ayudados por el sol y la lluvia. Tenemos que esperar a que crezcan el trébol y el trigo, antes de segarlos. Y entonces volveremos a estar muy atareados. ¡La época de la siega da tanto trabajo como la primavera!

CAPÍTULO XIII

UNA PEQUEÑA DIVERSIÓN PARA SHEILA

Las semanas iban transcurriendo, y los cuatro niños se entristecieron cuando las vacaciones llegaron a su fin. Entonces, comenzaron a cruzar los campos hasta la rectoría, donde junto con otros muchachos, daban clase. Pero siempre dirigían ansiosas miradas por la ventana, preguntándose qué estarían haciendo las gallinas, o *Pillina* o si *Mendruguito* habría hecho de las suyas, y si los perros cumplían con su obligación, ayudando a Davey a cuidar de las ovejas.

¡Y cómo corrían hacia casa al terminar sus lecciones! Los sábados y domingos tenían fiesta, y si durante la semana se portaban bien, estudiando de firme, también tenían libres los miércoles por la tarde. De este modo podían dedicarse a las labores de la granja, y Sheila cuidarse bien de las gallinas.

A *Mendruguito* no le gustaba ver cómo cada mañana Penny se marchaba sin él. Balaba lastimeramente, y la niña siempre suplicaba que le dejaran irse con ella a la escuela, pero la madre le contestaba negativamente, con firmeza.

Pero *Mendruguito* estaba completamente decidido a ser igual que el borreguito de la canción infantil, y un día consiguió escabullirse a través de una brecha del seto y trotó detrás de Penny hasta la escuela. Los niños estaban ya muy lejos, pero *Mendruguito* oía sus voces y las fue siguiendo afanosamente.

Y al llegar los niños a la rectoría, dieron media vuelta y vieron a *Mendruguito*.

«¡Oh! ¡Penny tenía un borreguito
que la siguió hasta la escuela!».

Cantaron los hermanos, encantados. El rector salió también hasta el umbral y se echó a reír.

—Bueno, igual que el borreguito de Mary, pero temo que esto vaya en contra del reglamento —exclamó—. Penny, llévate este animalito al huerto de las manzanas y átalalo allí.

Pero Penny no debió atarlo debidamente, porque poco después *Mendruguito* salió del huerto y fue hasta la escuela. Los niños habían dejado entreabierto la puerta de la clase... ¡y en aquel momento vieron cómo se asomaba por la abertura el morrito negro de *Mendruguito*!

Todos estallaron en grandes carcajadas. *Mendruguito* se asustó y regresó corriendo al huerto. Esta vez fue Rory quien se preocupó de atar al corderito, el cual no volvió a aparecer por la escuela aquella mañana.

Pillina acompañaba también a menudo a los niños porque después se quedaba esperando a Benjy, trepando y bajando por los árboles. *Pillina* se mostraba mucho más inquieta con la llegada de la primavera. A veces se fugaba un par de días al

bosque, y Benjy la echaba terriblemente de menos. Pero siempre regresaba. Uno vez volvió a medianoche y se coló en la casa por la ventana del cuarto de Benjy. El niño se llevó un buen susto cuando *Pillina* se posó primero en su estómago y luego le acarició la cara con la cola.

Fanny era la que se cuidaba de las gallinas. Siempre les echaba de comer cuando Sheila volvía tarde de la escuela, y junto con la niña llevaba al día y con extraordinario orgullo el librito donde anotaban los huevos recogidos en el gallinero.

—¡Vaya! —exclamó Fanny, haciendo anotaciones en la libreta—. ¡Ya llevamos cuatrocientos huevos! Señorita Sheila, se supone que una gallina puede poner doscientos veinte huevos al año, si es buena ponedora..., pero me parece que las nuestras superarán esta cifra.

Pero llegó una semana en que no recogieron tantos huevos, y una noche, cuando Sheila fue a encerrar las gallinas, halló que le faltaba una.

—¡Fanny! —gritó—. Sólo veo diecinueve gallinas y el gallo. ¿Dónde está la otra?

—No lo sé —replicó Fanny—. Estará por ahí... Oh, espero que no se haya extraviado o la hayan robado. Esta semana hubo unos gitanos en el campo... Tal vez se la llevaron...

Las chicas llamaron a Benjy, Rory y Penny, y todos juntos procedieron a buscar la gallina perdida. Fue Penny quien la encontró.

La niña había estado registrando el huerto y los prados. Luego, como última posibilidad inspeccionó el jardín. En el mismo crecía un denso grupo de rododendros, y Penny se abrió paso por entre los mismos.

Y allí, sentada tranquilamente, se hallaba la gallina extraviada. El ave miró a Penny, cloqueando, como diciéndole:

—Hola, no te enfades. Estoy muy bien.

—¡Oh, Sheila, la he encontrado, la he encontrado! —chilló Penny—. ¿La quieres? Está bajo los rododendros...

—No, ahora voy a cogerla —le gritó Sheila—. ¡No la toques!

A la jovencita no le gustaba que nadie pusiese las manos encima de sus preciosas gallinas. Corrió al jardín, hacia los rododendros, apartó las ramas y vio a la gallina.

—¡Oh, mala, más que mala! —le riñó—. ¿Por qué no has querido irte a dormir cuando he cerrado el gallinero esta tarde?

Levantó a la gallina... y ella y Penny lanzaron un grito.

—¡Está incubando unos huevos! ¡Está incubando unos huevos!

Era verdad, la gallina estaba incubando once hermosos huevos. Cloqueó y luchó cuando Sheila la levantó.

—Oh, ya no me extraña que estos dos últimos días encontráramos menos huevos —se maravilló Sheila—. Seguramente, llevas escondida aquí ya tres o cuatro días, mala, más que mala. Hasta hoy no se me ocurrió contaros a todos, porque no creí que faltases tú. Bien, bien..., ¿qué haremos contigo?

Fanny estaba muy excitada y muy contenta.

—La pondremos junto con sus huevos en una incubadora, y añadiremos dos huevos más. Ahora tendremos polluelos, señorita Sheila. ¡Oh, qué divertido será!

Efectivamente, a la gallina clueca le dieron una incubadora, con trece huevos, y el ave pareció completamente feliz. Cada día recibía la visita de todos los niños. Ella les contemplaba desde su asiento y les saludaba con leves cloqueos.

Sheila cada mañana, apartaba a la gallina de los huevos, y le dieron una ración de maíz y agua fresca.

—No la separe mucho rato de los huevos —le aconsejó Fanny—. Si los huevos se enfrían, no se romperán y no tendremos polluelos.

Por esto, Sheila contaba cada día los minutos, dejando a la gallina exactamente veinte minutos fuera de la incubadora. Y antes de volver la gallina a su sitio, palpaba los huevos para asegurarse de que no se habían enfriado.

—Tiene que estar incubando veintiún días —dijo Fanny—. Aunque naturalmente no sabemos cuándo empezó.

—¿Sabes, Fanny? Hay una gallina sentada todo el día en una de las ponedoras, sin poner ningún huevo —exclamó Sheila, unos días más tarde—. Es muy enojoso. La quito de allí, pero siempre vuelve.

—Bien, esto significa que tiene ganas de incubar huevos y tener polluelos lo mismo que la primera —le explicó Fanny—. Oh, señorita Sheila, mi tío tiene un puñado de huevos de pato. Tal vez su papá se los compraría para que la gallina los incubase. ¡Entonces tendríamos patitos!

—¿Pero pueden incubar las gallinas huevos de pato? —se extrañó Penny, que estaba escuchando la conversación—. ¿Es que no se dan cuenta de que no son huevos de gallina?

—¡Claro que no! —exclamó Sheila—. ¿Cómo pueden saberlo? ¡Oh, Fanny, qué bien! Voy a pedirle a papá que compre esos huevos inmediatamente.

El padre de Sheila le entregó el dinero para la compra, y ella y Fanny fueron a buscarlos. A Sheila le gustaron mucho.

—¡Qué color verde tan bonito tienen! —se admiró—. Y son más grandes que los huevos de gallina. ¿Fanny, es que los patos hembra no incuban sus propios huevos? ¿Por qué hay que dárselos a una gallina?

—Bueno, los patos hembra no son muy buenas madres. Se apartan de sus huevos demasiado tiempo, y a veces se cansan de incubarlos. Pero una gallina sí es una buena madre y casi siempre incuba bien sus huevos, dejando nacer a los polluelos.

Colocaron los huevos de pato en una incubadora y a la gallina clueca encima. Ésta pareció un poco inquieta al principio, pero no tardó en mostrarse muy dichosa. Todos los niños la contemplaron con interés mientras la gallina se decidía a ser madre de los patitos.

—¡Caramba! ¡Pronto tendremos veintiséis recién nacidos! —exclamó Benjy, muy complacido.

—Oh, no —objetó Fanny—. No es posible obtener trece polluelos de cada trece

huevos. Casi siempre se estropean un par, que no se rompen. Suerte tendremos si conseguimos doce de cada trece.

—¿Nacerán todos al mismo tiempo? —quiso saber Penny.

—No —le explicó Fanny—. Los huevos de pato tardan veintiocho días en romperse... o sea una semana más que los de gallina. Me gustan mucho los patitos. Anadean de una manera tan graciosa... ¡y ya veréis la primera vez que se metan en el agua cómo se inquietará la gallina madre! Como cree que son hijitos de su misma raza, y no los patitos de otra hembra, y sabe que el agua no es buena para los polluelos, cuando ve que sus patitos se meten en un estanque, casi se muere de susto.

—¡Oh, me gustará verlo! —deseó Penny.

Las dos gallinas se mostraban muy contentas y dichosas por estar incubando. Cada día las sacaban de la incubadora, dándoles el alimento y agua fresca. Penny les contó a los demás que había visto cómo las gallinas daban vuelta a los huevos para que se calentasen exactamente igual por todas partes. Añadió que esto demostraba que las gallinas eran unos seres muy inteligentes.

¡Y llegó el excitante día en que nacieron los primeros polluelos! Penny oyó cloquear a la gallina y corrió hacia la incubadora. Vio la cáscara de un huevo rota... y un polluelo amarillento que asomaba la cabecita por debajo de la gallina. Rápidamente, regresó corriendo a la casa, muy excitada.

—¡Venid! ¡Venid en seguida! ¡Los polluelos están rompiendo los cascarones!

Todos fueron a verlo. Pero solamente había nacido un polluelo. La gallina tenía la cabeza ladeada como si estuviera escuchando a los demás polluelos esforzándose por romper los huevos. Los niños gritaron de entusiasmo.

Antes de irse a la escuela, nació otro polluelo. También era amarillo. Entonces, los cuatro hermanos suplicaron que les dejasen quedarse en casa aquel día para asistir al nacimiento de todos los polluelos, pero su madre se negó a darles el permiso.

—No —les ordenó—. Los huevos no se romperán todos al mismo tiempo. Tal vez los demás polluelos no salgan hasta mañana o pasado.

Los niños aguardaron el nacimiento de los polluelos con impaciencia... hasta que por fin, todos nacieron, excepto dos, y once polluelos se diseminaron en torno a la incubadora.

—Estos dos ya no saldrán —determinó Fanny, cogiendo los dos huevos sobrantes—. Se han podrido. Bueno, once no está mal... y los polluelos tienen todos un aspecto muy saludable.

Durante las primeras veinticuatro horas no les dieron nada de comida a los polluelos, y después Fanny le enseñó a Sheila qué tenía que darles: una mezcla de migas de pan y avena machacada, y una pequeña ración de agua. Los polluelos no tardaron en picotear aquel alimento y luego dejaron oír sus vocecitas pidiendo más.

Todos los amaban. Algunos eran amarillos, tan brillantes como ranúnculos. Otros eran amarillos y negros, y uno era todo negro. La gallina madre estaba muy complacida con sus hijitos. Y pronto se los llevó al patio y les enseñó a escarbar en

busca de comida.

Siempre que encontraba algún alimento, llamaba a los polluelos y todos acudían dando saltitos. Entonces, la gallina compartía con ellos la comida, cosa que los niños hallaban muy maternal.

—Es toda una madre, como la nuestra —exclamó una vez Penny.

Cuando uno de los gatos del establo penetraba en el patio, la gallina llamaba rápidamente a sus polluelos, los cuales corrían a refugiarse bajo el cobijo de sus alas. De este modo, el gato no les descubría. Luego, cuando el peligro pasaba por la marcha del gato, iban asomándose las cabecitas amarillas de los polluelos, una a una, mirando a su alrededor con ojillos atemorizados.

Esto hacía que los niños prorrumpiesen en grandes carcajadas.

—¡La gallina tiene una docena de cabezas! —gritaba Benjy—. ¡Qué cosa más graciosa!

Los huevos de pato se rompieron una semana más tarde. Los niños se mostraron muy contentos porque era sábado y pudieron observar toda la operación desde el principio al final.

Los patitos se iban desenroscando de los cascarones, y una vez fuera se mantenían de pie con gran incertidumbre. Luego se esponjaban y los niños los contemplaban con extrañeza.

—¿Cómo es posible que estos patitos cupiesen dentro de los huevos? —exclamó Sheila—. ¡Si son dos veces más grandes!

A los niños les gustaron mucho más los patitos que los polluelos. Eran tan graciosos cuando caminaban por el patio... No eran tan obedientes como los polluelos, y la gallina madre pasaba mil apuros por su culpa.

Y llegó el día en que todos quisieron ir hacia el estanque. Fueron anadeando hasta el borde del agua y de repente un patito sintió el impulso de zambullirse. Y así lo hizo, mientras su madre le contemplaba horrorizada, gritándole que volviera a su lado.

Pero ante su enojo, los demás patitos imitaron el ejemplo de su hermanito y uno tras otros se zambulleron en el agua, gozosamente, nadando atrevidamente por todo el estanque.

La madre casi se volvió loca de terror. Corría a lo largo del estanque, cloqueando, llamando a los patitos y suplicándoles que saliesen del agua, mientras la gallina madre de los polluelos la miraba con conmisericordia. Pero los patitos se estaban divirtiendo mucho y no querían salir del agua, y cuando por fin se decidieron no le hicieron el menor caso a las recriminaciones.

—¡Chip, chip! —se decían una a otro—. ¡Ha sido estupendo! ¡Volveremos a hacerlo! ¡Chip, chip!

—No te enfades, gallinita —la consoló Sheila, sintiéndolo por la pobre madre—. Tus polluelos no son polluelos..., son patitos. ¿No notas la diferencia?

¡Claro que no podía notarla! Y cada vez que sus patitos se metían en el agua, se

mostraba muy inquieta..., hasta que al final se cansó de ellos y los abandonó a su suerte. Se reunió de nuevo con las gallinas del patio, escarbando el suelo, volviendo a poner huevos, y olvidándose de aquella pandilla de patitos que en nada se parecían a las aves de su raza.

La otra gallina madre les enseñó a sus polluelos todo lo que debían aprender, y luego también los abandonó. Y los polluelos se alegraron mucho de poder corretear por el patio a sus anchas, escarbando el suelo también y picoteando los tallos de col, junto con las demás gallinas. Pero a los niños ya no les hicieron tanta gracia como al principio.

—Tienen muchas patas y están muy flacos —se quejó Benjy—. No son nada bonitos. Me gusta que las gallinas sean gallinas o polluelos, pero no que estén en este estado intermedio.

Pero Sheila y Fanny estaban muy orgullosos de sus gallinitas jóvenes, y las anotaron en el cuaderno de los huevos: «Once polluelos, once patitos».

En realidad, era toda una victoria tener en el gallinero veintidós aves más que al principio de su instalación.

CAPÍTULO XIV

LOS MARAVILLOSOS PERROS DE PASTOR

Penny iba a menudo a visitar a Davey, el pastor. Se llevaba consigo a *Mendruguito*, y el borreguito pasaba unos ratos muy divertidos con los otros corderitos. Los contemplaba, apuntándoles con su negro morrito, se alegraba de aquella licencia que tenía para confraternizar con los mismos de su raza.

—Ahora ya mordisquea la hierba, Davey —le informó un día la niña al pastor—. Y ya no le gusta tanto la leche. Y come toda clase de porquerías.

—Así es como su amita —se rió Davey, porque sabía que a Penny le entusiasman las moras sin madurar, y chupar los tallos de los tréboles—. Bien, Penita, esta tarde has llegado a punto. Voy a llevar las ovejas a la próxima colina... y si te gusta podrás ver cómo trabajan *Bribón*, *Granuja* y *Canallita*.

—¡Oh, claro que me gusta! —se alegró Penny—. ¿Puedo avisar a mis hermanos, Davey? También les gustará verlo.

—Bien, pero date prisa —le advirtió el pastor—. Te concedo diez minutos... y después pondré mis perros al trabajo.

Era la tarde de un miércoles, por lo que los niños hacían fiesta de la escuela. Sheila estaba limpiando el gallinero. Rory quería ir a trabajar a los prados y Benjy pretendía ayudar a su madre en el jardín, donde estaban creciendo primorosamente lechugas, cebollas, zanahorias y judías.

Pero cuando oyeron que los perros de Davey iban a trabajar aquella tarde, todos cambiaron al momento de idea.

—¡Caracoles! Tenemos que ir a ver eso... —decidió Rory, y corrió a comunicarle a Jim que ya se reuniría con él en los prados después del té.

Antes de diez minutos los cuatro hermanitos estaban ya en la colina junto con Davey.

El pastor los acogió sonriendo, chispeándole los ojos.

—¡Es formidable lo veloces que son los chicos cuando quieren algo! —exclamó—. Y también lo lentos que son cuando tienen que hacer algo que no les gusta. Bueno, ahora quiero que mis ovejas se trasladen a aquella ladera más abrigada que hay en la próxima colina. Para ello tienen que cruzar tres arroyuelos, dos de los cuales tienen unos puentes de tablas muy estrechos..., pero mis perros las llevarán hasta allí, con toda seguridad y a salvo, sin mi ayuda.

—¿Pero, Davey..., tú no vas con ellos? —se extrañó Penny.

—No, Penita, no. Quiero que veáis lo listos que son mis perros. ¡Ah, ya veréis al viejo y querido *Bribón* actuando con las ovejas! ¡Os aseguro que es una maravilla! Puede obligar a las ovejas a ir adonde él quiere, a toda velocidad. Sí, mi buen *Bribón* vale en oro lo que pesa.

Los cuatro niños se instalaron en la falda soleada de la colina para contemplar el

espectáculo. Davey silbó a sus perros, los cuales se acercaron corriendo. Dos eran perros de pastor, bellísimos, y el tercero, un cruce.

—¡Rodead a las ovejas, muchachitos! —les ordenó el pastor, moviendo los brazos en dirección a las ovejas que pastaban pacíficamente en la ladera—. ¡Llebadlas allá! —y designó con el ademán la colina siguiente.

Los perros le contemplaron meneando la cola. Luego, salieron saltando velozmente. Se dirigieron hacia las ovejas, obligándolas a dejar de pastar. Las ovejas, medio asustadas, se apretujaron entre sí. Una o dos no se dieron cuenta de la presencia de los perros, pero *Bribón* correteó tan cerca de ellas que no tuvieron más remedio que juntarse con las demás.

—Las ovejas siempre se congregan en un rebaño cuando se asustan —dijo Davey—. Fijaos en aquellos corderitos.

Algunos corderitos, en vez de reunirse con las ovejas, estaban correteando por la ladera. *Granuja* fue tras ellos, y diestramente los obligó a regresar. Tan pronto como un corderito parecía querer escaparse de nuevo, *Granuja* estaba ya a su lado, y el corderito se veía obligado a hacer como los demás.

—¡Caramba! —exclamó Penny—. Me gustaría ser un perro pastor. De este modo me haría obedecer de todas las ovejas.

Las ovejas no tardaron en formar un apretado rebaño, con los tres perros correteando a su alrededor. Davey movió los brazos. Ésta fue la señal para que los perros empezasen a guiar a las ovejas hacia la colina siguiente.

Al momento las ovejas comenzaron a descender por la ladera. *Bribón* corría incesantemente en torno al rebaño, manteniéndolo apretujado. No ladró ni una sola vez. *Canallita* le ayudaba. *Granuja*, al frente, abría la marcha. Era maravilloso ver cómo lograba que las ovejas se mantuviesen dentro del camino deseado.

Pronto llegaron a un riachuelo, demasiado ancho para que las ovejas lo vadeasen o saltasen. De lado a lado había un estrecho puente de tablas. La oveja que iba en cabeza no quiso cruzarlo y empezó a corretear por la orilla del agua, balando lastimeramente.

Bribón tardó medio minuto en hacerla volver al puente. Pero la oveja siguió sin querer atravesarlo.

—¡No lo conseguirá! —gritó Benjy, excitado—. ¡Esta oveja es demasiado estúpida!

—Oh, cuanto más estúpida sea, más fácil —le explicó Davey—. Las más difíciles de manejar son aquellas que se muestran inteligentes. Las que no piensan, sino que siguen ciegamente a las demás, son mucho más fáciles. Pero fijaos en *Bribón*..., no puede dejarse vencer por una oveja tonta. Mirad..., la ha llevado hasta el puente.

Nadie supo cómo lo había conseguido *Bribón*. El perro había estado saltando y correteando en torno a la oveja, hasta que la condujo al puente. Y entonces, la oveja ya no pudo retroceder porque *Bribón* se lo impedía..., ¡de forma que se veía obligada a seguir adelante!

¡Y una vez una oveja hubiese cruzado el puente, las demás la seguirían! *Bribón* saltó al puente y se plantó al lado de la oveja. *Granuja* se situó al otro lado, y *Canallita* quedó atrás, obligando a la oveja a cruzar el puente.

Era algo maravilloso de ver. Los perros trabajaban de mutuo acuerdo, en una perfecta sincronización, sin dejar que ninguna oveja se separase del rebaño y obligándolas a cruzar el puente lo antes posible.

Las ovejas tenían las patas muy firmes, y no les costaba nada trotar por aquella estrecha pasarela. Penny temió que uno de los corderitos pudiese caer al agua, pero ninguno perdió pie.

—Las ovejas son animales de montaña —les explicó Davey—. Yo solía guardarlas en los montes de Gales. Allí, algunas colinas son tan rocosas y escarpadas que yo apenas podía acercarme a las ovejas, pero éstas saltaban de roca en roca y jamás vacilaban o caían. Por tanto, un puente, aunque sea estrecho, no significa ningún peligro para ellas.

Todas las ovejas pasaron el puente. *Bribón* volvió a situarse al frente del rebaño y giró a la izquierda en vez de hacerlo a la derecha. *Canallita* reunió a las que se habían separado un poco. *Granuja* rodeaba al denso grupo. Todos llegaron al próximo arroyuelo, donde había un pequeño puente de piedra.

Las ovejas lo atravesaron sin dificultad.

—Ya sabes que los perros las conducen a otra parte —siguió explicando Davey—. En realidad, no les gusta abandonar la colina en la que han estado pastando varias semanas, pero pronto se acostumbrarán a la nueva.

Los perros, en aquel momento, se detuvieron, volviendo la cabeza hacia la colina que acababan de dejar. Habían estado siguiendo un camino del valle y acababan de llegar a una encrucijada, y no estaban seguros del rumbo que debían tomar, si hacia el este o al oeste.

Davey comprendió su perplejidad. Movié los brazos y lanzó un estridente silbido.

—Esto significa que yo quiero que las ovejas vayan al lado oeste de la colina —les comunicó a los niños—. ¡Fijaos qué bien me han comprendido los perros!

Éstos apenas habían visto el gesto de Davey y oído su silbido, que ya estaban encaminando al rebaño hacia el oeste. Los niños se quedaron estupefactos.

—Como si fuesen hombres —ponderó Rory—. Aunque los hombres no podrían correr tanto ni tan de prisa como los perros y las ovejas. Pero entienden lo mismo que nosotros. ¿Oh, Davey, verdad que no podrías hacer nada sin tus perros?

—Ni yo, ni ningún pastor —replicó el aludido—. Dependemos más de nuestros perros que de ninguna otra cosa vaya, una vez en que yo estaba enfermo, mis perros vigilaron a las ovejas sin mí durante dos días, y no tuve de ellos ninguna queja. Son tan listos como el que más, y tan inteligentes como un hombre.

—¿Ya nacen así de listos? —interrogó Rory.

—Oh, los perros pastor siempre son muy inteligentes, pero han de ser amaestrados. Yo los adiestro un poco, pero son los mismos perros los que les enseñan

todos los trucos a sus cachorros, dejándoles correr a su alrededor para que lo observen. Algunos perros pastor son más listos que otros, lo mismo que hay niños más inteligentes y buenos que otros. En pocos meses yo sé ya si un cachorro será un buen pastor o no.

Las ovejas atravesaron otro arroyo y los perros les permitieron ya diseminarse por la ladera occidental de la colina. Luego, los tres magníficos animales se tumbaron en el suelo, jadeando y fatigados. Habían recorrido varios kilómetros, porque habían tenido que estar rodeando constantemente al rebaño, yendo atrás y adelante y estando en todas partes a la vez. Las ovejas agacharon la cabeza y comenzaron a pastar seguidamente, con regocijo. ¡Les gustaba estar en la nueva colina, arrancando la hierba fresca, bajo el tibio sol de la tarde!

—Los perros no se moverán de allí hasta que llegue yo —explicó Davey—. Bien, ¿qué os parecen? ¿Listos, verdad?

El pastor estaba muy orgulloso de sus perros, y los niños también.

—Opino que son maravillosos —exclamó Rory—. Y me gustaría tener un rebaño y unos perros como éstos.

—Un día de invierno se perdieron dos ovejas en una tormenta de nieve —les contó Davey—. Creí que ya no volvería a recuperarlas, pero mi buen *Bribón* salió en medio de la nevada... ¡y seis horas más tarde volvió con las dos ovejas!

—¿De veras? —exclamó Benjy, asombrado—. ¿Cómo pudo hallarlas en la nieve? ¿Era muy profunda?

—Sí —asintió el pastor—. Yo conté las ovejas y le dije a *Bribón* que faltaban dos... y se marchó. Tuvo que recorrer todo el mundo antes de encontrarlas. Cuando regresó estaba tan fatigado que ni siquiera se comió su cena. Se tumbó en el suelo con la cabeza a mis pies y se quedó completamente dormido. ¡Ah, sí, es un perro formidable!

—Bien, gracias, Davey, por haberme permitido ver cómo trabajaban tus perros —le agradeció Sheila—. Y, por favor, avísanos cuando vuelvan a realizar una hazaña semejante.

—Dentro de poco ya veréis cómo se esquilan las ovejas —les informó el pastor—. Y creo que también os gustará su baño. Ya os avisaré.

Los niños bajaron corriendo hasta su casa.

—¡Oh, qué cosas más estupendas pasan en las granjas! —gritó Penny, saltando al lado de *Mendruguito*—. ¡Oh, qué contenta estoy de haber dejado Londres y de vivir en la Granja del Sauce, la Granja del Sauce, la Granja del Sauce!

CAPÍTULO XV

LLEGAN LOS ESQUILADORES

Un día aparecieron en la granja tres hombres de extraño aspecto. Los niños los miraron sorprendidos, ya que les vieron cuando se iban a la escuela.

—¿Está vuestro padre? —le preguntó uno de los recién llegados—. Bien, decidle que han llegado los esquilares.

—¡Oh, van a esquilarse las ovejas! —gritó Rory—. ¡Caramba, si al menos pudiésemos quedarnos aquí todo el día para verlo!

—Ya lo verás, jovencito —repuso el esquilador, sonriendo—. Tenemos trabajo para todo el día, hasta que llegue la noche. ¡Cuando estamos trabajando no paramos ni un solo momento!

Rory voló a comunicárselo a su padre, y luego los cuatro niños vieron cómo los tres esquiladores eran acompañados a uno de los cobertizos abiertos.

—De modo que allí esquilan a las ovejas —observó Benjy—. Yo vi que ayer habían limpiado el cobertizo, aunque sin saber por qué. De buena gana no iría al colegio hoy...

—¿Tienen que quitarles toda la lana a las ovejas? —se angustió Penny—. ¡Pobrecitas! ¡Pasarán mucho frío!

—Ahora pasan demasiado calor con este tiempo —replicó Rory—. ¿Te gustaría llevar un abrigo muy grueso de lana esta mañana para ir a la escuela, Penny? Seguro que estarías gimiendo y llorando para que te lo quitaran.

Penny se contempló su vestido de algodón, corto y muy ligero.

—Si casi me ahogo con esto —asintió—. Estoy segura de que me derretiría dentro de un abrigo de lana como el de las ovejas. Sí, supongo que al final se pondrán muy contentas.

—¡Claro que sí! —afirmó Sheila—. ¡Pero parecerán muy diferentes y graciosos! ¡Como si estuviesen desnudas!

Cuando aquella mañana los niños regresaron de la escuela, hallaron un ambiente lleno de tristes balidos. Habían separado a las ovejas de los corderitos, y las primeras llamaban a los segundos. ¡Qué alboroto armaban!

—Fijaos..., han llevado a las ovejas en grupos hacia el campo donde está el cobertizo —les indicó Rory—. Y los corderos del año pasado también están con ellas, pero no los borreguitos de este año. O sea que *Mendruguito* no perderá su abrigo, Penny.

—Me alegro —repuso la niña—. No quiero que lo pelen como si fuese una patata. Ahora es muy lindo.

Los perros tuvieron un día muy atareado, llevándoles las ovejas a los esquiladores. Tenían que sacarlas de la colina y llevarlas a la granja. Trabajaban duro y bien, y Davey estaba muy contento de ellos.

Los esquiladores estaban en un cobertizo abierto. Las ovejas que ya estaban esquiladas las dejaban en un pequeño rebaño, vigilado por *Granuja*. Él era quien tenía que llevarlas de vuelta a la colina para pastar, tan pronto como estaban listas otras doce.

Los niños corrieron hacia allá para ver exactamente qué ocurría. Aquel día había mucho trabajo en la granja, ya que los mozos corrían con las ovejas arriba y abajo, y el padre de los niños daba toda clase de órdenes en voz alta. ¡Era muy divertido!

Rory se dedicó a contemplar a los esquiladores. Al primero de ellos, por ejemplo, le llevaban una oveja. El hombre le ataba las patas hábilmente para que no pudiera moverse, ya que si forcejeaba podría hacerse daño con las grandes tijeras.

Y entonces el esquilador hacía funcionar las tijeras. A los niños les pareció un oficio maravilloso. ¡El esquilador realizaba su labor con tanta destreza, que con la lana de la oveja podía hacerse ya un abrigo tal como salía! ¡Ñic, ñic, ñic!, hacían las tijeras, y la lana surgía rápida y diestramente. ¡Qué raras se veían las ovejas cuando la lana se desprendía de sus cuerpos!

El esquilador levantó la vista y les sonrió a los niños.

—¿Sois mis próximos parroquianos? —les preguntó—. Hoy he esquilado ya a diecinueve ovejas. ¿Quiere uno de vosotros ser el vigésimo?

—¡Nosotros no somos ovejas! —se indignó Penny.

—Claro que no —rió el esquilador. Retorció a la oveja que estaba esquilando a fin de poder quitarle la lana del lomo. La lana cayó limpiamente.

—¡La lana está sucia! —se quejó Penny—. ¡Y huele muy mal!

—Bueno, las ovejas nunca, nadan en el agua —asintió el esquilador—. Si estuviesen nadando un par de semanas antes de ser esquilados, sus vellones estarían mucho más limpios. La lana lavada vale mucho más dinero. Por otra parte, no pesa tanto como ésta, por lo tanto, vale menos.

—¿Cuál es el número mayor de ovejas que ha esquilado en un día? —se interesó Benjy, que estaba deseando poder ser esquilador también.

—Sesenta y ocho —le contestó el hombre—. Pero eran pequeñas. Cuanto mayor es una oveja más tiempo se tarda en esquilarla. Pero me gusta esquilar ovejas gordas, porque son mucho más fáciles.

—¿Por qué? —se sorprendió Rory—. Yo creía que era mucho más difícil hacerles dar la vuelta.

—No, en absoluto —le explicó el esquilador con paciencia—. La lana de una oveja gorda se separa muy bien de la piel, por lo que resultaba más fácil esquilar. Esto es porque la piel tiene mucho más grasa que la de las ovejas flacas. Esperad a que el pastor me traiga una oveja bien gorda y veréis.

El otro esquilador estaba esquilando los corderitos de un año. A éstos no les gustaba ser esquilados y balían plañideramente.

—¿Les hacen daño? —preguntó Penny, compasiva.

—En absoluto —repuso el esquilador—. Pero a las ovejas hay dos cosas que no

les gusta: ser esquiladas y ser bañadas.

—¡Bañadas! —se admiró Rory—. ¿Qué es eso?

—Oh, pronto lo veréis. Davey, el pastor, os lo enseñará un día. Estos corderitos son muy fáciles de esquilar —añadió, soltando al que ya estaba listo, tras darle una palmada—. Su lana no es tan espesa como la de las ovejas.

—¿Los corderitos tienen un año? —preguntó Penny.

—Exacto —contestó el esquilador, cogiendo otro cordero para esquilar. Era maravilloso ver con cuánta facilidad iba separándose la lana de la piel.

Cuando una oveja estaba lista y se ponía de pie, asustada y completamente pelada, Jim la frotaba con brea y la enviaba hacia *Granuja*.

—¿Qué les haces? —preguntó Benjy.

—Marco a las ovejas con la marca de vuestro padre —le explicó Jim—. De este modo, si alguna se extravía, gracias a la marca nos la pueden devolver.

Los niños examinaron la señal. Era una letra S mayúscula.

—S por Sauce —exclamó Penny—. ¡Oh, ahora podremos reconocer a nuestras ovejitas!

Jim iba enrollando cada una de los vellones y los ataba juntos. Luego iba arrojando los paquetes a un rincón del cobertizo.

—Luego los meteremos dentro de los sacos para venderlos. Este año vuestro padre ganará bastante dinero con la lana. Es buena y pesa bastante.

—Oh, qué contento estoy —se regocijó Rory—. Sé que quiere comprar maquinaria nueva para la granja, me dijo que si las ovejas le daban bastante dinero podría hacerlo. Y hemos tenido muchos corderitos y no se ha muerto ninguno. *Mendruguito* fue el único que nació débil y tan pronto como Penny se lo quedó, comenzó a engordar.

—Veo que no ha venido por este cobertizo —rió Jim—. Debe tener miedo de perder su bello abrigo.

Mendruguito, en efecto, se hallaba bastante lejos. No le gustaba todo el alboroto y aquellos balidos. Cuando las ovejas esquiladas salían del cobertizo, *Mendruguito* las miraba estupefacto. ¿Qué eran aquellos extraños seres? A él no le gustaban en absoluto.

Sí, las ovejas se veían muy raras mientras trotaban hacia la colina, esquiladas y mondadas. Parecían muy pequeñas sin sus gruesos abrigos de lana. También tenían un poco de frío, pero el mes era caluroso ya, por lo que no podía perjudicarles en lo más mínimo. Jamás se esquila a las ovejas durante el invierno, y sí únicamente cuando parece que el tiempo ya es bonancible y cálido.

Otro día más y habremos terminado —afirmó el primer esquilador, trabajando con una oveja muy gorda. Les mostró a los niños con qué facilidad salía la lana—. Vuestro padre no posee todavía un rebaño muy numeroso, de lo contrario no nos habría contratado para esto.

—¿Por qué no? —preguntó Rory.

—Porque habría comprado una esquiladora —replicó el otro—. Es maravilloso de la manera que funcionan. Esquilas a las ovejas en un instante. Y en cierto aspecto es preferible al esquilado a mano, porque la máquina puede esquilarlas más hasta la piel que nosotros, de modo que los vellones pesan más y valen mucho más dinero.

—Quizás el año próximo necesitaremos ya una esquiladora —se entusiasmó Rory—. Me gustaría mucho ver cómo funciona.

—¿Cuánto pesa un vellón? —quiso saber Sheila, contemplando los que se hallaban ya apilados a un rincón del cobertizo.

—Éstos son muy buenos —le confirmó el esquilador—, y calculo que pesarán unas nueve libras cada uno. Los de los corderitos, naturalmente, no pesan tanto. Vuestro pastor sabe cuidar muy bien a las ovejas. ¡Todas están gordas y en buen estado!

Los esquiladores no dejaron de trabajar hasta el crepúsculo. Y entonces, agotados y sedientos, fueron a la casa en busca de comida y bebida. Harriet, empero, les obligó a lavarse en la fuente del patio antes de dejarles entrar en la granja.

—¡Oléis peor que las mismas ovejas! —refunfuñó—. ¡Y estáis todos cubiertos de pelusa!

—¡Fue muy divertido! —afirmó Rory cuando, junto con sus hermanos, regresó a la casa—. El año próximo tendremos una esquiladora, y yo la haré funcionar. ¡Seguro que me gustará mucho!

CAPÍTULO XVI

EN LA HERRERÍA

Cada niño tenía sus animales favoritos y también sus aves predilectas de la granja. Sheila, naturalmente, estaba enamorada de sus gallinas, patitos y polluelos. Penny amaba a su borreguito, y a todos los demás. Benjy y Rory sentían una gran pasión por los caballos, por encima de todo.

Los de la granja eran excelentes. Eran caballos Shire, grandotes y pesados, lentos y tremendamente resistentes. Como el padre no poseía mucha maquinaria para las faenas del campo, empleaba mucho a los caballos. Benjy y Rory los amaban de veras.

Más que ninguno les gustaba *Hechicera*, la yegua, con sus ojos pardos, cargados de paciencia, y unas pestañas muy largas. *Hechicera* era una verdadera campesina. Jamás se fatigaba y podía recorrer los campos kilómetros y kilómetros desde el amanecer hasta el crepúsculo. Todos los mozos de la granja estaban contentos de ella, y siempre la obsequiaban con terrones de azúcar.

—Es una buena yegua —se ufanaba Billy, cuando se inclinaba sobre la cerca para contemplarla.

—Sí, estupenda —corroboraba Jim, y los niños que les escuchaban opinaban lo mismo.

A menudo montaban a lomos de la yegua que les llevaba desde la casa a los distantes campos, y a ellos les encantaba el «clip-clop, clip-clop» de sus cascos.

—Es tan agradable despertarse por las mañanas y oír el «clip-clop» de *Hechicera* por el patio... —decía Benjy.

—A mí también me gusta estar en casa y oír cómo canta el gallo y le contestan las gallinas y los patitos —exclamaba Sheila.

—A mí me extasía oír cómo mugen las vacas y cómo relinchan los caballos —replicaba Rory.

Un día, *Hechicera* necesitó que la herrasen de nuevo.

—¿Crees que papá nos permitirá que la llevemos a la herrería? —le preguntó Rory a su hermano Benjy—: Los mozos estarán todos muy ocupados en el campo.

—¡Oh, dejadme venir también! —suplicó la pequeña Penny—. ¡Quiero ver cómo se hierra a un caballo! Nunca lo he visto. ¿Hay muchas herraduras para ver cuál es la que le sienta mejor?

—¿Qué dices, Penny? ¡Qué cría eres! —rió Rory—. ¡No, tonta! A los caballos les clavan las herraduras.

—¡Oh, pobrecitos! Debe dolerles mucho... —y Penny casi rompió a llorar de pesar, al pensar en lo mucho que debían dolerles los clavos a los caballos—. Me parece que no me gustará ver cómo hierran a un caballo.

—Pues será mejor que vengas y así verás cómo se hace —replicó Benjy.

Papá accedió o que Rory llevase a *Hechicera* a la herrería para que la herrasen.

Era sábado, por lo que todos los niños tenían fiesta. Y, naturalmente, todos quisieron ir.

—Bueno, vendréis todos —concedió Rory—, pero yo guiaré a *Hechicera*.

Nunca había llevado a ningún caballo hasta la herrería del pueblo y le parecía una gran cosa. ¡Y no quería compartir con los demás aquel honor!

—¿Podré montar a *Hechicera*? —quiso saber Penny.

—Sí, eso sí.

Todos fueron a comunicarle a Jim que se llevaban a *Hechicera* a la herrería. Y cuando se ponían en marcha vieron a Sacolín. Éste traía unas semillas de unas flores especiales para la madre de los niños. Se las entregó a Sheila y se ofreció para acompañarles a todos a la herrería. *Pillina* saltó a su hombro tan pronto como vio al salvaje, y le mordisqueó gentilmente el cabello.

—¿Puede venir *Mendruguito* también? —suplicó Penny—. Yo iré subido en *Hechicera*, pero *Mendruguito* podría ir contigo, Sacolín.

El borreguito no se lo hizo rogar dos veces y siguió dócilmente al «salvaje». Como los demás animales, también le adoraba. Y durante la marcha no dejó de dar vueltas a su alrededor.

Jim le entregó *Hechicera* a Rory. El muchacho tomó la yegua con orgullo y la condujo a través de la cerca hacia el camino.

—¡Vamos a comprarte zapatos nuevos! —le gritó—. ¡Arriba, Penny! Nos vamos.

Sacolín ayudó a la niña a encaramarse a lomos del noble bruto.

—¡Es como ir sentada sobre un gran sofá! —se extasió la niña—. ¡Sólo que un sofá no hace «bum-bum-bum» como el lomo de *Hechicera*!

Fueron descendiendo por el sendero donde el perejil se balanceaba a cada lado. En los campos se veían muchos ranúnculos. Las montañas distantes eran azules y toda la campiña ofrecía un aspecto magnífico.

—¡Me gustaría saber el nombre de todas estas flores! —exclamó Sheila, agachándose para arrancar unas del borde del camino—. Hay tantas cosas que aprender cuando se vive en el campo... Los nombres de las flores, de los animales, de los pájaros, de los árboles, de las plantas... Y sin embargo, todos los campesinos saben estos nombres de memoria.

—En esto tienes razón —observó Sacolín—. Es raro que personas que viven toda su vida en un país sepan tan poco de estas cosas. Ánimo, Sheila, aprende todo lo que puedas. Es muy divertido... como siempre dices.

Rory conducía a la yegua por el lado izquierdo del camino. Sacolín le llamó.

—Rory, conduce a *Hechicera* hacia la derecha. A un caballo siempre hay que guiarlo hacia la derecha.

—Oh, sí, lo había olvidado —asintió Rory—. Jim ya me lo advirtió.

Entonces, guió a *Hechicera* hacia el otro lado del sendero. Pero él se quedó al lado izquierdo de la yegua, y Sacolín volvió a avisarle.

—Ponte al otro lado de la yegua, Rory. Y coge la brida con la mano derecha,

cerca de su cabeza. Sostén el extremo suelto con tu izquierda. Exacto, hijito. De este modo, si algo asusta al animal, tú podrás dominarlo con facilidad.

—Gracias, Sacolín —le correspondió Rory, a quien nunca le molestaba aprender algo nuevo—. Y supongo que para conducir un caballo uncido a un carro tengo también que ir por la derecha.

—No, por la izquierda —le corrigió Sacolín—, pero si encuentras un caballo guiado, entonces debes ir por la derecha. Fíjate en el carro que se acerca. Los dos estáis en el mismo lado del camino. Mira lo que hace el carretero.

Efectivamente, un hombre conducía un caballo uncido a un carro. Tan pronto como divisó a Rory que llevaba a *Hechicera*, el carretero hizo que su caballo cruzara el camino hacia el otro lado, y luego volvió al mismo lugar cuando hubo pasado Rory.

—Exacto —exclamó Sacolín—. Ésta es la regla de la carretera, respecto a los caballos, Rory. Por favor, *Mendruguito*, ya es hora de que tú también aprendas las reglas de la carretera. Has estado a punto de dejarte atropellar.

No tardaron en llegar a la herrería. Era un lugar muy emocionante, con un gran fuego al fondo. El herrero era un individuo con una barba bastante, poblada y cara morena. Su cabello negro y rizado estaba empapado de sudor por el calor de la herrería.

—Buenos días, jovencito —saludó a Rory—. De modo que tú me traes a *Hechicera* para que le ponga sus nuevas herraduras, ¿eh? Ah, es una yegua excelente.

—Eso es lo que dice todo el mundo —afirmó Penny, deslizándose desde lo alto de la yegua al suelo—. ¿Le quitará primero las herraduras viejas, señor herrero?

—Naturalmente —rió el aludido—. Ya lo verás, guapita. ¡Aquí, *Hechicera*, vamos, aquí!

—¿Por qué tienen que llevar herraduras los caballos, Sacolín? —le interrogó Penny, cogiendo la mano del «salvaje». Las vacas no llevan, ni las ovejas, ni los gatos ni los perros.

Sacolín se echó a reír.

—Oh, Penny, un caballo no necesita las herraduras para correr sobre la hierba suave y blanda, sino para andar por los caminos duros y rocosos, donde sus cascos se romperían, si no las llevasen. Su casco está hecho de lo misma materia que nuestras uñas, o sea tejido córneo... como una especie de estuche para sus pies.

Penny y los otros se dedicaron a contemplar al herrero. Éste se puso un viejo delantal de cuero. Luego levantó la pata trasera de *Hechicera* y la estudió. Cogió unas pinzas y sacó la herradura vieja y luego, con su cuchillo cortó parte del casco recién crecido.

—¿Qué es esta parte elevada que hay en medio del casco de *Hechicera*? —quiso saber Sheila.

—Es lo que se llama la rana —le explicó Sacolín—. Los niños rieron a carcajadas.

—¡Qué nombre tan gracioso! —exclamó Penny—. ¿Es que croa?

—¡Vaya broma! —añadió Rory—. Supongo, Sacolín, que la rana es el lugar por donde se apoyaría el caballo al andar si no llevase herraduras.

—Exactamente —le confirmó Sacolín—. Ahora fijaos en lo que le hace el herrero a *Hechicera*. Es muy hábil.

Todos los niños contemplaron mientras el herrero cogía una barra de hierro recta. Luego la calentó hasta que se puso blanca. Acto seguido, le resultó muy fácil doblarla hasta darle la forma de herradura. El herrero le propinó a continuación fuertes martillazos. Volvió a ponerla en el fuego de la fragua y de nuevo la calentó.

—Ahora le está haciendo los agujeros para los clavos —exclamó Benjy—. ¡Mirad cómo atraviesa el hierro!

Mientras la herradura estaba caliente todavía, el herrero la aplicó al casco de *Hechicera*.

—Necesita ver si se adapta bien al casco —explicó Sacolín—. No, todavía no. Ahora fijaos cómo separa las partes que ha chamuscado la herradura.

Cuando el herrero volvió a probar la herradura, ésta se ajustó ya al casco de la yegua. Entonces, el hombre colocó la herradura en agua fría y de nuevo la puso bajo el casco. *Hechicera*, pacientemente, tenía levantada la pata. Sabía exactamente qué le estaban haciendo y se mantenía completamente quieta.

—¡Oh, le está clavando la herradura al pie! —gritó Penny, indignada—. ¿No le hará daño, Sacolín?

—Claro que no. ¿Te duele cuando te cortas las uñas, Penny, o cuando te las limas? ¡A *Hechicera* no le duele en absoluto! ¿Ves cómo los clavos están doblados por las puntas? Esto es porque cuando los han clavado se han girado hacia fuera... de lo contrario habría podido penetrar en la piel de *Hechicera* y herirla. Y entonces, habría cojeado.

El herrero clavó rápidamente los clavos en la herradura. Luego frotó los bordes de la misma con un raspador... ¡y la primera herradura ya estuvo lista! *Hechicera* bajó la pata y pateó un poquito.

—Lo hace para ver si le sienta bien —afirmó Penny—. Yo hago lo mismo cuando me compran zapatos nuevos.

El herrero cogió la otra pata trasera de *Hechicera* y le colocó la nueva herradura.

—Observad cómo las herraduras posteriores son más puntiagudas que las delanteras —observó el herrador con su profunda voz—. De este modo, cuando recojáis una herradura en un camino, podréis saber si pertenece a una pata delantera o trasera.

A Penny no le gustó el olor a casco chamuscado. Y salió fuera de la herrería con *Mendruguito*. Los demás se quedaron con Sacolín para observar el final de la operación. A Benjy le gustó el oficio de herrero. Pensaba que era una existencia muy entretenida tener una herrería, con una fragua enorme, y muchos caballos entrando y saliendo cada día, para ser herrados.

—Tendrá usted mucho trabajo, ¿verdad? —le preguntó al herrero.

—Ni la cuarta parte que mi padre, y ni la décima que mi abuelo —fue la respuesta—. Ah, en los viejos tiempos, antes de la operación de los automóviles y antes de que los granjeros adquiriesen maquinaria nueva para sus campos, había más caballos de los que uno podía herrar. Y el negocio florecía. Pero en la actualidad se han acabado los coches de caballos, y en las granjas todo son máquinas. ¡No, ya no es negocio el mío!

—Entiendo —observó Benjy—. Un día tendré una granja de propiedad, y sólo trabajaré con caballos, y tendré mi propia herrería. ¡Esto sí que será estupendo!

—Bien, ya he terminado —concluyó el herrero, dándole a *Hechicera* una palmada en su reluciente lomo—. ¡Andando, amiguita! ¡Ya puedes volver a tu trabajo!

Penny montó de nuevo en la yegua, y los cinco regresaron lentamente a la granja, Sacolín iba a quedarse a tomar el té. Esto era estupendo. Después, irían todos a dar un paseo... y el «salvaje» una vez más les contaría todo lo que sabía referente a los pájaros que fuesen viendo.

—¿Cuándo volverás? —quiso saber Benjy, cuando Sacolín se despidió de ellos al final de la tarde.

—¡Cuando bañen a las ovejas! —respondió el viejo—. Os ayudaré. A las ovejas no les gusta bañarse... y yo las tranquilizaré. Espérame el día que bañen las ovejas, Benjy. ¡Creo que ya no tardará mucho!

CAPÍTULO XVII

UN MAL DÍA PARA LAS OVEJAS

Sacolín tenía razón. Davey había deseado bañar a las ovejas un par de semanas antes, porque las moscas se las estaban comiendo, y ponían huevecillos en la lana. Pero diversos motivos lo habían retrasado, hasta que Davey vio que un par de ovejas se hallaban en mal estado.

—Si no las bañamos lo antes posible, luego lo lamentaremos —le advirtió al padre de los niños.

Éstos fueron a mirar el pilón para el baño.

—Parece una clase de baño muy divertido, tan hundido en el suelo —observó Penny—. No es muy hondo... Las ovejas tienen que pasarlo nadando, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —repuso Rory—. Tiene unos cinco o seis metros de longitud. Huy, cuando vuelvan a salir por el otro lado tendrán la lana bien empapada. Claro que esto es lo que se persigue.

—¿Qué ponen en el baño? —quiso saber Sheila.

—Un desinfectante muy fuerte —le explicó Rory, orgulloso de estar enterado—. Mañana bañarán a las ovejas. Y nosotros lo veremos todo. ¡Oh, qué poco les gustará a las pobrecitas ovejas!

Rory tenía razón. A las ovejas todavía les gustaba menos el baño que el esquilado. Jim y Billy prepararon el baño.

Llenaron el pilón de agua, y luego vertieron dentro una lata de polvos.

—¡Uf, cómo apesta! —se quejó Penny, huyendo. No le gustaban los malos olores. Los mozos agitaron el agua con unos palos hasta que se puso turbia.

Bribón, Granuja y Canallita hicieron descender a las ovejas de la colina aquella mañana. El rebaño estaba en un redil cercano. Todas balaban, ya que intuían que algo malo iba a ocurrirles.

—¡Ahí viene Sacolín! —anunció Rory, complacido—. Ya nos prometió que vendría. Hola, Sacolín, llegas a tiempo.

Davey también se alegró de ver a Sacolín. El «salvaje» era muy hábil con los animales, y sería una buena ayuda para el baño, ya que las ovejas siempre se ponían furiosas y hoscas cuando tenían que caer al pilón.

—Hola, muchachos —les saludó Sacolín—. Me alegro de que hoy bañen a vuestras ovejas. Creo que así aún conseguiréis salvar a las dos que están enfermas, Davey.

—¿Cómo enfermaron? —preguntó Sheila.

—Cuando hace tanto calor, los huevecillos de las moscas se incuban en unas cuantas horas en la lana de las ovejas —le explicó el «salvaje». Y las larvas se comen la piel de los pobres animales, causándoles mucho daño. Pero en vuestro rebaño hay muy pocas que estén así.

—¡Mirad! —exclamó Rory de repente—. ¡Están conduciendo a la primera oveja por el canal que va al pilón!

Unos juncos formaban un estrecho paso desde el redil hasta el pilón. Y las ovejas tenían que recorrerlo antes de saltar al agua desinfectada. Pero la primera oveja se mostraba reacia a pasar por entre los juncos. Un mozo la cogió... ¡y al agua la arrojó! La oveja baló lastimosamente al verse en el agua y empezó a agitar las patas furiosamente.

—¡Está nadando! —gritó Penny—. Nunca había visto nadar a una oveja. Fijaos... qué de prisa va...

La oveja nadó por todo el pilón. Al jadeante animal debió parecerle un trecho muy largo. Le asustaba el agua, y también los hombres que le estaban dando voces. ¡Si al menos pudiese salir de allí y echar a correr!

—¿Por qué hacen que la pobrecita oveja tenga que nadar tanto? —se sulfuró Penny—. ¡Es una vergüenza! ¿Por qué no le preparan un baño más corto?

—Mira, Penny, el desinfectante debe penetrar en todos los poros de la piel de la oveja y en cada uno de los pelos de su lana —explicó Sacolín—. Si el baño fuera más corto, la oveja no tendría tiempo de empaparse y los huevecillos y las larvas seguirían viviendo, con lo cual no se remediaría el daño. De esta forma, haciendo que la oveja tome un baño más largo, nos aseguramos de que quede completamente curada.

La oveja, al final, llegó al otro extremo del pilón. Ascendió por una rampa y se quedó inmóvil en un pequeño cercado, temblando de cuando en cuando.

—A ese lugar se le llama el «secadero» o «goteador» —siguió explicando Sacolín—. La oveja se queda en él, mientras el desinfectante, mezclado con el agua, va goteando lentamente. ¿Ves cómo va cayendo a gotitas, Penny? Fijaos, cómo el agua vuelve al pilón, a fin de que no se desperdicie ni una gota.

Los niños vieron que, en efecto, el agua resbalaba de nuevo por la rampa hacia el pilón. Sentían el susto y el frío que estaba pasando la oveja, y esperaban que pronto le sería permitido volver al pasto.

—¿Podrá volver pronto a su colina? —preguntó Penny—. Me gustaría que así fuese.

—No, hasta que esté bien seca —repuso Sacolín—. Si las gotas de desinfectante, cayesen sobre la hierba, la mancharían, Penny, y entonces, si la oveja se la comiese, se pondría enferma. Por tanto, las ovejas tienen que esperar un poco antes de que Davey haga que los perros vuelvan a conducir las a la colina.

—¡Está a punto de caer otra oveja en el pilón! —anunció Rory.

Efectivamente, una segunda oveja se hallaba ya en la rampa descendente, y luego una tercera y una cuarta, y pronto el ambiente estuvo lleno de asustados balidos, mientras las ovejas luchaban dentro del agua, nadando jadeantes hacia el otro extremo del pilón.

Los balidos y gemidos lastimeros de las ovejas que se bañaban asustadas a las que estaban esperando su turno, las cuales daban vueltas por el redil, como enloquecidas.

Davey miró a Sacolín.

—¿No podrías decirles unas palabritas? —le preguntó, sonriendo.

Sacolín se dirigió al redil. Entonces comenzó a hablarles a las ovejas con aquella voz baja que reservaba para los animales, y las ovejas se aquietaron y le escucharon atentamente. Era curioso ver a Sacolín con los animales o los pájaros. «Le escuchaban». Y se estaban muy quietos. Su voz siempre sosegaba a los animales al instante, aunque sufriesen un gran dolor. Era un maravilloso don que poseía.

Benjy le contemplaba atentamente. Las ovejas se apiñaron alrededor de Sacolín, más consoladas. Ya no estaban tan asustadas por los balidos de las compañeras que se hallaban dentro del pilón.

—Cómo me gustaría saber amaestrar a los animales —suspiró Benjy—. Dios mío, en tal caso podría amaestrar a fieras como tigres, leones y elefantes. ¡Qué divertido sería!

Una a una, todas las ovejas fueron pasando por entre los juncos y cayendo al pilón. Pero ahora ya no estaban revolucionadas. Los mozos se mostraban muy contentos, porque de este modo la tarea resultaba mucho más fácil y rápida, gracias a la docilidad de las ovejas. El baño de las mismas siempre era una labor bastante ardua.

Cada oveja tuvo que quedarse cierto tiempo en el «secadero». Cuando la mitad del rebaño se hubo bañado, el agua estuvo ya completamente sucia y los mozos vaciaron el pilón, poniendo agua fresca.

—Esto es saludable —afirmó Sacolín—. De esta forma, el resto de las ovejas podrán también desinfectarse completamente. Es un error utilizar el agua hasta el final, sin cambiarla.

Tan pronto como las ovejas dejaban el sendero, se dirigían a un gran redil, donde se quedaban hasta hallarse completamente secas sin temor a manchar la hierba de los pastos con el desinfectante.

Bribón, *Granuja* y *Canallita* estaban tendidos en el suelo, esperando pacientemente hasta que las ovejas estuvieron a punto. Luego las llevarían de nuevo a la colina, a una señal de Davey. ¡Pero los tres perros se mantenían bastante lejos del pilón! No tenían ningún deseo de tomar un baño.

De repente, Penny echó de menos a *Mendruguito*. ¿Dónde estaba? ¿Lo habían amedrentado los balidos de las ovejas y se había ido de allí? La niña comenzó a llamarlo.

—¡*Mendruguito!* ¡*Mendruguito!* ¿Dónde estás? ¡Ven aquí con tu amita, *Mendruguito!*

Le contestó un balido plañidero... y Penny, horrorizada, vio a *Mendruguito* nadando por el pilón, junto con otras ovejas. Había entrado en el redil y le había llegado su turno del baño.

—¡Oh, detente, *Mendruguito*, detente! —gritó Penny, angustiada—. ¡Oh, se ahogará! ¡Sálvale, Davey!

Pero era demasiado tarde para impedir que el borreguito tomara el baño. Por tanto, siguió con las demás ovejas, balando y gimiendo apenadamente. Después subió por el otro extremo, y todos se echaron a reír.

Penny corrió hacia él.

—¡No, Penita, no! —le prohibió Davey, de repente—. No lo toques mientras esté mojado. Déjalo en el secadero con las ovejas. ¡Tu borreguito siempre tiene que buscarse un lío!

Y el pobre *Mendruguito* se quedó en el secadero con las otras ovejas, y después pasó también al redil para terminar de secarse. Penny estaba mortalmente inquieta, pero los demás reían a carcajadas.

—Es una vergüenza que os riáis de *Mendruguito* —se indignó Penny, casi llorando—. ¿Qué harías si tu ardilla cayese dentro de este horrible pilón, Benjy?

—Oh, no sería tan tonta —replicó Benjy, acariciando a *Pillina* que, como de costumbre, se hallaba sentada en su hombro—. Tienes que enseñarle a *Mendruguito* a tener un poco de sentido común, Penny..., ¡aunque a veces a ti te hace más falta que a él!

Penny afirmó que *Mendruguito* se estaba derritiendo, después de haberse secado. La niña se hollaba presa de dos grandes emociones, ya que amaba mucho a su corderito y deseaba consolarle después de su terrible baño..., pero no podía soportar que sus manos oliesen a desinfectante. Por esto, se puso los guantes, acto que provocó de nuevo la risa de todos los circunstantes.

—No te apures, Penita —exclamó Davey—. Tu borreguito no ha sufrido ningún daño. Probablemente, le habrá sentado muy bien. ¡Fíjate qué aspecto más hermoso tienen mis ovejas después de secarse!

Era verdad. Se las veía mucho más hermosas y saludables, y Davey se hallaba muy complacido de su aspecto.

—Todos los huevecitos y las larvas han desaparecido ya —continuó—. Y si ahora conserva a mis ovejas en buen estado y saludables, las moscas ya no se posarán en ellas, y no tendré que volver a bañarlas. Un año tuve que bañarlas tantas veces, que acababan por acostumbrarse al agua.

—¿Ha habido algún año que no hayas tenido que bañarlas? —quiso saber Penny.

—Bueno, hay una ley que ordena que las ovejas se bañen al menos una vez al año —repuso Davey—. Y es una buena ley. Impide que la enfermedad se propague por los rebaños. Un granjero poco escrupuloso puede hacer mucho daño a los demás. Hay que tener tanto cuidado con los animales como con nosotros mismos.

—Nunca me imaginé que en una granja hubiese tanto trabajo —reconoció Rory, con toda severidad—. Como quiero ser granjero cuando sea mayor, me gusta aprender todas estas cosas. Ser granjero es estupendo, ¿verdad, Davey?

—¡Es un trabajo de hombres! —le aseguró el pastor—. Sí, jovencito, un trabajo de hombres.

CAPÍTULO XVIII

¡TODO EL MUNDO TIENE TRABAJO!

Las semanas fueron transcurriendo alegremente. Los niños se iban a la escuela los días laborables, y disfrutaban inmensamente los sábados y domingos. Siempre había algo que hacer en la granja. El tiempo era bueno y soleado, y los niños se pusieron tan morenos como bellotas.

La lechería funcionaba bien. La madre estaba encantada, porque vendía muy bien la nata y la mantequilla. Todo el mundo alababa esta última, asegurando que era deliciosa. Harriet era muy hábil para confeccionarla en piezas de libra y media libra, y Sheila había aprendido a envolverlas cuidadosamente.

Aquel verano, Sheila se sintió muy feliz, ya que pudo trabajar en la lechería junto con su madre y Harriet. Era muy divertido separar la nata de la leche, y fabricar mantequilla con la nata. También era agradable presionar la mantequilla para quitarle la humedad, cortarla en piezas y envolverlas. Sheila se sentía muy orgullosa cuando veía las pilas de mantequilla en los estantes de la lechería, envueltas en el papel de la Granja del Sauce.

Ella y Fanny, asimismo, continuaban cuidando a las gallinas. Habían colocado más huevos bajo otras dos gallinas cluecas, obteniendo nuevamente veinticuatro nuevos polluelos, para su orgullo y delicia. Ahora, el patio de la granja estaba lleno de gallinas, polluelos y patitos... que también nadaban alegremente en la balsa, desde el amanecer hasta el crepúsculo.

Las dos niñas vendían muchos huevos, ganando gran cantidad de dinero. Seguían anotando todos los huevos y las ventas en la vieja libreta, y Sheila se crecía de gusto cuando les mostraba los resultados a sus padres.

Los lechones también engordaban rápidamente. Todo el día daban vueltas por el huerto, y la marrana se mostraba sumamente contenta, por lo que los niños la amaban también, a pesar de su fealdad.

Rory y Benjy habían aprendido a cuidar de los caballos. Su padre decidió que resultaría una buena ayuda durante el atareado verano, si los chicos cuidaban de los caballos por las mañanas en lugar de Jim. De este modo, éste podría ocuparse en otras labores.

Naturalmente, Rory y Benjy se mostraron encantados con aquella decisión, ya que ambos adoraban a sus caballos. *Huracán*, *Veloz* y *Hechicera* eran sus favoritos.

Fue Jim quien les enseñó a cuidarlos.

—Primero, situaros cerca del caballo. El mejor lado, claro está, es el izquierdo. Luego, coged el cepillo con la mano izquierda y el peine con la derecha. Así mismo, Rory.

—¡Vaya peine! —exclamó Penny, que lo estaba contemplando todo con gran interés—. A mí no me gustaría peinarme con esto.

—Tiene las púas de hierro —se explicó Rory—. ¿Qué más, Jim?

—Empieza por la cabeza. Peina y cepilla, por turnos. Luego el cuello..., el lomo..., las piernas delanteras. Así..., muy bien. Frota vigorosamente. A los caballos les gusta.

Rory peinó y cepilló con fuerza. Esto le acaloró, pero no le importaba. Era estupendo trabajar de este modo con los caballos. Era un verdadero trabajo de hombres.

—Golpea fuerte el peine contra el establo para quitarle la porquería y el pelo —le aconsejó Jim.

Rory obedeció, limpiando así el peine. Los otros le estaban contemplando embelesados. Benjy y esperaba su turno para el día siguiente.

—Cuando hayas terminado con este lado del caballo, sigue con el otro —añadió Jim—. Bien, ahora te dejo solo. Cuando hayas terminado con *Hechicera*, dale de comer. Luego, volveré y te enseñaré a embridarla.

Transcurrió más de una semana antes de que Rory y Benjy supiesen cuidar debidamente a los caballos. Pero después lo hicieron tan bien como los mozos, y su padre se mostró muy satisfecho de ellos. Benjy era mucho mejor que Rory porque sabía cuidar bien a todos los animales, y éstos le querían por esto.

Penny siempre se mostraba interesada cuando veía que les ponían el bocado a los caballos.

—¿Por qué les entra tan bien?

Jim le abrió la boca a *Hechicera* y le enseñó a la niña los poderosos dientes de la yegua.

—Mira, aquí hay un espacio libre, exactamente entre los dientes delanteros y los posteriores de *Hechicera*..., ¿lo ves? Pues aquí es donde se inserta el bocado.

—Oh —exclamó Penny, entristecida—, ¿entonces, hay que sacarle los dientes hacia fuera para ponerle el bocado, Jim?

El mozo se echó a reír a carcajadas. Penny siempre decía cosas muy graciosas.

—No, no, nada de eso —replicó Jim—. Un caballo siempre tiene este espacio libre, donde nunca le crecen los dientes de modo que el caballo no tiene que sufrir si se le pone el bocado.

—Oh —exclamó Penny—, cuando me alegro de que no haya que sacarle los dientes hacia fuera. ¿No es estupendo que los caballos tengan los dientes de esta manera?

Una de las cosas que más feliz hicieron a Penny aquel verano fue la llegada de los tres terneros. Habían nacido en la granja. Las vacas madres se llamaban *Campanela*, *Estirada* y *Fontana*, y eran de pelaje colorado y blanco, con unos ojos pardos muy dulces.

Los terneros eran como sus madres, siendo realmente adorables. Penny iba a verlos veinte veces diarias, al menos. Los animalitos le lamían la mano, y a ella le gustaba mucho. Eran unas bestezuelas con las que podía jugar, no tan graves como

las vacas, siempre dignas y serias.

—Papá, quiero cuidarme de los terneros —le rogó Penny, con toda seriedad, cuando supo que habían nacido los terneros—. De veras. Sheila y Fanny se cuidan de las gallinas, y no permiten que las ayude en absoluto. Rory y Benjy tienen los caballos a su cargo. Yo solamente tengo a *Mendruguito*, y ahora que ya come hierba ni siquiera tengo que alimentarlo con el biberón.

—Pero, querida Penny, eres demasiado pequeña para ayudarnos con eficacia en nada —le replicó su padre, que todavía pensaba que era sólo una cría—. Sólo tienes ocho años.

—Bueno, no es culpa mía —lloriqueó Penny—. Ya cumpliré los nueve lo antes que pueda, pero todavía me falta un año. Yo estoy segura de que podría cuidarme de los terneros, papá. Sacolín dijo que podía. Y añadió que son muy fáciles de dominar, si se les enseña desde el principio...

Al final, Penny obtuvo el permiso, aunque Harriet la ayudaría al principio. La niña no cabía en sí de gozo.

—Ah, *Mendruguito*, ahora sí que me han encargado de una verdadera tarea, como a los demás —le dijo al borreguito que, como de costumbre, la seguía por todas partes—. Ya sé que tendrás celos, *Mendruguito*, cuando me veas darles el biberón a los pequeños terneros, como te lo daba a ti.

Harriet ponía la leche en unos cubos para los tres terneros, los cuales se pasaban todo el día en los campos, si bien al anochecer eran conducidos a los cobertizos. Penny iba con Harriet para darles la leche.

—Fíjate bien cómo lo hago —le decía la buena cocinera, dejando los cubos delante de los terneros. Todavía no saben cómo beber la leche..., ¡hace tan poco que han nacido! Bien, yo se lo enseñaré. Estos terneros saben mamar, pero tienen que aprender a sorber. Y nosotras tenemos que enseñarles.

—¿Cómo? —se admiró Penny—. *Mendruguito* chupaba en la botella..., pero los terneros no pueden hacerlo porque son demasiado grandes.

—Fíjate en mí —repitió Harriet.

Acto seguido, metió los dedos en un cubo de leche hasta que dejaron gotear el blanco líquido. Luego sostuvo la mano junto al ternero más próximo. Éste no se dio cuenta. Harriet le colocó sus lechosos dedos contra la boca. El ternero olió la leche y entreabrió los gruesos labios. Al cabo de medio segundo, estaba lamiendo lo mano de Harriet.

—Oh, pero, Harriet, de esta forma tardaremos años y años en alimentar a los terneros —exclamó Penny, contemplando con desmayo los cubos de la leche.

Harriet se echó a reír.

—Fíjate, Penny, fíjate.

Harriet retiró lentamente la mano hacia el cubo de leche. El ternero, deseando lamérsela, la siguió con el morrito. Harriet volvió a hundir rápidamente la mano en el cubo y tornó a ofrecérsela al ternero. Luego, mientras éste lamía frenéticamente,

retiró la mano una vez más, metiéndola dentro de la leche. El ternero la siguió golosamente... ¡y metió el morro en el cubo!

Lamió afanoso los dedos de Harriet, pero como tenía la boca dentro del cubo, también comenzó a tragarse la leche al mismo tiempo.

—Oh, eres muy lista, Harriet —exclamó Penny—. Quita ahora la mano, a ver si el ternero se bebe solo la leche.

Pero no fue así. Quería seguir lamiendo los dedos de Harriet, a pesar de estar bebiendo también leche. Por tanto, Harriet tuvo que mantener la mano dentro del cubo, y el ternero fue lamiendo y bebiendo glotonamente.

—Por favor, déjame hacerlo a mí con el segundo ternero —le suplicó Penny—. Sé que sabré hacerlo.

Harriet se lo prometió, y ante el deleite de la niña, el segundo ternero le lamió la manita y la siguió ávidamente hacia la leche, como había hecho su compañero.

—Bravo —aplaudió Harriet—. ¡Éste es el primer paso, Penny! ¡Los terneros ya no tardarán mucho en acudir corriendo cuando oigan la llegada de los cubos!

Harriet tenía razón. Los terneros pronto aprendieron a beberse la leche, y cuando Penny dejaba los cubos uno a uno, tenía que procurar que los hambrientos terneros no chocaran entre sí.

Tenía que alimentarlos tres veces al día: antes del desayuno, a mediodía, y antes de acostarse. Pero era una labor muy grata y a la niña le encantaba. La hacía sentirse importante y mayor poder hacer una labor por sí sola.

Durante nueve semanas, Penny alimentó a los terneros tres veces al día. Les daba la leche separada, sin nata, y Harriet le enseñó a verter unas gotitas de aceite de hígado de bacalao en los cubos, para sustituir la falta de nata. La niña siempre medía cuidadosamente la cantidad de aceite de hígado, y jamás se olvidaba de hacerlo.

Los lechoncitos también tenían su leche que les encantaba. Pero Penny estaba contenta porque sus terneros se bebían mejor leche que los cerditos. Cuando tuvieron ya dos meses sólo tuvo que alimentarles por la mañana y por la noche. Y ya no tardarían en dedicarse a los alimentos sólidos: nabos, remolachas, zanahorias... Penny hacía toda clase de preguntas y estaba segura de que también podría cuidarse de los terneros cuando fuesen mayores.

Los animales crecían muy bien. Amaban a Penny, y tan pronto como la niña aparecía en la valla del campo con *Mendruguito*, los terneros corrían hacia ella, agitando sus largas colas de contento. Tanto si la niña les llevaba comida como si no, se alegraban siempre de verla.

Por la noche, Penny iba a buscarlos al campo y los llevaba a un cobertizo bien ventilado. Cuidaba que no les faltase paja abundante, y se preocupaba tanto y tan bien por sus terneros, que sus hermanos estaban asombrados.

CAPÍTULO XIX

UNA VISITA A SACOLÍN... Y UNA TORMENTA

En junio, la vista de los campos de heno en la Granja del Sauce era una hermosura. La hierba se balanceaba suavemente, y por todas partes se asomaban tímidamente las flores. A los niños les deleitaba pasear por el lado de los setos que limitaban los prados. Naturalmente, no les permitían andar por entre la hierba, por temor a que estropearan el heno... y tenían que mantener apartado también a *Mendruguito*.

—La cosecha de heno de este año será excelente —afirmó el padre de los niños, complacido—. Esto significa que tendremos abundante forraje para el ganado durante el invierno, pudiendo alimentarlos bien. Bueno, cuando llegue el momento de la recolección, tendréis que hacer fiesta, niños, porque todos tendréis que ayudar.

—¡Hurra! —gritaron los cuatro hermanos, encantados ante la idea de aquellas vacaciones inesperadas.

—Trabajaremos duramente —aseguró Rory—. Quiero sentir cansancio en los músculos de los brazos, ¿verdad, papo? De esta forma se endurecen.

Su padre tocó los bíceps de su hijo y exclamó:

—¡Sí están ya muy fuertes! —luego miró a Rory atentamente—. ¿Quién diría que eres el mismo muchachito pálido, flacucho y enclenque del año pasado, Rory? Bien, has trabajado mucho, pero ha valido la pena ante tu nuevo aspecto. Bien, respecto al heno, empezaremos el lunes, porque el tiempo es ahora magnífico.

—¿Sólo puede segarse cuando hace buen tiempo, papáito? —intervino Penny.

—Ya conoces el dicho: «Siega el heno cuando el sol brilla» —repuso su padre—. Sí, tenemos que cortarlo y acarrearlo mientras haga tiempo seco y cálido. La humedad no te sienta bien, ya que entonces el heno necesita otros preparativos.

—Hay que cortarlo, engavillarlo, acarrearlo y amontonarlo, ¿verdad? —quiso saber Rory, recordando lo que había sucedido en la Granja del Cerezo el año anterior—. Papá, ¿qué sucede si el heno se apila antes de que se seque completamente?

—Que se pone muy caliente —repuso su padre—, tanto que se ennegrece por el calor, y hasta puede incendiarse. Recuerda que un verano ayudé a vuestro tío Tim con su heno, y el tiempo era tan húmedo que fue imposible secarlo por completo.

—¿Y qué hicisteis? —se interesó Rory.

—Tuvimos que colocar capas muy gruesas de paja en el montón de heno, a medida que lo construíamos. Esto impidió que el heno se calentase más porque la paja absorbe la humedad. Sí, la paja es un espléndido forraje para el invierno, recordadlo.

—Me gusta enterarme de tantas cosas —exclamó Rory—. Las recordaré todas cuando tenga una granja de propiedad.

Los niños fueron a ver a Sacolín aquel domingo, para comunicarle que la siega

del heno daría comienzo al día siguiente. Pero Sacolín no estaba en la cueva, por lo que supusieron que se encontraría ya en su hogar del árbol junto al río. Y allí fueron a buscarle.

El hogar del árbol de Sacolín era un sitio estupendo. Estaba hecho de sauces que, aunque cortado de los árboles, tenían las hojas verdes, por lo que parecía como si Sacolín viviera en un invernadero. A los niños les gustaba mucho aquella casita. El «salvaje» tenía dentro de la choza un camastro hecho de helechos y brezos. Pero cuando los niños llegaron allí no vieron a Sacolín por ninguna parte.

—¿Dónde estará? —preguntó Benjy, mirando a su alrededor—. ¡Oh, allí está la liebre! ¡Se ha trasladado a esta choza con Sacolín!

La liebre estaba acurrucada en un rincón, medio asustada de los niños. Pero cuando Benjy fue hacia ella, no huyó. Sabía que era un amigo, y oyó la voz del niño, tan suave y gentil como la de Sacolín. Permitió que la acariciase y después, con unos cuantos saltitos salió de la choza, para internarse en el bosque.

—Cojea un poco —admitió Benjy—, pero ha sido maravilloso que Sacolín pudiera salvarle las patitas. Bien, ¿dónde estará Sacolín?

—Haz que lo busque *Pillina* —le aconsejó Penny.

—Buena idea —aprobó Benjy—. ¿*Pillina*, dónde está Sacolín?

La ardilla estaba dando vueltas por toda la choza, buscando con el olfato a su amigo Sacolín.

—*Pillina* —repitió Benjy—, busca a Sacolín, ¡busca, busca!

Pillina era muy lista. Comprendió lo que quería Benjy, porque también ella quería hallar al «salvaje». Por tanto, se encaramó a un árbol, buscando con la vista a Sacolín.

Los cuatro niños no tardaron mucho en ver a su amigo que iba remontando la vereda desde la orilla del río con *Pillina* encaramada en su hombro.

—Hola, Sacolín —le gritaron—. *Pillina* te ha encontrado.

—Sí, me ha saltado encima y me ha dado un buen susto —rió Sacolín—. Yo estaba tumbado junto a la orilla, contemplando a un martín pescador atrapando a un pez, cuando de repente esta bribona ha aterrizado en mi espalda. He comprendido que vosotros estabais por aquí, y he venido a buscaros.

Los niños acompañaron al «salvaje» a ver el martín pescador. Era maravilloso ver cómo estaba encima de una rama inferior, contemplando al pez que se hallaba en el agua del río.

—¡Ahí va! —gritó Penny, cuando el pájaro verde y azul se zambulló en el agua. Al cabo de un segundo estaba de vuelta, con un pececillo en el pico. Lo golpeó contra la rama y lo mató. Después, echó a volar llevándose su presa.

—¿No se lo come? —preguntó Penny.

—Ya le habría gustado —contestó Sacolín—, pero tiene un nido al extremo de un túnel en un ribazo próximo, y seguramente su esposa estará incubando en un nido de huesos de pescado, calentando sus blancos huevecitos, esperando que su marido le lleve algo de comer. ¡Bueno, hoy tendrá un guisado de pescado!

—Sacolín, hemos venido a comunicarte una cosa —le dijo Benjy, tumbándose de espaldas y estudiando el cielo azul—. ¿Verdad que hace un tiempo espléndido?

—¿Esto es lo que habéis venido a comunicarme? —inquirió Sacolín, asombrado.

—No, claro que no —rió Benjy—. Hemos venido a decirte que vamos a tener unos días de vacaciones..., por lo que esperamos que vengas a vernos.

—¿Vacaciones? ¿Por qué? —se extrañó el viejo—. ¿Tan buenos habéis sido en la escuela que os han premiado? ¡No me lo creo!

Los niños se echaron a reír.

—No —le explicó Rory—, pero mañana vamos a empezar a segar el heno. Será muy distraído...

Sacolín no sonrió, pareciendo bastante preocupado.

—¿Qué pasa, Sacolín?

—Espero que no iréis a segar el heno mañana —replicó el viejo a Penny, que le había formulado la pregunta—. Mañana por la noche habrá una enorme tormenta..., con mucha lluvia. Será mejor que aplacéis la recogida del heno hasta fines de semana, aunque ya sé que ahora se halla ya a punto.

—Sacolín, ¿cómo sabes que se avecina una tormenta? —se maravilló Benjy, incorporándose—. Si hace un día estupendo... y no truena.

—De acuerdo —replicó Sacolín—, pero recuerda que yo vivo constantemente al aire libre y sé cuándo va a cambiar el tiempo. No es posible vivir como yo, estudiando el cielo y las montañas de día y de noche, sintiendo la caricia del viento en mis mejillas, viendo cómo florecen los árboles, sin saber exactamente cuándo va a cambiar el tiempo. Y estoy completamente seguro de que mañana por la noche se desatará una tormenta, y si cortéis el heno mañana, quedará completamente estropeado. El tiempo volverá a aclararse el martes, refrescará el viento, los días volverán a ser calurosas, y el jueves o viernes podréis segar el heno con toda seguridad.

—Tenemos que contárselo a papá —gritó Rory al instante—. Oh, Sacolín, espero que estés en lo cierto. ¡Vaya, mañana ya no tendremos fiesta!

—Esto no importa, si se salva vuestro heno, ¿verdad?

—Claro que no —admitió Rory—. Bien, será mejor que nos volvamos a casa para contarle esto inmediatamente a papá, o empezará a disponer todas las cosas para la siega del heno.

Los niños se despidieron de Sacolín y corrieron hacia la granja.

Una vez allí, fueron en busca de su padre, el cual se hallaba en el campo, examinando el ganado.

—¡Papá! ¡No cortes el heno mañana! ¡Habrá una tormenta y lloverá a cántaros por la noche! —le advirtió Benjy—. Sacolín lo ha afirmado.

—Sacolín, ¿eh? —repitió su padre, pensativo—. Bien, bien..., no sé qué hacer. Ya lo tengo preparado para mañana..., pero Sacolín siempre predice acertadamente el tiempo. Ah, ahí viene Davey, el pastor. Llamadle y veamos si también cree que habrá

tormenta.

Los niños llamaron a Davey, el cual se aproximó con *Granuja* a sus talones. Los otros perros estaban vigilando el ganado.

—Davey, ¿qué opinas de segar el heno mañana? —le preguntó el padre de los niños.

—La hierba está a punto —repuso el viejo pastor—, y el tiempo es bueno. Pero temo que mañana estalle una tormenta.

—¡Lo mismo que ha dicho Sacolín! —Penny estaba estupefacta.

Los ojillos de Davey parpadearon rápidamente.

—¿Sí, Penita? Bien, no me extraña, porque él y yo nos pasamos días enteros vigilando el tiempo. Las nubes dicen muchas cosas, y también la manera cómo los árboles se mueven con el viento; la sensación del aire, la vista de las montañas lejanas. Y yo afirmo que habrá tormenta, y muy fuerte. Por tanto, señor, yo, en su lugar, no segaría el heno mañana, y esperaría un par de días, hasta que la lluvia se haya secado, y pueda ser cortado con toda seguridad. Sería una lástima que se malograra una cosecha tan buena.

—Gracias, Davey —le despidió el padre, tras lo cual el viejo pastor se alejó siempre seguido de su perro. Los cuatro niños contemplaron inquisitivamente a su padre.

—Bueno, no hay recogida de heno —decidió aquél—. Veremos si hay tormenta. Si es así, me alegraré de no haberlo cortado, y en caso contrario, tampoco se producirá ningún daño. ¡Lo cortaremos al día siguiente!

De este modo, el lunes los niños asistieron a la escuela. Pero no dejaron de mirar el cielo. Éste estaba radiante y sereno, sin una sola nube.

—Un tiempo perfecto para cortar el heno —murmuró Rory—. Claro que tal vez haya una gran tormenta esta noche.

Pero cuando aquella noche los niños se acostaron, el firmamento seguía claro y sereno. Sin embargo, su mamá se quejó de dolor de cabeza, y Harriet afirmó que la leche se había agriado.

—Se acerca una tormenta —predijo. ¡Y sí que hubo una tormenta! Los niños se despertaron a las dos de la madrugada, por el estruendo de los horrísonos truenos. Todos se quedaron en cama con los ojos muy abiertos. Luego, se produjo un vivísimo relámpago, que alumbró las habitaciones. Los niños saltaron de sus camas y corrieron a las ventanas. A todos les gustaba contemplar una buena tormenta.

El vendaval soplaba por entre los árboles con un curioso silbido. Y entonces empezó a llover. Al principio cayó el agua a gotas muy grandes, y después arreció de manera salvaje, azotando las flores y los árboles, el trigo y el heno, como queriendo aplastarlo todo.

Los truenos no dejaban de resonar en todo instante, y los relámpagos se sucedían en el cielo ininterrumpidamente, alumbrando la campiña hasta el horizonte. Los niños estaban quietos, contemplando el silencio aquel magnífico espectáculo de la

naturaleza. Fanny penetró en su habitación, temblando.

—Oh, por favor, señorita Sheila, ¿puedo quedarme con ustedes? —preguntó, con voz asustada—. No puedo despertar a tía Harriet, y estoy asustada.

—«¡Asustada!» —exclamaron Penny y Sheila al unísono con asombro—. ¿De qué estás asustada?

—¡De la tormenta!

—¿Por qué? —inquirió Penny—. ¡No te hará ningún daño! En cambio, es magnífica. ¡Fíjate bien!

—Oh, no, gracias —replicó Fanny, acurrucándose junto al armario—. No podría aproximarme a la ventana.

—¿Te ha hecho algún daño una tormenta? —quiso saber Sheila—. ¿Verdad que no? ¿Entonces, por qué te asusta tanto?

—Oh, mi madre siempre se escondía debajo de la cama cuando tronaba —explicó Fanny—. Y esto me asusta terriblemente. Por esto, comprendí que una tormenta era una cosa espantosa.

—¡Qué graciosa eres! —se burló Sheila—. No estás asustada de la tormenta, sino de lo que hacía tu madre... No seas tonta. Ven y mira.

Fanny obedeció... y cuando vio lo maravilloso que estaba el campo cuando quedaba iluminado por la vivida claridad de los relámpagos, se olvidó de sus temores y se admiró lo mismo que los demás.

—Palabra, ha sido excelente no haber segado hoy el heno —afirmó—. De lo contrario, la lluvia la habría empapado por completo, y nosotros habríamos tenido que girarlo una y otra vez para secarlo. Ahora, si mañana cambia el tiempo y hace sol y viento, se secará rápidamente y dentro de un par de días volverá a estar a punto de ser segado.

—Sacolín tenía razón —asintió Rory—. ¡Siempre la tiene! ¡Y me alegra de que hayamos seguido su consejo! ¡Qué bueno e inteligente es Sacolín!

CAPÍTULO XX

APILANDO HENO MIENTRAS LUCE EL SOL

El tiempo volvió a aclararse el martes, y el cielo volvió a brillar, muy azul.

—No hay una sola nube —exclamó Sheila, cuando junto con Fanny iba a dar de comer a las gallinas—. ¡Ni una! Pero fíjate en estos charcos... Anoche debieron caer toneladas y toneladas de agua.

—Naturalmente —asintió Fanny—. Esta mañana la balsa de los patos está a rebosar, y los patitos están jugando en todos los charcos. Sería estupendo tener unos pies con membranas como ellos y poder chapotear por el agua.

Sheila se echó a reír.

—Penny siempre suele decir cosas parecidas, Fanny. Mira, allí está, sacando los terneros al campo. ¡Penny! ¡Penny! ¿Está todo mojado esta mañana, verdad?

—Sí —le contestó Penny, gritando—. Y la hierba me empapa el calzado. Tengo los zapatos completamente mojados. ¡Qué bien no cortásemos ayer el heno! Hoy habría estado todo mojado.

Al terminar el día, el sol y el viento ya habían secado la hierba. Por la noche sopló una fuerte brisa que terminó de secarla, de modo que el padre de los niños opinó que podrían segar el jueves.

—¡Tendremos vacaciones hasta el martes! —gritó Rory, con júbilo, al enterarse de la noticia—. ¡Qué estupendo! Papá dice que mañana por la mañana tendremos que levantarnos todos cuando amanezca para cortar el heno. Esta semana ayudaremos todos, hasta mamá y Harriet.

Hechicero y *Huracán* iban arrastrando la máquina que segaba la hierba. Ésta caía en haces detrás, y el prado no tardó en quedar tan mondo y lirondo como las ovejas después del esquilado. En muy poco tiempo, todo el heno quedó segado, tornándose de un color verde gris, esparciendo un olor muy suave por el ambiente.

—¡Me encanta el olor del heno! —afirmó Sheila, olfateando el aire—. No me extraña que al ganado le guste comérselo en invierno. A mí también me gustaría.

El heno recién segado olía espléndidamente, sobre todo por la noche. Estaba tan seco que el granjero dijo que sólo necesitaba ser girado una vez.

El heno formaba largas hileras. Los niños jugaban por entre las mismas, arrojándose unos a otros grandes puñados de heno, y enterrándose debajo de una hierba que olía tan bien.

—No importa que nos revolquemos por el heno, ¿verdad, papá? —preguntó Penny.

—No —la tranquilizó su padre—. Cuanto más flojo esté el heno, mejor. Vosotros estáis ayudando a secarlo. Mañana habrá que girarlo.

—¿Cómo segaban el heno antes de inventar estas máquinas? —inquirió Rory. Y añadió—: ¿Lo hacían a mano?

—Naturalmente —le explicó su padre—. ¡Y era una labor larga y agotadora! Los grandes prados de heno eran segados por hombres que manejaban las hoces, con sus hojas curvadas y muy afiladas, provistas de un mango muy grande, y tardaban varios días en segarlos. Nuestras modernas máquinas nos prestan un gran servicio. Ojalá tuviera otras mucho más..., pero cuando la granja empiece a producir, compraré todo lo que nos falte, y vosotros aprenderéis a utilizar la moderna maquinaria en la Granja del Sauce.

—Estupendo —asintió Rory, muy entusiasmado.

Al día siguiente, todos trabajaron duramente en los prados de heno, volviendo las haces de heno con las horcas, de modo que hasta los tallos más pequeños, y húmedos, estuvieran expuestos al sol. El heno se hallaba en muy buen estado y el granjero se mostró muy complacido. Luego miró al cielo.

—Este tiempo tan seco y caluroso le va muy bien al heno —afirmó—. Me alegro de haber seguido el consejo de Sacolín, y haber aguantado unos días.

Sacolín también les ayudaba a secar el heno. Él y los niños se divertían mucho, especialmente cuando encontraron a Penny y *Mendruguito* dormidos juntos en un rincón, enterrados cuidadosamente bajo un montón de aromático heno. Penny no recordaba dónde estaba cuando se despertó y se encontró debajo de tanto heno.

—Debemos colocar el heno en montoncitos —ordenó el granjero—, formando largas hileras por todo el prado.

—Oh —exclamó Sheila, desmayada—. ¡Esto significa muchísimo trabajo!

—No para ti —replicó su padre—. Dejaremos que *Huracán* lo haga por nosotros. Él arrastrará el rastrillo que amontonará el heno.

Rory ayudó a Jim a conducir el rastrillo. Tenía unos tres o cuatro metros de ancho, con dos poderosas ruedas y bastantes dientes de acero. *Huracán* quedó uncido a la máquina y pronto comenzó a trabajar. El caballo era guiado por Rory, arriba y abajo del prado.

Penny lo contemplaba todo con curiosidad, y de cuando en cuando correteaba en torno a la máquina.

—Oh, Rory, qué bien... Estos dientes de acero recogen todo el heno...

—Sí —repuso Rory, con orgullo—, fíjate en lo que sucede. El rastrillo está lleno de heno, entonces yo muevo esta manivela, con lo cual la fila de dientes se levanta, y la carga de heno cae, formando una larga hilera en el campo. Es muy práctico, ¿verdad, Penny?

El rastrillo realizaba la labor de seis o siete hombres. Jim y Rory se iban turnando, y pronto los prados de heno mostraron una apariencia magnífica con todo el heno esparcido en grandes montones.

Luego había que construir los pajares... o sea pequeñas pilas de heno en el prado. Los niños ayudaron a la construcción, y cuando aquella noche abandonaron los prados, estaban completamente fatigados pero muy felices, porque los pajares componían un cuadro muy grato a la vista, tan pacíficamente asentados en medio de

los prados, como soñando en el sol, el viento y la lluvia, que les había ayudado a crecer cuando el heno no era más que hierba.

—¿Qué más hay que hacer ahora? —quiso saber la inquieta Penny.

—Hay que edificar los grandes pajares —le contestó Sacolín, cogiendo a la cansada niña y subiéndosela a la espalda—. Ya verás qué bueno es Billy construyendo grandes pajares. Es el mejor constructor en muchos kilómetros a la redonda.

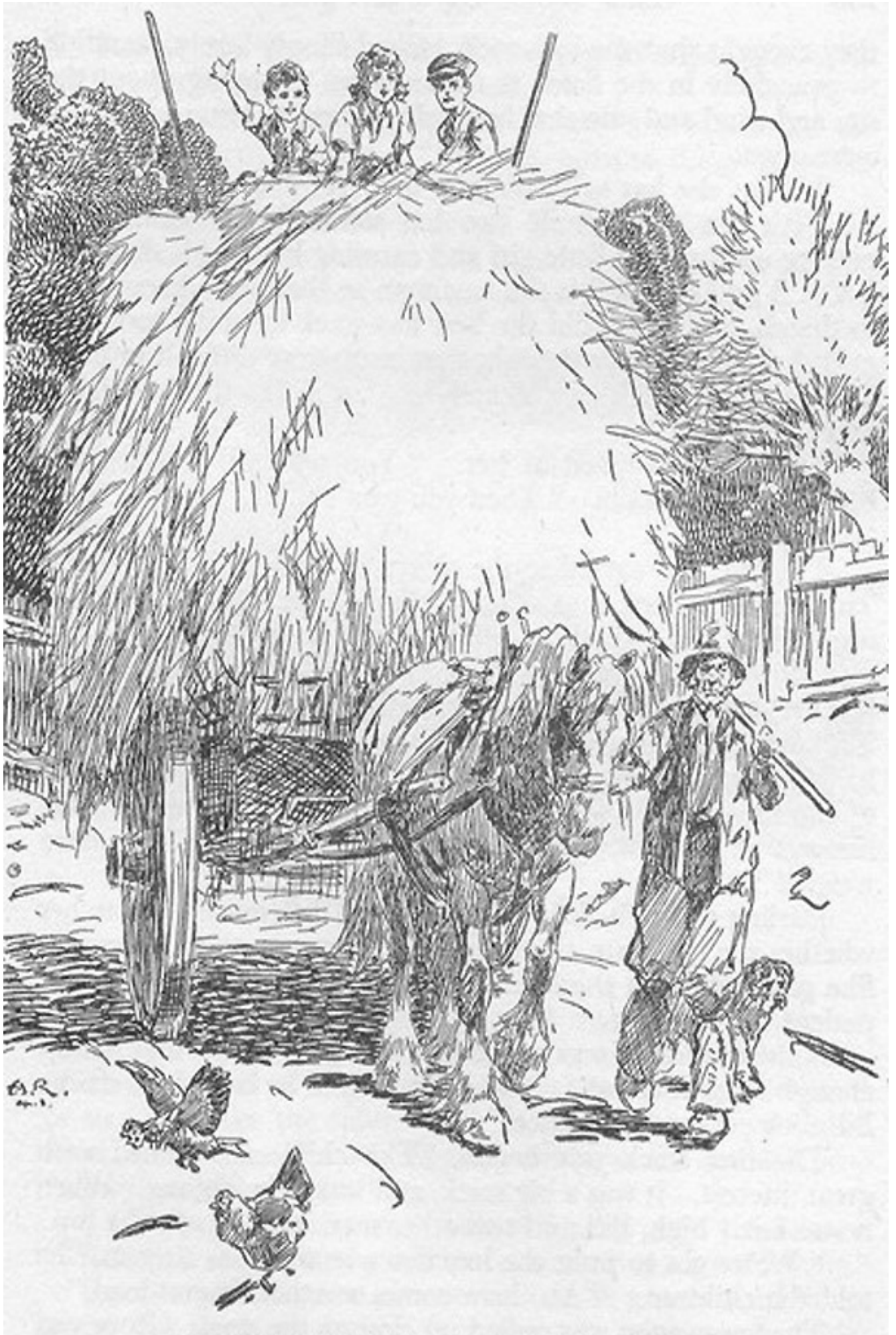
—No habría nunca pensado que edificar un pajar fuese tan difícil —se admiró la pequeña, adormilada ya—. Basta con amontonar el heno cada vez más alto.

Sacolín se echó a reír de buena gana.

—Ya verás cómo se construyen, y entonces no te parecerá tan fácil.

El heno fue acarreado al balaguero en el viejo carro. A los niños esto les encantó. Treparon a lo alto del carro, ya bien cargado, mientras *Hechicera* iba haciendo «clip-clop» por los senderos que olían a madreselva. Los setos rozaban el carro, cuando pasaba por veredas muy estrechas.

—¡Oh, qué divertido resulta estar aquí arriba —exclamó Sheila—, con el heno debajo de nuestros cuerpos, y el cielo azul de verano en lo alto! ¡Espero que a *Hechicera* no le importará nuestro peso!



A *Hechicera* ciertamente no le importaba. Para ella no había ninguna diferencia entre transportar cuatro, seis o doce chiquillos en el carro. Continuaba haciendo resonar los cascos por el camino en dirección al balaguero, fuerte, lenta y paciente.

Parte del heno fue almacenado en un cobertizo, pero el granjero no tenía bastante sitio para todo, por lo que hubo que construir pajares. Billy tomó el mando de ello al momento.

Y comenzó la construcción del primer pajar. Los niños lo contemplaron con gran interés. Eran un pajar muy grande, de forma oblonga. Cuando estuvo ya muy alto, Billy y otros dos mozos se situaron arriba.

—Tenemos que pensar el heno tanto como podemos —les explicaron a los niños—. Ah, aquí llega otra carga en el carro.

El carromato se detuvo al lado del pajar. Rory obtuvo permiso para trepar arriba del carro y utilizar una horca. Tenía que arrojar el heno al sitio donde Billy lo esperaba, encima del pajar.

—Vigila bien la horca —le previno Jim—, ya que al principio puede ser peligrosa, hasta que uno se acostumbra a manejarla.

Rory tuvo mucho cuidado. Se apartó del hombre que le ayudaba, a fin de que la horca no le embistiese, y arrojó el heno diestramente, amontonando el heno con firmeza y seguridad. Y el pajar cada vez subía más arriba.

Benjy tuvo que dar la vuelta al pajar con un rastrillo.

—Así quitarás el heno suelto —le dijo Jim—. De esta forma, los bordes del pajar quedarán limpios. ¿Está aquí dentro vuestro padre? Bravo. Que nos diga si el pajar está un poco inclinado, y lo enderezaremos.

—El año próximo instalaré un ascensor —profirió el granjero—. De este modo nos ahorraremos mucho trabajo.

Rory pensó que un ascensor sería estupendo, ya que mucho antes de que el pajar quedase terminado, estaba completamente agotado. ¡Le dolían los brazos de tanto arrojar heno con la horca!

Billy techó bellamente el pajar para resguardarlo de la lluvia. Había edificado el centro de la parte superior mucho más elevado que los bordes, de forma que la lluvia pudiese resbalar y caer fuera de los haces, tal como resbala por el tejado de un edificio.

—¡Y ahora le daré el toque final! —exclamó Billy.

Los niños entonces vieron cómo retorció un poco de heno y empezaba a colocarlo encima del pajar, en el centro. ¡Era una corona!

—Ya está —se ufano Billy—. De este modo, cualquiera que pase por aquí sabrá que yo he construido este pajar, ya que esta corona en lo alto es mi firma.

—Me parece muy bien —aprobó Penny, admirada—. Oh, es un pajar perfecto, y huele muy bien. ¡Cómo les gustará a los animales comerse este heno, cuando empecemos a sacarlo de este pajar para dárselo a ellos!

La época de segar el heno terminó cuando concluyó la construcción del último

pajar, y el granjero y los mozos se mostraban muy complacidos. En el balaguero se elevaban tres estupendos pajares, que aseguraban el forraje para los animales durante el invierno. Les gustaba pensar que no les faltaría el alimento. A los niños también les entusiasmaban los pajares, y a menudo se acordaban de la balanceante hierba, tan bella al impulso del viento, que ahora se había convertido en los tres pajares de la granja.

—Siento que se haya terminado la época de la siega del heno —se condolió Penny—. Ha sido muy excitante. Estoy segura de que este año ya no habrá nada semejante en la Granja del Sauce.

—Espera a que llegue la época de la cosecha —le advirtió Rory—. ¡La cosecha es el gran acontecimiento del año! ¡Espera hasta entonces, Penny!

CAPÍTULO XXI

LA COSECHA

Aquel año, el verano fue cálido y excelente. Los cuatro niños se pusieron cada vez más tostados y bronceados, y Penny engordó tanto que Rory aseguró que cualquier día la confundirían con uno de los cerditos.

¡Todo crecía, lo mismo que los niños! El trigo y el trébol estaban altos y erguidos, las patatas daban gusto de ver, y las otras cosechas también se mostraban excelentes.

—Bueno, esto puede ser la suerte del principiante —comentó tío Tim, el día que estuvo de visita en la granja—, pero lo cierto es que tu granja está muy floreciente este año. Mucho más que la mía. A mí se me han enfermado cuatro vacas, de manera misteriosa, y el trigo crece misérrimo.

—Bueno, es que todos los niños me han prestado una gran ayuda —reconoció el granjero—. Sheila se cuida magníficamente bien de la volatería y también ayuda en la lechería, y la pequeña Penny saca a los terneros al campo, tan bien como podrían hacerlo Jim y Billy. En cuanto a los muchachos, no sé qué habría hecho sin ellos. Se cuidan de los caballos y trabajan lo mismo que los hombres.

—Bien, necesitarás la máxima ayuda cuando llegue la época de la recolección —le recordó tío Tim—. Tienes una buena cosecha de grano, de esto no hay duda. Sí, este año ganarás bastante dinero, y podrás adquirir toda la maquinaria por la que tanto suspiras. ¡Eres un hombre feliz!

Cuando el verano estuvo en su plenitud, el granjero fue a inspeccionar los trigales con los niños. Estaban magníficos.

—Oh, el maíz también tiene un hermoso color dorado —exclamó Sheila—. Me gusta mucho ver cómo se inclina y forma oleaje cuando sopla el viento.

—Y a mí me gusta su susurro —añadió Penny—. Me hace el efecto de que una espiga de trigo le murmura algo al oído de su compañera, y que ésta escucha atentamente con su orejita.

Todos se echaron a reír.

—Una espiga de trigo no puede oír, tonta —exclamó Rory.

—Bueno, pero las espigas siempre se inclinan unas hacia las otras como si prestasen atención —insistió Penny, enrojeciendo.

—Has tenido una buena idea, Penny —aprobó su padre.

—Primero el trigo fue como una niebla verdosa sobre el prado de color pardo —dijo Sheila, evocadora—. Después creció y se espesó, tornándose más verde. Cuando hubo crecido bastante para poder mecerse suavemente, semejó un océano. Luego, creció más y adquirió este bonito color dorado. ¿Está ya maduro, papá?

—Sí —asintió su padre, arrancando una espiga y restregándola entre sus manos—. Muy maduro. A punto para la recolección.

—¿Y cómo vamos a recolectarlo? —quiso saber Rory—. ¿Con hoces o guadañas?

Siempre he deseado utilizar una hoz... «¡Zis, zas, zis, zas!»». ¡Abajo todo el trigo!

—No hay duda de que era así como lo hacían hace muchos años —le atajó su padre—. Y todavía siguen haciéndolo así en las granjas pequeñas. ¡Pero no en ésta! Voy a pedirle a vuestro tío la segadora mecánica. Es muy vieja pero todavía nos prestará un buen servicio. Y el año próximo, tal vez podremos comprar una más moderna, con un tractor.

—¿Cuándo empezaremos la siega? —se interesó Penny—. Ahora tenemos las vacaciones de verano y podremos ayudarte.

—Empezaremos esta misma semana —decidió su padre—. Telefonaré a tío Tim esta noche, para saber si puede prestarnos la segadora. Él todavía no puede segar porque sus cosechas van un poco retrasadas este año.

La próxima excitación fue la llegada de la segadora mecánica. Llegó traqueteando y atronando por el camino que conducía a la Granja del Sauce, arrastrada por dos caballos. Eran dos animales ya bien conocidos de los niños. Rory los desunció del aparato y el carro que lo transportaba, el cual regresó con ambos caballos a la Granja del Cerezo.

Los niños contemplaron la segadora llenos de curiosidad. Jim les explicó cómo funcionaba.

—¿Veis esta barra tan larga que corre a unos centímetros del suelo? Es la segadora. Fijaos en sus dedos de acero. Y mirad esta otra barra..., es la cuchilla, porque tiene muchos cuchillos insertos en ella. Cuando la segadora se mueve, los cuchillitos pasan por entre los dientes de la segadora, y el trigo o maíz quedan cortados como si fuesen talados por unas enormes tijeras.

—Oh, qué interesante —exclamó Rory—. ¿Y qué le pasa al trigo cortado de esta forma? ¿Cae al suelo?

—No, cae sobre esta pequeña plataforma —le indicó Jim—. Tiene que ser rastrillado por el hombre que va en el pescante. Después, el trigo segado lo va recogiendo la gente que va detrás de la segadora, que se llaman los recolectores, porque recogen el trigo y lo atan en gavillas.

—Tengo ya ganas de ver cómo funciona esta máquina —suspiró Benjy—. ¿Empezará hoy, Jim?

—Inmediatamente. Precisamente, ahora voy a uncir a *Hechicera* y *Huracán* a la segadora. Ve a buscarlos, Rory, mientras yo voy a preguntarle a tu padre qué prado hay que segar primero.

Rory y Benjy fueron en busca de los caballos, que se hallaban en un prado cercano, esperando la hora del trabajo. Los chicos los condujeron hacia la segadora y los uncieron a la máquina.

La siega tenía que comenzar por el campo donde crecía el dorado maíz. Los niños se reunieron a su alrededor, para contemplarlo. Billy empuñó las riendas y guió a los caballos. Jim iba sentado en la segadora con un rastrillo. La máquina comenzó a funcionar, impulsada por los dos poderosos broncos.

¡Cómo caía el maíz! Quedaba cortado tan limpiamente y con tan pasmosa rapidez como si un enorme par de tijeras hubiera pasado por sus tallos. Jim empujaba las espigas fuera de la máquina a medida que iban cayendo en la plataforma, y aquéllas caían al suelo.

Detrás de la segadora iban los mozos de la granja, junto con la madre, Harriet y Fanny. Sí, todos tenían que prestar su concurso en la época de la siega, aunque no era muy sencillo. Pero resultaba muy agradable estar bajo los ardientes rayos del sol, sudando a mares, riendo y charlando.

Los niños miraban qué hacían los «recolectores». Iban reuniendo las espigas en haces apretados, atándolos con paja.

—¡Yo he hecho una gavilla! —dijo de repente Penny.

Todos dirigieron allí la vista. Seguro, la niña había conseguido atar unas cuantas espigas por el tallo, formando una gavilla, más pequeña que las que hacían los otros recolectores, pero bastante presentable.

—Vosotros podéis probar también a hacer gavillas —les urgió la madre—. Es muy sencillo. Cuantas más hagáis, mejor para el maíz. Una vez engavillado, puede formarse en pabellones.

Entonces, todos los niños se pusieron a la tarea, convirtiéndose también en recolectores. Pronto aprendieron la lección, y fueron reuniendo las espigas en gavillas, aunque Penny lo hacía más lentamente que los demás. No tardaron en tener bastantes gavillas como para formar un pabellón.

—¡Dieciséis gavillas para cada pabellón! —les indicó Jim, pasando con la segadora—. Poned las gavillas por parejas, apoyadas unas contra otras... Así mismo, Rory. ¡Ya veréis los pabellones que podréis hacer, chicos!

Penny se cansó de hacer gavillas, por lo que le permitieron que fuese formando los pabellones. A la niña le gustaba esto.

—¿Verdad que quedan bien los pabellones? ¡Es lo mismo que hacer castillos en la arena!

La siega y la recolección y el atado de gavillas continuó todo el día. El granjero quedó muy contento con la labor efectuada.

—El año próximo, cuando tengamos una gavilladora, no tendréis que trabajar tanto.

—¿Por qué? —inquirió Sheila—. ¿Es que la gavilladora hace mucho más trabajo que la segadora?

—Oh, sí —le explicó su padre—. No sólo corta limpiamente el trigo, sino que lo reúne en gavillas, atándolas fuertemente con una cuerda, y luego va arrojando los haces al suelo. Parece cosa de magia. Recorre todo el prado, dejando detrás las gavillas. Por lo que el año próximo sólo tendréis que amontonar las gavillas formando pabellones, ya listos para ser transportados a la granja.

Cuando todos los maizales y trigales estuvieron segados, con todos los pabellones en fila al sol de la tarde, todo el mundo se mostró satisfecho.

Sacolín acudió a verlo también y asintió al contemplar aquella excelente cosecha.

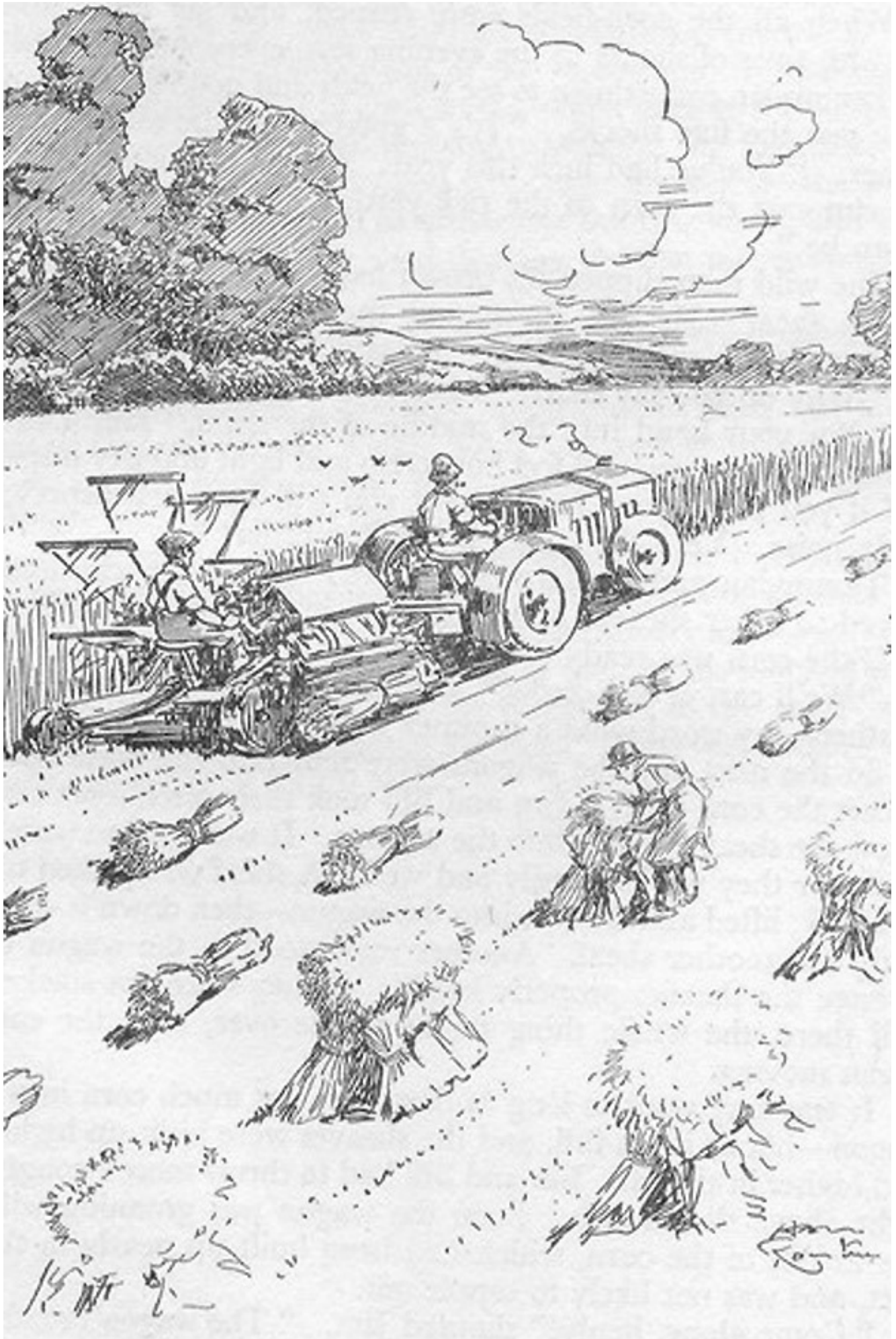
—Espléndida —opinó—. Habéis tenido mucha suerte este año. Ya dentro de poco podréis llevar el trigo y el maíz al balaguero, porque está completamente seco.

El «salvaje» metió su morena y tostada mano dentro de un haz de espigas. Las palpó y luego retiró de nuevo la mano.

—Sí, el trigo susurra y cruje —dijo. Penny se echó a reír.

—¿Por qué has dicho esto? ¿Es que el trigo susurra?

—Mete la mano dentro de la gavilla —le ordenó Sacolín—. Verás entonces cómo cruje y qué seca está... y si mueves la mano oirás un susurro. Sí... ¡el grano susurra mucho y bien este año!



Sacolín y el granjero, seguidos por los cuatro chiquillos, fueron moviendo las otras espigas del prado, comprobando que el grano estaba a punto de ser transportado.

—Mañana lo acarreamos —decidió el granjero—. El tiempo es excelente... ¡Caramba, vaya verano que hemos gozado!

Al día siguiente, enviaron los carros a los prados, a fin de cargar el grano. Jim y Billy empuñaron las horcas y arrojaron diestramente las gavillas en los carros. Trabajaban con suma facilidad y limpieza, por lo que daba gusto contemplar su labor. La horca levantaba una gavilla y la echaba al carro... y luego volvía a abatirse en busca de otra gavilla. Otro mozo estaba en el carro para disponer las gavillas a medida que iban llegando. De no apilarlas bien, el carro podía volcar bajo su ingente carga, una vez comenzara a moverse.

El trabajo fue fácil mientras hubo poco grano en el carromato, pero cuando comenzó a llenarse, y las gavillas fueron amontonándose cada vez más arriba, Jim y Billy tuvieron que trabajar más enconadamente, por encima de sus cabezas. Pronto, el carro gimió bajo el peso del trigo, bien amontonado en su interior.

—¡Vamos, Benjy! —le gritó Jim—. El carro está lleno. Ya puedes llevarlo al balaguero.

Benjy y Rory corrieron junto a los caballos uncidos al carro. Sheila y Penny treparon a lo alto. No resultaba una carga tan suave como la del heno, pero era agradable estar allí sentadas, mientras el carro gruñía, crujía y parecía quejarse, traqueteando por los senderos.

El grano quedó amontonado en el balaguero, listo para ser debidamente apilado; y luego, el carro volvía al prado para volver a recoger una nueva carga. Cuando el segundo carro estuvo ya lleno de gavillas, y Rory y Benjy hubieron desuncido los dos caballos, llevando el segundo carro al patio, dejaron el primer carromato en el campo para que volviesen a llenarlo.

Era una distracción maravillosa. Y cada vez, las chicas iban subidas en el carro, muy erguidas al aire. Su madre las vio y sonrió.

—¡Nuestra cosecha! —exclamó, gozosa, cuando llegó la última carga—. Vamos adentro, y esta noche os regalaré con una succulenta cena para brindar por la próspera cosecha. ¡Todos estáis agotados y hambrientos y os lo merecéis!

Entraron todos, incluso los mozos de la granja, cansados pero felices porque la cosecha se había salvado. ¡Hay que ver lo que comieron y bebieron, ya que todos estaban muy cansados, hambrientos y sedientos!

Los niños se durmieron tan pronto como sus cabezas tocaron la almohada.

—¡Ha sido el día más estupendo del año! —le dijo Sheila a Penny, cuando se le cerraban ya los ojos—. ¡Nuestra primera cosecha! ¡El día más estupendo del año!

CAPÍTULO XXII

EL VERANO SE ACABA

Jim y Billy construyeron una especie de pajares para el grano. Y naturalmente, los niños les ayudaron. No podía hacerse nada en la granja sin su ayuda.

Era divertido ver cómo iban creciendo los montones de grano. Primero construyeron los cimientos, disponiendo las gavillas limpiamente en la debida forma del pajar. Luego, Billy se situó en el centro y cogió las gavillas a medida que se las entregaba Jim, con la horca. Billy iba disponiéndolas en un círculo, pero, como ahora trabajaba ya desde fuera, cada vez poniendo las gavillas menos derechas, hasta que en el borde se hallaban hacia abajo.

Entonces, Billy se arrodilló para continuar su labor, y él y Jim conjuntamente no tardaron en levantar el enorme montón.

—Supongo que vosotros, chiquillos, pensaréis que es muy fácil edificar uno de estos montones, ¿verdad? —les preguntó Billy.

—Oh, no —replicó Rory, dubitativamente—. Más bien lo encuentro difícil. Primero hay que colocar las gavillas, con las puntas hacia abajo y una cierta inclinación... y Billy ¿ya sabes que has hecho el centro del montón más alto que el reborde?

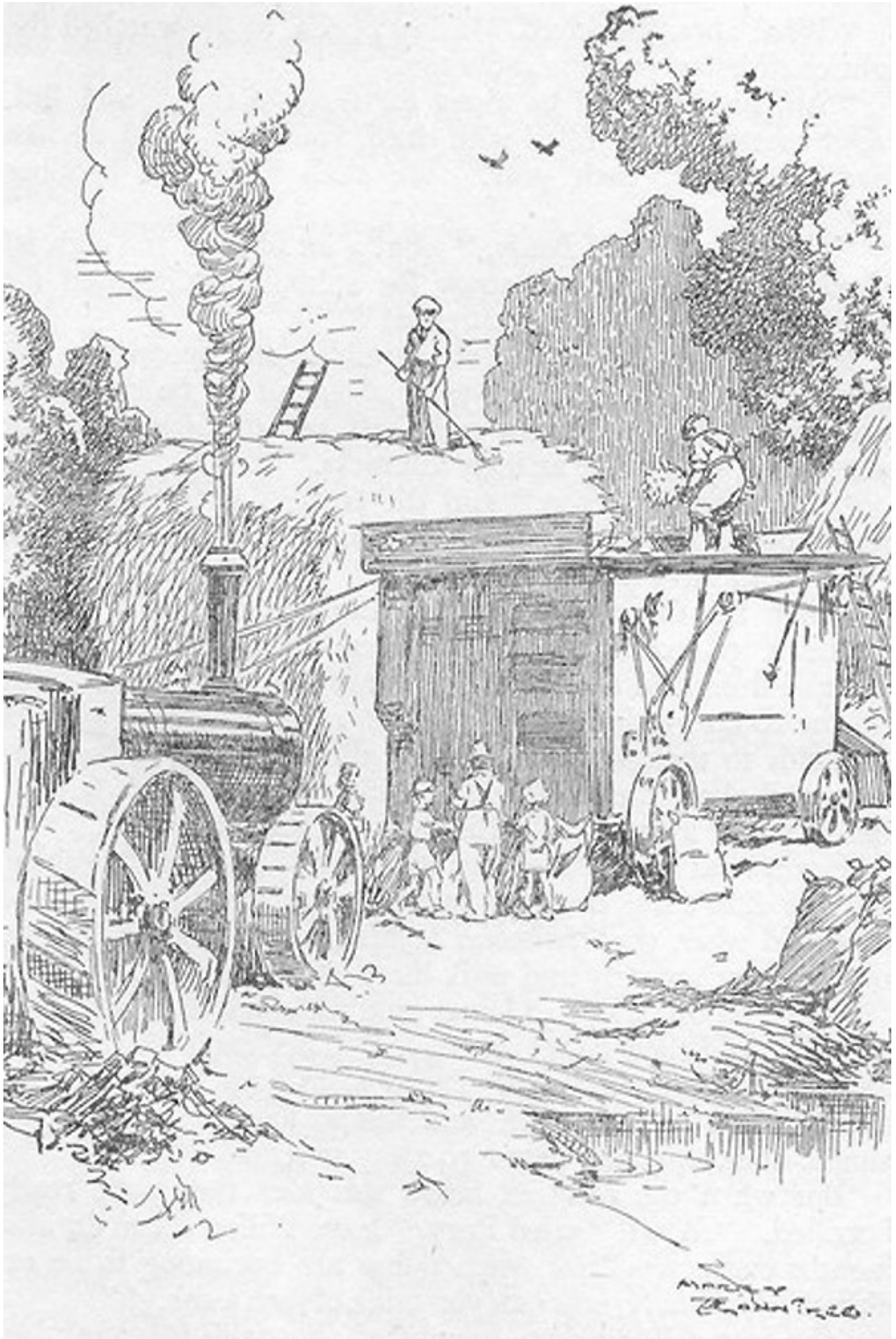
—Oh, sí, lo he hecho a propósito. A esto se le llama conservar el corazón lleno en un pajar. De lo contrario, la lluvia penetraría en su interior.

Jim y Billy llevaron la punta del pajar hasta cierto límite, y ataron firmemente las gavillas entre sí.

—¿Ya está listo? —inquirió Penny.

—Oh, no, aún hay que techarlo y amarrarlo —repuso Billy—. Todavía falta bastante.

Billy techó y amarró firmemente las gavillas, tal como había techado el tejado de la granja. Empezó por las espigas del montón y fue ascendiendo en su tarea. Jim le pasaba de cuando en cuando un poco de agua y él iba mojando la paja, ya que estaba demasiado seca. Luego comenzó a techar, ayudándose de un palo, no tardaron mucho en rematar su obra maestra.



Acto seguido, él y Jim amarraron fuertemente todo el montón. Primero ataron una cuerda en torno a las gavillas, por la parte de abajo. Luego amarraron firmemente el techo, dándole muchas vueltas a la cuerda, formando un curioso dibujo, y finalmente ataron la cuerda por debajo de las gavillas.

—¡Un montón perfecto! —aplaudió Benjy—. Seguro que la lluvia no podrá penetrar en él.

—Seguro que no —repitió Billy—. Ahora levantaremos otro montón.

—¿No vas a ponerle una corona a éste? —inquirió Penny, desalentada.

—Ahora no hay tiempo —contestó Billy—. Tengo que empezar seguidamente el siguiente montón, pero cuando tenga tiempo por las noches pondré mi marca en cada uno, Penny. Ah, ya verás las doradas coronas encima de cada montón.

Billy mantuvo su palabra, y cuando todos los montones estuvieron terminados, muy sólidos y dorados en el balaguero, Billy remató su obra con sendas coronas de paja.

—Me gustaría hacerlo —suspiró Penny—. Tiene que ser tan bonito poder firmar con una corona en un montón, como éstas...

—Yo no pondría mi señal en ninguno a menos que estuviese perfecto —replicó Billy. Había recortado los montones con sus grandes podaderas y estaba muy orgulloso de los mismos.

Las gallinas de Sheila se mostraron muy satisfechas de corretear por el patio cuando los montones estuvieron concluidos. De este modo tenían mucho grano para picotear, y muchos para escarbar. Y todas las aves atronaban el aire con sus cloqueos, y ponían más huevos que nunca.

—El buen grano siempre hace que las gallinas pongan bien —sentenció Fanny, que contaba los huevos y los anotaba en la libreta.

Los tres terneros de Penny ya habían crecido. Estaban en los campos con las vacas, divirtiéndose mucho, persiguiéndose unos a otros, y a veces embistiendo a las vacas. Y siempre corrían cuando veían a Penny, y la niña los quería muchísimo.

¡*Mendruguito* se había convertido ya en una ovejita! Ya no parecía un mendrugo, sino una oveja de importancia, muy mayor. Jim opinó que lo mejor sería devolverlo a la colina, y Penny asintió tristemente.

—Era tan agradable que me siguiese por todas partes... Cuando era *Mendruguito* era estupendo, sobre todo cuando pude darle el biberón. Los animales crecen con demasiada rapidez... mucho más que los niños. Vaya, si ha crecido en muy pocos meses... y sin embargo, a mí todavía me quedan muchos años para ser mayor. ¡Qué suerte tienen los animales!

—No lo creas —objetó Sacolín—. Es preferible ser pequeño mucho tiempo. ¡De este modo aprendes mucho más!

Pero los niños no estuvieron de acuerdo con estas palabras. Pensaban que era preferible ser como los animales y no tener que estudiar tanto.

Aunque *Mendruguito* era ya una oveja, siempre corría al lado de Penny cuando la

veía. Balaba de alegría y saltaba a su alrededor, muy juguetón. Penny estaba muy satisfecha de que *Mendruguito* se acordase de ella.

—Pero me entristece pensar que el año próximo ya será toda una oveja, y que ya no podré reconocerle —le confió a Davey—. Y echara mucho de menos a mi borreguito *Mendruguito*.

—No, Penita —replicó el pastor—. ¿Y sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque tendrás otros borreguitos a quienes cuidar —sonrió Davey—. Yo te daré uno o dos, porque los cuidas muy bien. Por tanto, no estés triste y espera a la próxima primavera, y los nuevos *Mendruguitos*... a los que tendrás que alimentar con el biberón.

—Oh, sí —exclamó la niña, gozosa—. Es una buena idea, Davey. Siempre es mejor mirar hacia delante y no hacia atrás con tristeza.

—Así es la vida de la granja —concluyó Davey—. Siempre contemplamos el futuro, pensando cómo serán las próximas cosechas, esperando que los animales estén en buen estado... y proyectando toda clase de cosas.

A los cuatro niños les encantaron los meses de verano, especialmente cuando maduró la fruta. Ayudaron también a la recolección de los frutos, y Penny se tragó tantas ciruelas que estuvo un par de días enferma.

La recolección de manzanas era la más importante en la Granja del Sauce. En la huerta había estupendos manzanos, llenos de frutos, aunque el año no había sido excesivamente propicio.

—El año pasado dieron más frutos todavía —afirmó Jim—. Pero es difícil que hagan lo mismo dos años seguidos. Pero todavía tenéis muchas manzanas, para guardar y para vender.

Los niños se dedicaron a arrancar las manzanas de los árboles. La huerta no era muy grande, y todavía estaban de vacaciones, por lo que afirmaron que podían estar toda una semana recogiendo la fruta y almacenándola.

—Sí, nosotras también os ayudaremos —se ofreció Sheila al momento—. Vosotros, chicos, os subiréis a los árboles, y Penny y yo nos quedaremos abajo, y recogeremos las manzanas.

El granjero les concedió un permiso para arrancar la fruta.

—Pero recordad bien esto —añadió—: Todo el secreto para que la fruta se conserve bien y no se estropee es no golpearla. ¿Lo recordaréis? Coged las manzanas con delicadeza, y si os cae alguna, ponedla aparte para comerla en seguida. No quiero almacenar ninguna que esté podrida.

Los niños siguieron este consejo. Los chicos las cogían con todo cuidado, de pie en las escaleras, y metiendo las frutas en unos grandes cestos que colgaban de las ramas. Luego, cuando estaban llenos, los entregaban a las niñas, que estaban aguardando en el suelo.

Sheila y Penny elegían las manzanas cuidadosamente. Todas aquellas que estaban

picoteadas por los pájaros o comidas para las avispas las dejaban aparte para que Harriet las emplease en la cocina. Y las que caían, también las apartaban.

—Bien, éstas son excelentes —dijo Sheila, mirando un enorme montón de manzanas—. Tenemos que llevarlas al desván. Allí las colocaremos separadamente y... ¡oh, qué torpe eres! Has dejado caer una. Ésta la pondremos en el montón de las estropeadas.

El desván no tardó en oler estupendamente. Las niñas habían dispuesto las manzanas en largas hileras.

—Que no se toquen unas a otras, si es posible, Penny —le advirtió Sheila—. Porque si no, una podrida puede pudrir a todas las demás.

El granjero acudió a contemplar su labor y quedó muy complacido.

—Seguro, son estupendas. Y las habéis separado muy bien. No hay ninguna picoteada aquí. De este modo, tendremos pastel de manzanas hasta el mes de mayo, porque las manzanas son una fruta que se conserva muy bien.

Los niños trabajaron mucho para almacenar y seleccionar las manzanas, y como pago les permitieron comer tantas como quisieran.

Penny se comió tantas, que sus hermanos le dijeron que acabaría por convertirse en una manzana.

—Ya tienes las mejillas como dos manzanetas coloradas —le indicó Rory—. Tienes que andar con mucho cuidado, Penny.

La niña fue a contemplarse a un espejo y vio que, efectivamente, sus mejillas estaban tan sanas y coloradas como un par de manzanas.

—¡Oh, Dios mío, sí que he de tener cuidado! —exclamó.

Y la pobre Penny ya no comió tantas manzanas como antes... pero, como dijo su madre, seis o siete manzanas cada día no podían perjudicarla, y ésta fue la cifra que Penny siguió aún comiendo cada día.

CAPÍTULO XXIII

¡BUENA SUERTE, GRANJA DEL SAUCE!

El año prosiguió adelante. Llegó septiembre y de nuevo se reanudaron las clases. Todas las cosechas habían sido recolectadas y almacenadas. Las patatas también fueron recogidas, y el granjero estaba muy orgulloso y satisfecho. Las remolachas no se habían dado tan bien, porque muchas semillas no habían germinado. Pero esto era bastante corriente con las remolachas.

—Tenemos que arrancarlas antes de que lleguen las heladas —afirmó, cuando llegó el otoño.

Por tanto, arrancaron todas las remolachas y las almacenaron cuidadosamente en unos pozos, que cubrieron con tierra y paja.

—Las ovejas y el ganado estarán encantados este invierno —comentó Billy, mientras almacenaba las enormes raíces en los pozos—. Los nabos también les gustaban mucho. Ya los tengo almacenados en un pozo, en medio de un campo. Habrá muchos para todos los animales.

Cuando llegaron los primeros días de diciembre, en la Granja del Sauce apareció una gran máquina, iba arrastrada por un tractor que hacía mucho ruido al recorrer los estrechos senderos.

—¿Qué es? —inquirió Rory.

—Una trilladora —le contestó el granjero, muy contento—. La alquilé a principios de diciembre, y aquí está. Sirve para trillar el grano para nosotros.

—¿Por qué no le pediste una a tío Tim?

—No tiene ninguna. Los granjeros no suelen poseer trilladoras. Es más fácil y barato alquilarlas. Van de granja en granja. Ahora nos ha llegado el turno a nosotros.

—¿Pero para qué la necesitamos? —preguntó Penny—. ¡Si ya tenemos el trigo amontonado!

—Ah, pero hay que separar el grano de las espigas —replicó su padre—. No podemos comérselo tal como está... ¿o te gustaría de este modo?

—No, gracias —negó Penny—. Pero nosotros no nos comemos el grano, ¿verdad, papá? Las gallinas, sí.

—Bueno, se lo venderemos al molinero, el cual lo convertirá en harina, y entonces les compraremos esta harina para hacer nuestro pan, nuestros pasteles y todo lo demás.

El aire no tardó en atronar con el zumbido poderoso de la trilladora.

—Ya está funcionando —les anunció su padre—. Cuando volváis de la escuela podréis ir a verla.

Los niños corrieron hacia casa al salir del colegio. Se dirigieron apresuradamente al patio, donde se hallaban los montones de grano, y entonces observaron cómo funcionaba la trilladora. Cerca se hallaba el tractor que había arrastrado a la máquina.

Cuando *Pillina* oyó aquel alboroto huyó del hombro de Benjy y trepó a su árbol. Estaba verdaderamente asustada. Penny también lo estaba, aunque no tardó en envalentonarse y acercarse a ver qué sucedía.

Era muy interesante. Billy estaba en un montón, ahorquillando las gavillas que tan cuidadosamente había apilado. Se las arrojaba a Jim, quien rápidamente cortaba las ataduras que unían las espigas entre sí. Después metía las espigas en la trilladora, las cuales caían dentro de un tambor que iba dando vueltas a gran velocidad, el cual tenía seis largos brazos o «batanes», que golpeaban el trigo, apartando el grano de la paja.

El grano iba cayendo dentro de otra máquina llamada la aventadora, donde la paja era separada del grano por completo. Después, el trigo iba cayendo en unos sacos dispuestos por el mismo agujero. Era estupendo contemplar el trigo amarillento dentro de los sacos. Tan pronto como uno estaba lleno, el granjero lo dejaba a un lado y cogía otro vacío. Rory y Benjy comenzaron a ayudarlo. Era muy divertido.

La paja quedaba suelta, siendo amontonada en un cobertizo.

—Servirá para los establos este invierno —dijo Rory.

—Sí, la batearemos y también servirá como forraje —añadió Jim—. ¡Del trigo no se desperdicia nada! ¡Ni tampoco del maíz!

—¿Y las pajuelas? —preguntó Sheila, que veía que también los ponían en unos sacos.

—Ah, mi esposa se cuidará de esto —contestó Billy—. Nuestros colchones son precisamente de pajuela, y cada año la renovamos. ¡También tendremos buenos colchones este año!

—¡Caramba, sí que se aprovechan las espigas! —se admiró Benjy—. Del trigo se hace harina, paja para el ganado, para los establos... y pajuela para los colchones.

Todo aquel día y el siguiente, la trilladora atronó el patio, y pronto todo el trigo y el maíz del granero quedó convertido en grano, paja y pajuela, y el granjero y sus hombres miraron con orgullo los sacos repletos por completo.

—Una buena cosecha —afirmó el granjero, hundiendo la mano en un saco lleno y dejando deslizarse el grano por entre sus dedos—. Nuestros campos se han portado muy bien este año.

Cuando la trilladora hubo desaparecido ya, impulsada por el tractor, el tiempo cambió, tornándose húmedo y frío. La lluvia comenzó a abatirse sobre la campiña y los niños no pudieron ya atravesar los campos para acudir a la escuela. Por el contrario, tenían que seguir los senderos y caminos, o sea que la ruta era mucho más larga, por lo que tenían que levantarse antes y regresar más tarde.

Penny se fatigaba mucho. No tenía las piernas tan largas como las de los demás, y no podía correr tanto con el mal tiempo. Cuando llegaron las vacaciones de Navidad se alegró mucho, sobre todo por no tener que levantarse tan temprano y andar cinco kilómetros cada día, hasta la escuela.

—Creo que será mejor que vayáis a un pensionado —díjoles un día su padre—.

No podéis caminar tanto cada invierno. Penny está agotada. Y es imposible cederos un caballo y un carro cuatro veces al día. Sí, creo que lo mejor será que vayáis a un pensionado.

Los niños, ante aquella idea, se aterraron.

—¡Cómo! —gritó Rory—. ¡Abandonar la Granja del Sauce nueve meses cada año, cuando las cosas empiezan a ser tan estupendas! ¡Oh, papá, cómo se te ha ocurrido esta terrible idea!

Los cuatro niños estuvieron tan inquietos con aquella idea, que fueron a comunicársela a Sacolín. Faltaban cinco días para Navidad. Cruzaron los mojados prados, y llegaron a la cueva. Sacolín, naturalmente, ya no vivía en la choza del árbol, sino bien abrigado en su covacha. Su amiga la liebre estaba como siempre a su lado.

—Hola —le saludaron los niños, corriendo a abrazar a su amigo—. ¿Cómo estás, Sacolín? Llevamos mucho tiempo sin verte.

Sacolín les contó todas sus novedades, y luego se interesó por la de ellos.

—Sacolín, tenemos una noticia muy mala —empezó Rory—. Mamá y papá están pensando en enviarnos a un pensionado, porque tenemos que recorrer un largo trecho hasta la escuela, durante el invierno, y no podemos atravesar los campos tan mojados.

—Esto sería terrible —reconoció el «salvaje»—. Os echaré mucho de menos.

—Sacolín, ve a convencer a mamá y papá, por favor —le suplicó Penny, cogiéndole de la mano. Estaba segura de que su amigo podía conseguirlo todo. No se resignaban a abandonar la Granja del Sauce para ir a la escuela. ¿Qué sería de los terneros y *Mendruguito*, y qué de los nuevos borreguitos que nacerían en primavera... para no decir nada de las gallinas y los patos? ¡Era una idea demasiado horrorosa para que fuese cierta!

—Bueno, mañana iré a la granja a hablar con vuestro padre —les prometió Sacolín—, aunque no creo que mis palabras puedan pesar mucho en su ánimo. Al fin y al cabo, tiene razón. El camino hasta la escuela es muy largo y fatigoso, especialmente para ti, Penny.

Los niños estaban efectuando sus compras de Navidad cuando Sacolín fue a ver a su padre a la granja, al día siguiente, por lo que no le vieron ni se enteraron de lo que habían hablado los dos hombres. Y se mostraron tan entusiasmados con sus compras, que hasta se olvidaron de sus temores.

—¿No podríamos invitar a Sacolín el día de Navidad? —le preguntó Penny a su madre—. Por favor, mamita.

—Oh, sí, que venga —accedió la madre—. En realidad, ya le invitamos nosotros y llegará para el desayuno.

El día de Navidad amaneció frío, soleado y brillante. Los niños se despertaron más temprano que de ordinario y hallaron sus medias y calcetines llenos de regalos. Hasta Rory y Sheila tuvieron las medias y calcetines llenos, ya que el día de Navidad se sentían tan chicos como Benjy y Penny.

Mamá les regaló un reloj a cada uno. Rory y Sheila ya habían tenido, pero el

chico perdió el suyo y a Sheila se le rompió el que tenía. Los relojes nuevos eran de plata, muy lindos. Todos se los pusieron rápidamente en la muñeca.

Luego bajaron a la cocina y le entregaron sus regalos a Harriet y Fanny. Ésta se quedó muy satisfecha con tantos obsequios. Su rostro dejó traslucir su alegría cuando abrió los paquetes y encontró un bolígrafo, regalo de Rory, un libro de Sheila, un manguito, obsequio de Benjy y unos dulces de Penny.

—Y gracias, Fanny, por haberme ayudado tanto con las gallinas —le agradeció Sheila—. ¡La próxima primavera volveremos a divertirnos mucho con los polluelos!

Los niños salieron de la cocina, y entonces fue cuando Rory dijo algo que estaba en la mente de todos.

—¡Vaya, todos nos han hecho regalos menos papá!

Su padre, que le oyó, se echó a reír.

—Mi regalo no tardará en llegar —les dijo—. No hubiese cabido en vuestros calcetines. Mirad por la ventana y veréis quién viene.

Los niños chillaron de gozo corriendo a la ventana. No se imaginaban cuál sería el presente de Navidad de su padre.

Pero no tardaron en descubrirlo. Por el camino venía Sacolín... pero no iba solo. Con él iban cuatro pollinos grises, rollizos y muy hermosos. Los niños apenas daban crédito a sus ojos.

—Papá... ¿son para nosotros estos burritos? —preguntó Rory—. ¿Uno para cada uno?

—¡Sí, uno para cada uno! —afirmó su padre con una sonrisa—. Sacolín estuvo aquí el otro día y me suplicó que no os llevase a un pensionado... sugiriéndome que os regalase un burro a cada uno de vosotros para que podáis cruzar los campos, bien montados, durante todo el invierno. Vuestra madre y yo hallamos la idea sumamente espléndida, y Sacolín se ofreció a comprar los cuatro burros en el mercado, trayéndolos el día de Navidad. Sabía que un amigo tenía seis para vender. Eligió cuatro... ¡y aquí están!

Los niños se precipitaron al campo, rodeando a Sacolín. Estaban tan excitados y contentos que apenas le felicitaron las Navidades.

—¿Cuál es el mío? —preguntó Rory—. ¡Oh, son hermosísimos!

Sacolín fue entregando un burro a cada niño. Los dos más grandes para los muchachos y los otros dos para las niñas. Todos montaron al instante y galoparon en torno a la granja. Eran tan felices, que cantaban a voz en grito.

—¡Ahora ya no abandonaremos la Granja del Sauce, la Granja del Sauce, la Granja del Sauce! —cantaron todos—. ¡Arre, burro, arre! ¡Oh, qué delicioso será estar aquí todo el invierno!

Los padres de los niños, junto con Sacolín, los contemplaban llenos de gozo, riendo complacidos, mientras los niños seguían galopando sin cesar. Cuando por fin bajaron de sus monturas, su padre les dijo:

—Habéis trabajado mucho y bien este año, y nos habéis prestado un buen

servicio. No os habéis quejado ni habéis gruñido, os habéis mostrado dichosos y contentos, y nos habéis ayudado a levantar esta granja. Por tanto, es justo que se os dé una recompensa. Por esto he gastado parte del dinero que he ganado con vosotros. ¿Cómo pensáis llamar a vuestros burritos?

—¡El mío se llamará *Rucio*! —exclamó Rory, que había leído «Don Quijote».

—El mío *Temblor* —añadió Benjy.

—El mío *Zafiro* —eligió Sheila.

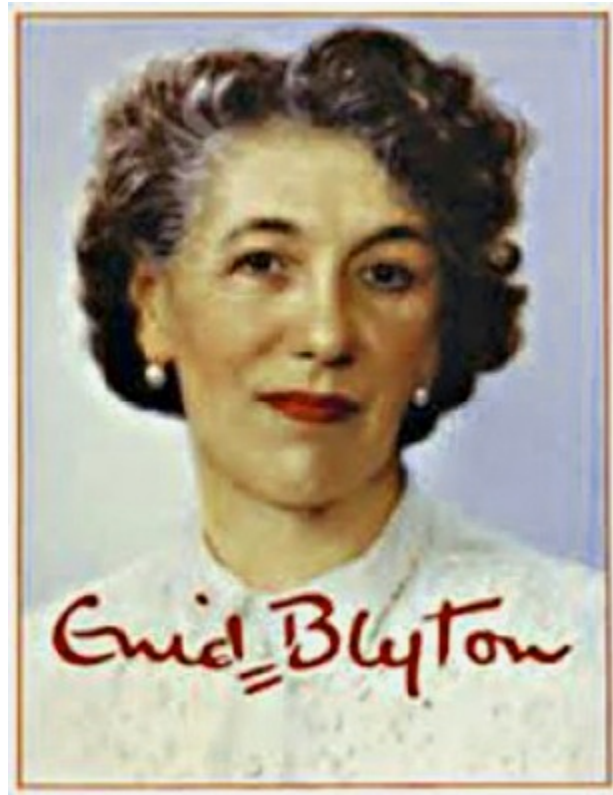
—Pues el mío *Rebuzno* —confirmó Penny. Y precisamente en aquel instante su burrito comenzó a rebuznar.

—¿Lo veis? Ya sabe su nombre —exclamó Penny, riendo—. Oh, papá, qué regalo tan estupendo. ¡Ahora ya no tendrás que enviarnos a ningún pensionado! ¡Qué bien! Oh, qué divertido será ir a la escuela montados todos en nuestros burritos cada mañana y regresar del mismo modo por las tardes...

—¡Oh, querida, querida granja! —continuó Penny—. ¿Qué ocurrirá el año próximo? ¡Porque siempre suceden cosas tan emocionantes en nuestra Granja del Sauce! Estoy segura de que el año que viene será aún más estupendo...

Pero esto, claro está, ya es otra historia.

Y siempre podrían continuar ya galopando por los prados maravillosos de la Granja del Sauce.



ENID BLYTON (East Dulwich, Inglaterra, 11 de agosto de 1897 - Londres, 28 de noviembre de 1968). Enid Blyton, conocida también por su nombre de casada, Mary Pollock, es, sin duda, la autora más conocida de libros para niños y jóvenes del mundo entero. Las ventas de sus más de setecientas obras llenas de acción y suspense superan los cien millones de ejemplares. Sus obras, protagonizadas por pandillas de jóvenes, combinan las aventuras más extraordinarias con espías, ladrones, casas deshabitadas, pasadizos secretos y galerías subterráneas, sin olvidar las meriendas, genuinamente inglesas, de pasteles diversos y termos de té. Es principalmente conocida por series de novelas como *Los Cinco* y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).